

**SATÁN EN LOS
SUBURBIOS
BERTRAND RUSSELL**

PREFACIO

Acaso sea anómalo el intento de iniciar una nueva partida a la edad de ochenta años; pero no carece de precedentes: Hobson era más viejo cuando escribió su autobiografía en hexámetros latinos. Sin embargo, no estarán de más unas palabras que aplaquen la sorpresa que podría producirse. No creo que la que experimente el lector al encontrarme intentando escribir novelas pueda ser más grande que la mía. Por razones que desconozco completamente, experimenté de modo repentino el deseo de escribir lo que integra este volumen, aun cuando jamás hubiera pensado antes hacer nada semejante. Soy incapaz de formular un juicio crítico en este terreno, y no sé si estos relatos poseerán algún valor. Todo lo que sé es que me produjo placer el escribirlos y que, como consecuencia, será posible que haya personas que experimenten el mismo placer al leerlos.

Estos escritos no tienen el propósito de ser realistas. Temo que la decepción espere a todos los lectores que se sientan impulsados a buscar castillos gibelinos en Córcega o filósofos diabólicos en Mortlake. Ni poseen, tampoco, ninguna otra finalidad trascendental. El primero de los que escribí, «Las Ordalías Corsas de la Señorita X», intenta combinar el espíritu de «Zuleika Dobson» y «Los Misterios de Udolphon» pero los restantes tienen una relación menor con modelos anteriores. Lamentaría que se supusiera que estos relatos tienen la finalidad de descubrir una moraleja o ilustrar una doctrina. Todos ellos fueron escritos por el placer de escribirlos, como una historia sencillamente; y si resultasen amenos o interesantes para el lector, cumplirían su designio.

NOTA DEL EDITOR

Téngase presente que los dignatarios eclesiásticos que aparecen en los siguientes relatos no pertenecen a nuestra santa religión católica.

**SATÁN EN LOS SUBURBIOS
O
AQUÍ SE FABRICAN HORRORES**

I

Vivo en Mortlake y tomo diariamente el tren para ir a mi lugar de trabajo. Cierta noche, al regresar a mi domicilio, ví que había una nueva placa de bronce en la puerta de una casa ante la cual paso todos los días. Con gran sorpresa por mi parte, observé que la placa de bronce, en lugar de contener el habitual anuncio médico, ostentaba esta inscripción.

Aquí se fabrican horrores.

Consultorio Dr. Murdoch Mallako.

Este rótulo me intrigó tanto, que cuando llegué a mi casa escribí una carta en la que solicitaba del doctor Mallako una información más amplia que me permitiese decidir si me convendría o no convertirme en su cliente. Recibí la siguiente respuesta.

«Muy Sr. mío

No es sorprendente por completo que solicite algunas palabras de explicación respecto a mi placa de bronce. Es probable que haya observado usted una tendencia reciente a deplorar la fastidiosa monotonía de la vida en los suburbios de nuestra gran metrópoli. Algunas personas cuya opinión debe de poseer gran importancia, han expresado su parecer de que la aventura, y aun el incentivo del peligro, harían que la vida fuese más soportable para las víctimas de la uniformidad.

Me he embarcado en los azares de esta profesión, enteramente nueva, con la esperanza de poner remedio a dicha necesidad. Creo que puedo proporcionar a mis clientes nuevas -emociones y nuevas excitaciones de tal magnitud, que transformarán por completo sus vidas.

De desear usted una información más amplia, le ruego que tenga la bondad de solicitar una entrevista conmigo. Mis honorarios son diez guineas por hora.»

Esta respuesta me hizo suponer que el doctor Mallako era un filántropo de una nueva especie, y discutí conmigo mismo respecto a si me convendría

adquirir nuevos informes por diez guineas o si sería preferible que reservase esta cantidad para gastarla en alguna diversión de otro género.

Antes de que hubiera llegado a una conclusión, observé al pasar cierta tarde ante la puerta del doctor que mi vecino el señor Abercrombie, salía de la casa pálido y aturrido, con ojos extraviados y pasos vacilantes, y que manoseaba con desmaña el picaporte del portillo antes de salir a la calle, lo mismo que si se hubiera perdido por entero en una ciudad completamente desconocida.

-¡Por amor de Dios, amigo mío! -exclamé-. ¿Qué le ha sucedido?

-¡Oh, nada extraordinario! -respondió el señor Abercrombie al mismo tiempo que hacía un patético esfuerzo por aparecer tranquilo-. Hemos estado hablando del tiempo.

-No intente engañarme -repliqué-. Algo que es mucho peor que el tiempo ha impreso en sus facciones esa expresión de horror,

-¿Horror? ¡Qué disparate! -contestó él de modo impertinente-. Tiene un *whisky* muy fuerte.

Puesto que resultaba evidente que deseaba librarse de mis preguntas, le dejé que hallase por sí mismo el camino de su casa y, por espacio de varios días, nada volví a saber de él. Al día siguiente, cuando regresaba a la misma hora, vi que otro vecino, el señor Beauchamp, salía de la misma casa en igual estado de ofuscado horror; pero cuando me acerqué a él, me hizo una seña para indicarme que me alejase. Al día siguiente volvía presenciar el mismo espectáculo, aquella vez representado por el señor Cartwright. El jueves por la tarde, la señora Ellerker, mujer de cuarenta años y casada, con quien me hallaba en buenas relaciones de amistad, salió por la misma puerta y se desmayó al llegar a la calle. La sostuve mientras se reanimaba; pero cuando hubo terminado de recobrar, pronunció una sola palabra susurrada estremecidamente. La palabra fue: «Nunca». Nada más pude averiguar por ella aunque la acompañé hasta la puerta de su casa.

El viernes no vi nada; y el sábado y el domingo no fui a mi trabajo, por lo que no pasé ante la puerta del doctor Mallako. Pero el lunes por la tarde, mi vecino el señor Gosling, un hombre importante de la ciudad, me visitó para charlar conmigo. Cuando le hube obsequiado con una bebida y después de haberle instalado en el más cómodo de mis sillones, mi amigo comenzó a hablar, como era su costumbre, de nuestras amistades de la localidad.

-¿No ha oído usted -dijo- nada acerca de los extraños sucesos que han acontecido en nuestra calle? El señor Abercrombie, el señor Cartwright y el señor Beauchamp han caído enfermos y han estado alejados de sus respectivos despachos; y la señora Ellerker reposa en un cuarto oscuro y gime de continuo.

Evidentemente, el señor Gosling nada sabía acerca del doctor Mallako y de su extraña placa de bronce, razón que me decidió a no informarle y hacer investigaciones por cuenta propia. Visité sucesivamente a los señores Abercrombie, Beauchamp y Cartwright, pero todos ellos se negaron * pronunciar ni

siquiera una sola palabra. La señora Ellerker- permanecía invisible en su lugar de reclusión. Se me presentó con claridad la idea de que algo muy extraño sucedía y que el doctor Mallako estaba en el fondo de la cuestión. Y decidí visitarlo, no como cliente, sino como investigador. Llamé al timbre de su casa, y fui recibido por una doncellita muy acicalada que me condujo al bien instalado gabinete de consulta.

-¿En qué puedo servirle, señor? -me preguntó el doctor al mismo tiempo que entraba en la estancia. Sus ademanes eran afables; pero su sonrisa era enigmática. Su mirada era penetrante y fría; y cuando su boca sonreía, sus ojos no lo hacían. Había en su mirada algo que me produjo un inexplicable estremecimiento.

-Doctor Mallako -dije-: paso accidentalmente ante su puerta todos los días, excepto los sábados y domingos, y cuatro tardes sucesivas he presenciado extraños fenómenos, todos los cuales tienen un carácter común que no creo deje de ser alarmante. No sé, después de su enigmática carta, que habrá detrás del anuncio de su placa de bronce; pero lo poco que hasta ahora he visto me ha llevado a dudar de si su intención será tan filantrópica como usted me hizo suponer. Es posible que me engañe en esto, y en tal caso, no será difícil para usted tranquilizarme. Pero confieso que no estaré convencido hasta que me haya ofrecido una explicación del extraño estado en que los señores Abercrombie, Cartwright y Beauchamp y la señora Ellerker salieron de esta sala de consulta.

A medida que hablaba, la sonrisa iba desapareciendo del rostro del doctor Mallako, quien adoptó una actitud severa y reprensiva.

-Señor -dijo-: me invita usted a cometer una infamia. ¿Sabe usted que las confidencias que los clientes hacen a sus doctores son tan inviolables como las confesiones que hacen a un sacerdote? ¿No se da cuenta de que si satisficiese su ociosa curiosidad me haría culpable de un acto nefando? ¿Ha vivido usted tanto tiempo sin aprender que la discreción de un doctor debe ser respetada? No, señor, no contestaré a sus impertinentes preguntas, y le pido que abandone mi casa en el acto. Allí está la puerta.

Cuando me hallé de nuevo en la calle, me encontré un poco cortado durante un momento. En el caso de que aquel hombre fuese en realidad un médico ortodoxo, sus respuestas a mis preguntas habrían sido perfectamente correctas. ¿Sería posible que me hubiese engañado? ¿Sería posible que el doctor hubiera revelado a aquellos cuatro clientes algunas dolorosas complicaciones médicas de las que ellos hubieran estado ignorantes hasta el momento en que lo visitaron? Y podía ser cierto, aunque pareciese muy poco probable; pero, ¿qué más podría hacer yo?

Continué mi vigilancia por espacio de una semana más, durante la cual pasé ante la puerta del doctor todas las mañanas y todas las tardes; pero nada más pude ver. Sin embargo, descubrí que no me era posible olvidar al extraño doctor. Noche tras noche, se me presentaba en mis pesadillas, a veces con casco

y rabo y con su placa de bronce como peto, a veces con ojos que resplandecían en la obscuridad y labios casi invisibles que musitaban estas palabras: «¡Tú vendrás!» Cada día pasaba ante el portillo de su jardín con más lentitud que en el precedente. Cada día experimentaba un impulso más fuerte que me inducía a entrar en su sala de consulta, mas no como investigador, sino como cliente. Aun cuando sabía que aquel impulso obedecía a una insensata obsesión, no podía apartarlo de mí. Tan Horrible atracción amenguaba gradualmente mi trabajo. Más tarde, visité a mi jefe y, sin mencionar al doctor Mallako, le dije que estaba sufriendo los efectos agotadores de un exceso de trabajo y que necesitaba un descanso. Mi jefe, hombre mucho más viejo que yo y a quien profesaba un profundo respeto, después de haber observado lo macilento de mi rostro, me concedió con amabilidad el permiso que solicitaba.

Y corrí a Corfú con la esperanza de que el mar y el sol me permitirían olvidar. Pero, ¡ oh !, tampoco hallé allí reposo ni de día ni de noche. Todas las noches, aquellos ojos, más grandes que nunca, me miraban de modo relumbrante mientras dormía. Todas las noches me despertaba envuelto en frío sudor y oía la voz espectral que decía: «¡Ven!»; Finalmente, llegué a la conclusión de que si había una curación para mi estado no habría de encontrarla en el descanso, y regresé agitado y con la esperanza de que la investigación científica en que me hallaba ocupado y que tan apasionadamente me interesaba me haría recobrar el equilibrio mental. Me zambullí febrilmente en una investigación científica abstrusa, y hallé un camino que me permitía ir a la estación y regresar de ella sin necesidad de pasar ante la puerta del doctor Mallako.

II

Comenzaba a pensar que la obsesión acaso habría comenzado a desvanecerse, cuando el señor Gosling me visitó de nuevo una tarde en hora próxima al anochecer. Era un hombre rubicundo, jovial, rotundo, el hombre -me dije- apropiado para disipar las morbosas fantasías que me habían arrebatado la paz del espíritu. Pero sus primeras palabras, después que le hube obsequiado con una exquisita bebida, me sumergieron de nuevo en las mayores profundidades del horror.

-¿Se ha enterado usted -me dijo- de que el señor Abercrombie ha sido detenido?

-¡Dios mío! -exclamé-. ¿Detenido, el señor Abercrombie? ¿Qué ha podido hacer...?

-Como usted sabe, el señor Abercrombie ha sido el respetable y respetada director de una sucursal de uno de nuestros principales bancos. Su vida, tanto privada como profesionalmente, ha sido siempre inmaculada, lo mismo que antes lo fué la de su padre. Se esperaba confiadamente que sería incluido en la próxima «Birthday Honours List» y recibiese la encomienda de la Orden de Caballería. Se había iniciado una campaña para que fuese elegido Parlamentario como representante de la comarca. Pero, a pesar de su larga y honrosa hoja de servicios, ha robado una cantidad de dinero repentinamente y ha realizado un cobarde intento de presentar como culpable del robo a uno de sus subordinados.

Habiendo considerado hasta entonces al señor Abercrombie como a un amigo mío, la noticia me entristeció profundamente. Puesto que no estaba incomunicado, pude lograr, aunque a costa de grandes dificultades, que las autoridades de la cárcel me permitieran visitarlo. Lo encontré extenuado y macilento, abrumado e indiferente. Al principio, me miró como si yo le fuera completamente desconocido y tardó cierto tiempo en darse cuenta de modo lento de que se encontraba en presencia de un antiguo amigo. No pude menos de relacionar el estado en que se hallaba con su visita al doctor Mallako, y creí que, quizá, en el caso de que lograrse penetrar el misterio, podría hallar una explicación para su súbito delito.

-Señor Abercrombie -dije-: recordará usted que en una ocasión anterior intenté descubrir la causa de su extraña conducta; pero usted se negó a revelarme nada. No me desaire nuevamente, ¡por amor de Dios! Le ruego que me diga la verdad. Es posible que aún no sea demasiado tarde.

-¡Ah! -respondió-. La oportunidad para que sus bien intencionados esfuerzos puedan ser eficaces ha pasado ya. Para mí ya no queda más que una tediosa espera de la muerte; para mi esposa y mis desgraciados hijos, la penuria y la vergüenza. ¡Maldito el momento en que traspuse aquel portillo! ¡Maldita la casa en que escuché las demoníacas palabras de aquel perverso diablo!

-Lo temía -dije-; pero dígame todo.

-Visité al doctor Mallako -dijo para dar comienzo a su confesión el señor Abercrombie- con un espíritu de incauta curiosidad. ¿Qué clase de horrores, me preguntaba, fabricará el doctor Mallako? ¿Qué esperanzas podrá tener de ganarse la vida a costa de aquellos a quienes diviertan sus fantasías? No es posible que haya muchas personas, pensé, que quieran gastar su dinero de una manera tan improductiva como yo. Sin embargo, el doctor Mallako parecía estar muy seguro de su triunfo. Me trató no del modo que la mayoría de los habitantes de Mortlake, aun los más importantes, solían tratarme, como a ciudadano importantísimo con quien era prudente congraciarse, sino, contrariamente, con un dejo de superioridad en el que había un tanto de desdén. Y desde el primer examen que me hizo comprendí que podía leer hasta los más secretos de mis pensamientos.

»En los primeros momentos, me pareció todo aquello poco más que una fantasía disparatada e intenté no concederle importancia; pero a medida que se desenvolvía la charla del doctor Mallako en tono liso y a un ritmo incambiable, y sin la más ligera indicación de que en ella hubiera sentimientos, me sentí gradualmente cada vez más atraído por el hechizo. La voluntad me abandonó y unos pensamientos secretos y extraños que hasta aquel momento no habían hecho acto de presencia en mi conciencia, no siendo en el curso de alguna pesadilla, ascendieron a la superficie, como monstruos de las profundidades desde la obscuridad de sus cavernas para llenar de horror a los sorprendidos balleneros. Como un barco abandonado en la vasta extensión de los Mares del Sur, me sentí arrastrado por la tempestad, indefenso y desesperanzado, pero fascinado.

-Pero -le interrumpí- ¿qué le decía el doctor Mallako durante todo el tiempo? No puedo entenderle por completo porque habla usted en un lenguaje vago y metafórico. Detalles concretos: eso es lo que debo obtener si queremos que un abogado sea de utilidad para usted.

Suspiró profundamente y prosiguió:

-En los primeros momentos, hablamos acerca de distintos temas. Hablé de algunos amigos míos a quienes las dificultades de los tiempos actuales habían llevado a la ruina. Bajo la influencia de su aparente compasión, confesé que yo también tenía motivos para temer la ruina. -«¡Ah, bien! -dijo-. Siempre existe un medio de evitarla cuando la víctima está dispuesta a ponerlo en práctica.

»-Tengo un amigo -continuó-, cuyas circunstancias fueron en cierto tiempo no muy diferentes de las de usted en estos instantes. También era director de un banco; también era digno de confianza; también especuló por cuenta propia y se vió amenazado por la ruina. Pero no era un hombre capaz de sentarse humilde y resignadamente en tales circunstancias. Comprobó que disponía de muchos factores favorables: su vida hasta entonces sin tacha; su satisfactorio rendimiento en las diversas tareas impuestas por sus deberes profesionales, y, lo que acaso no era lo menos útil de todo: un hombre que se hallaba inmediatamente bajo él en su categoría como empleado del banco, un hombre que había conquistado una justificada reputación de atolondrado, cuya conducta no era todo lo correcta que debe ser la de aquel a quien se confía la administración y custodia del dinero ajeno, que no procedía siempre de manera juiciosa, que en ocasiones se entregaba en brazos del alcohol y que, al menos cuando se hallaba bajo sus efectos, era culpable de exponer opiniones políticas subversivas.

»-Mi amigo-continuó el doctor Mallako después de una corta pausa, durante la cual bebió el resto del contenido de su vaso de *whisky*-, mi amigo comprendió (y acaso sea ésta la mejor prueba de su habilidad) que en el caso de que se descubriese algún desfalco en los depósitos del banco no sería difícil conseguir que las sospechas recayesen sobre aquel irresponsable joven. Mi

amigo preparó cuidadosamente el terreno. Sin que el joven se enterase de ello, ocultó en el domicilio de éste un manajo de billetes extraídos del banco. Por medio del teléfono que se hallaba a nombre del joven, concertó grandes apuestas a favor de caballos que no ganaron ninguna carrera. Había calculado correctamente el número de días que transcurrirían hasta que el agente de apuestas escribiese al joven una indignada carta exponiendo sus quejas por la falta de pago de las deudas contraídas. Y exactamente en el momento conveniente, permitió que se descubriese que en las arcas del banco había una enorme falta de dinero. Se puso en el acto en contacto con la policía y, aparentemente conturbado y disgustado, permitió que ésta le arrancase el nombre del joven como único sospechoso. La policía registró la casa del joven, halló el fajo de billetes y leyó con gran interés la iracunda carta del agente de apuestas. No es preciso decirlo: el joven fué enviado a la cárcel, y el director vió incrementada la confianza de que disfrutaba. Sus operaciones en el Stock Exchange fueron desde aquel momento en adelante más cautas que anteriormente. Amasó una gran fortuna, conquistó el título de *baronet* y fué elegido para representar a su distrito en el Parlamento. Pero sería indiscreto que hablase de sus actividades recientes como ministro. Esta pequeña historia -continuó el doctor Mallako-, le demostrará que con un poco de iniciativa e ingenio es posible convertir la derrota en triunfo y asegurarse el respeto de los ciudadanos honrados.

»En tanto que hablaba -continuó el señor Abercrombie-, mi imaginación era un verdadero torbellino. Yo mismo me encontraba en dificultades a causa de atrevidas especulaciones. Yo mismo tenía un subordinado que poseía todos los rasgos característicos del joven de quien el doctor Mallako hablaba. Yo mismo, aun cuando jamás me hubiese pasado por la imaginación conquistar una baronía, había alimentado la secreta ilusión de obtener un título de caballero y un asiento en el Parlamento. Tales esperanzas podrían tener una base firme en el caso de que pudieran ser vencidas las dificultades que me rodeaban. En caso contrario, habría de enfrentarme con la perspectiva de la pobreza, acaso con la deshonra. Pensé en mi esposa, que compartía mis esperanzas, que anhelaba convertirse en Lady Abercrombie, y que se vería obligada, quizá, a mantener una casa de huéspedes en algún punto de veraneo y que no (o esto temía yo, por lo menos) dejaría de reprocharme día y noche las aflicciones que mi locura había descargado sobre su cabeza. Pensé en mis dos hijos, aprovechados alumnos de un buen centro de enseñanza, que esperaban seguir una carrera honrosa en la que los honores y los triunfos atléticos abriesen el camino a los puestos de responsabilidad. Pensé en esos dos hijos y los vi súbitamente arrebatados de su paraíso, forzados a continuar sus estudios en una escuela plebeya de segundo orden y a adoptar a los dieciocho años de su vida alguna profesión humilde y vulgar para ganarse la vida. Pensé en mis vecinos de Mortlake, que ya no serían afables para con nosotros, sino que

desviarían la mirada al cruzársenos en la calle y se negarían a compartir conmigo una bebida o mis opiniones sobre el embrollo chino.

»Todas estas visiones de horror flotaban en mi imaginación en tanto continuaba sonando la voz tranquila e inexorable del doctor Mallako. «¿Cómo podré soportar todo eso?» y, me pregunté. Nunca lo haré en tanto haya un medio de salida. Pero ¿qué podré hacer? Ya no soy joven... Yo, que he seguido una carrera hasta ahora limpia y sin mácula: yo, a quien todos los vecinos acogen siempre con amable sonrisa, ¿puedo abandonar repentinamente esta seguridad y cambiarla por la vida peligrosa del delincuente? ¿Podría vivir día tras día, noche tras noche con el temor a ser descubierto pendiente sobre mi cabeza? ¿Podría conservar ante mi esposa esa actitud de tranquila superioridad de la cual depende la bendición de mi vida doméstica? ¿Podría, como hasta ahora, continuar acogiendo a mis hijos a su vuelta de la escuela con las máximas morales que deben esperarse de un padre honorable? ¿Podría continuar despotricando contra la policía en el coche del ferrocarril por su ineficiencia y su inutilidad para descubrir y detener a los delincuentes cuyas depredaciones ponen en peligro la seguridad del orden financiero? Comprendí con un frío estremecimiento de duda que si abandonase mis costumbres respecto a todas estas cuestiones después de haber obrado como el amigo del doctor Mallako, sería probable que incurriese en sospechas. Habría personas que dirían: «¿Qué le sucede al señor Abercrombie? Acostumbraba expresar sus pensamientos con voz alta y potente, con delectación, en tono tan convincente, que harían temblar a cualquier malhechor; pero ahora, aun cuando sean los mismos los sentimientos que expresan sus palabras, susurra y tartamudea mientras los expone; y lo he visto mirar hacia atrás, por encima del hombro, cuando hablaba de la ineficiencia de la policía. Lo encuentro intrigante, y no ceso de pensar que hay algún misterio en la actitud del señor Abercrombie.»

»Esta dolorosa visión se hizo más y más vívida en mi imaginación. Vi con los ojos del espíritu a mis vecinos de Mortlake y a mis amigos de la City cotejando fechas y llegando, finalmente, a la triste conclusión de que mi cambio de estado de ánimo coincidía con el famoso desastre ocurrido en mi banco. Desde tal descubrimiento, temí que solamente hubiese un paso hasta mi caída. «No», pensé, «nunca escucharé la voz de este siniestro tentador. ¡Jamás abandonaré la senda del deber!» Y sin embargo... sin embargo...

»¡Cuán fácil parecía todo en tanto que continuaba sonando la consoladora voz con su aplacadora historia de triunfo! Y ¿no había leído yo en algún sitio que las dificultades de nuestro mundo nacen de la falta de decisión para aceptar riesgos? ¿No había enunciado cierto célebre filósofo la máxima de que es preciso vivir peligrosamente? ¿No era un deber mío, aun desde un punto de vista elevado, escuchar tales enseñanzas y ponerlas en práctica por los medios que las circunstancias colocaban a mi disposición? Encontrados argumentos, esperanzas y temores en pugna, costumbres y aspiraciones coincidentes producían en mi interior un torbellino extremadamente aturdidor.

Finalmente, no pude soportar más. «Doctor Mallako -dije-. No sé si será usted un ángel o un diablo; pero sé que me alegraría de no haberle conocido jamás.» Fué aquel el momento en que me apresuré a salir de la casa y hallé a usted ante el portillo.

»Nunca tuve un instante de paz espiritual desde aquella fatal entrevista. Durante el día, miraba a todas las personas a quienes encontraba y me decía: «¿Qué harían sí...?» Por la noche, antes de dormirme, pensamientos alternados de ruina y de prisión me agitaban y acongojaban y me llevaban de acá para allá, como en un juego angustioso de raqueta y pelota. Mi esposa se quejaba de mi inquietud y, más tarde, insistió en que durmiese en mi trasalcoba. Allí, cuando llegaba a mi el retrasado queño, mi estado era más atormentador que el de mis horas de vigilia. En mis pesadillas, caminaba a lo largo de una estrecha callejuela que se abría entre una prisión y un correccional. Me veía presa de la fiebre y marchaba vacilantemente por la calle y caía casi en uno u otro de los dos terribles edificios. Solía ver a un policía que se dirigía hacia mí y, cuando su mano caía sobre mi hombro, despertaba gritando.

»No es extraño que, en tales circunstancias, mis negocios se viesan afectados por mi estado. Mis especulaciones se hicieron más arriesgadas y mis deudas aumentaron. Finalmente, me pareció que no habría esperanzas para mí sino en el caso de que imitase la conducta del amigo del doctor Mallako. Pero en mi aturdimiento, cometí errores que aquél no había cometido. Los billetes que deposité en casa de mi atolondrado subordinado llevaban mis huellas digitales. El mensaje dirigido al agente de apuestas fué demostrado por la policía que procedió de mi casa. El caballo que yo esperé que llegase en último lugar, ganó la carrera, lo que fué una sorpresa para todos. Esto hizo que la policía se mostrase más dispuesta a aceptar las afirmaciones de mí subordinado cuando dijo que no había concertado tal apuesta. El desesperado embrollo en que se hallaban mis asuntos fué revelado por Scotland Yard. Mi subordinado, que supuse sería hombre sin valimientos, resultó ser sobrino de uno de los ministros del Gabinete.

»Estoy seguro de que ninguno de estos rasgos de mala suerte sorprendió al doctor Mallako. Sin duda de ninguna clase, el doctor Mallako había previsto desde el primer momento el espantoso curso que seguirían los acontecimientos. Nada me resta sino la aceptación de mi castigo. Temo que el doctor Mallako no haya cometido ningún delito, desde el punto de vista legal; pero ¡oh!, si usted pudiese descargar sobre su cabeza una décima parte del dolor que él ha descargado sobre la mía, sabría que en una de las prisiones de Su Majestad hay un corazón conmovido que le da gracias.»

Atormentado por la compasión, me despedí del señor Abercrombie y le prometí no olvidar sus últimas palabras.

III

Las últimas palabras del señor Abercrombie aumentaron el ya intenso horror que experimentaba por el doctor Mallako; pero, con gran desconcierto, descubrí que el incremento de tal horror iba acompañado de un aumento de fascinación. No me era posible olvidar al terrible doctor. Quería que sufriera, pero quería que sufriera a través de mí y deseé que, por lo menos una vez, hubiera entre él y yo algún pasadizo tan profundo, tan terrible y tan oscuro como lo que se asomaba al exterior de sus ojos. No obstante, no hallé modo de satisfacer tan contradictorios deseos, y durante cierto tiempo, continué intentando concentrarme por completo en mis investigaciones científicas. Había comenzado a obtener algún éxito en esta actividad, cuando me vi nuevamente sumergido en el mundo del horror del que anhelaba huir. Esto sucedió a causa de los infortunios del señor Beauchamp.

El señor Beauchamp, hombre de alrededor de treinta y cinco años, estaba considerado por mí desde hacía varios años como uno de los pilares de la virtud de Mortlake. Era secretario de una sociedad dedicada a la distribución de Biblias y se encontraba siempre ocupado en tareas filantrópicas. Siempre iba vestido con una chaqueta negra muy vieja y brillante y unos pantalones a rayas que habían conocido días mejores. Su corbata era negra; sus ademanes, vehementes. Aun cuando se hallaba en el tren solía citar pasajes del libro sagrado. Llamaba a las bebidas alcohólicas «licor fermentado», y jamás pasó por sus labios ni siquiera el más leve trago. Cuando derramó sobre sí una taza llena de café hirviente, exclamó: «¡Oh, Dios mío, cuán fastidioso...!» Las cenas de última hora eran una cosa abominable para él; solía tomar una colación que, antes de la guerra, se componía de carne fría, encurtidos y una patata hervida; pero en los días de austeridad suprimió la carne fría. Su apretón de manos, siempre húmedas, era laxo, flojo. No había ni una sola persona en todo Mortlake que pudiera recordar ni un solo acto suyo del cual tuviera motivos para ruborizarse.

Pero a partir de poco tiempo antes, desde el día en que lo vi salir de la casa del doctor Mallako, se había observado un cambio en su conducta. La chaqueta negra y los pantalones a rayas cedieron el sitio a una chaqueta oscura y pantalones del mismo tejido. La corbata negra fué substituida por una corbata azul. Sus alusiones a la Biblia se hicieron menos frecuentes, y le fué posible ver alguna noche hombres que bebían sin que se viese obligado a dejarse seducir por la tentación de pronunciar un largo discurso sobre las virtudes de la sobriedad. Una vez, una sola vez, se le vió corriendo por la calle en dirección a la estación con un clavel rojo en el ojal de la solapa. Esta indiscreción, que despertó la curiosidad de todo Mortlake, no se repitió. Pero las murmuraciones recibieron nuevo combustible cuando sucedió un nuevo incidente, pocos días

después del del rojo clavel. Se vió al señor Beauchamp sentado en un automóvil muy lujoso, al lado de una hermosa joven cuya modista era evidentemente parisiense. Durante varios días, todos nos hicimos la misma pregunta «¿Quién será esa mujer?» El señor Gosling, como siempre, fué el primero en facilitarnos la deseada información. Yo, lo mismo que los demás, había estado intrigado por el cambio que se había producido en el señor Beauchamp; mas una tarde, cuando fué a visitarme, el señor Gosling me dijo:

-¿Sabe usted quién es la mujer que ha operado un cambio tan profundo en nuestro virtuoso vecino?

-No - respondí.

-Bien -dijo él-. Acabo de adquirir informes respecto a su personalidad. Es Yolande Molyneux, viuda del capitán Molyneux, cuya dolorosa muerte en las selvas de Burma durante la última guerra fué una de las innumerables tragedias de tal época. Sin embargo, la hermosa Yolande se sobrepuso a su dolor sin grandes dificultades. El capitán Molyneux, como usted recordará, era hijo único del famoso fabricante de jabón y, como heredero de su padre, poseía ya una considerable fortuna, entregada sin duda anticipadamente con el fin de rehuir los impuestos que gravan las herencias. Esa amplia fortuna ha pasado a manos de la viuda, que es mujer de insaciable curiosidad respecto a diversos tipos de hombres. Ha conocido a millonarios y truhanes, montañeros montenegrinos y faquires indios. En sus vagabundeos por la superficie de la tierra no había conocido anteriormente la santimonia de la que llamamos Iglesia Inferior; y al hallarla en la persona dei señor Beauchamp, pensó que constituía un estudio fascinador. Me aterro al pensar lo que hará del pobre señor Beauchamp; pues en tanto que él se ha entregado al juego con toda su devoción, ella se limita a añadir un nuevo ejemplar a su colección.

Había entrevisto que las circunstancias encerraban un mal presagio para el señor Beauchamp, mas no había apreciado la magnitud del desastre que se abría ante él porque hasta aquel momento no conocía las actividades del doctor Mallako. Fué después de haber oído la historia del señor Abercrombie cuando comprendí lo que el doctor Mallako podía hacer con tales materiales. Puesto que no era posible obtener informes directos del señor Beauchamp, decidí entablar conocimiento con la hermosa Yolande, que vivía en una distinguida casa de Ham Common. No obstante, y con gran decepción, pude ver que ella nada sabía del doctor Mallako, a quien el señor Beauchamp jamás había mencionado en su presencia. La hermosa dama hablaba del señor Beauchamp siempre con divertida y desdeñosa tolerancia y lamentaba los esfuerzos que el pobre hombre hacía por adaptarse a los que suponía debían de ser los gustos de ella.

-Me agradan sus «textos» -dijo-, y hasta me agradaban sus pantalones a rayas, Me agrada su severa negativa a compartir el «licor fermentado» y me regocija su enérgica repulsa con palabras tan inocentes como «fastidiar» y «endiablado». Son esas cosas las que le hacen interesante para mí; y cuanto más

se esfuerza por parecerse a un ser humano normal y corriente, tanto más difícil encuentro el observar con él una conducta amistosa sin correr el riesgo de que su pasión lo arrastre a la desesperación. Es inútil, sin embargo, intentar explicar todo esto a ese hombre tan bueno, puesto que son cuestiones que están más allá de su comprensión psicológica.

Me pareció que sería inútil hacer súplicas a la señora Molyneux en favor del pobre hombre.

-¡Qué disparate! -dijo ella-. Un pequeño brillo de sentimientos ajenos a la santimonia solamente podrá producirle beneficios. Surgirá de ellos con una capacidad mayor que la que siempre ha tenido para tratar con los pecadores, que hasta ahora han atraído todo su interés. Me considero una filántropo y casi como una colaboradora en su trabajo. Lo verá usted: antes de que nuestra amistad haya concluido, su habilidad para rescatar pecadores se habrá multiplicado más de cien veces. Cada uno de los tormentos de su conciencia se transformará en una ardiente retórica; y su esperanza de que él mismo no se encuentre irrevocablemente condenado le permitirá ofrecer la perspectiva de una salvación final aun a aquellos a quienes hasta ahora ha considerado como extremada e irremediamente degradados. Pero no hablemos más del pobre señor Beauchamp -continuó al mismo tiempo que exhalaba una risita-. Estoy segura de que después de esta árida conversación usted querrá quitarse del paladar el gusto del señor Beauchamp con uno de mis *cocktails* especialísimos.

Tales conversaciones con la señora Molyneux eran, según pude observar, totalmente infructíferas; y el doctor Mallako continuaba aislado y era difícil llegar hasta él. El propio señor Beauchamp se hallaba de modo invariable preparándose para ir a Ham Common siempre que iba a visitarle, o atareado con los asuntos propios de su despacho. Sin embargo, pudo observarse que tales asuntos le ocupaban cada vez menos tiempo, y que el tren de la tarde, en el cual tenía costumbre de regresar por regla general, no lo encontraba ya en su puesto habitual. Aun cuando continué esperando lo mejor, no dejé de temer lo peor.

Y fueron mis temores los que tuvieron justificación. Una tarde, cerca de la hora del anochecer, cuando pasé ante la casa del señor Beauchamp, observé que a su puerta se había reunido un grupo de personas a quienes una vieja ama de llaves suplicaba que se retirasen de allí. La anciana se hallaba anegada en lágrimas. Yo conocía a la buena mujer, puesto que había visitado en alguna ocasión al señor Beauchamp, y le pregunté qué sucedía.

-¡Mi pobre señor! -exclamó ella-. ¡Mi pobre señor!

-¿Qué le ha sucedido a su pobre señor? -pregunté.

-¡Oh, señor, jamás olvidaré el terrible espectáculo que se ofreció a mi vista cuando abrí la puerta de su estudio! Su estudio, como usted sabe, fué utilizado antiguamente como despensa, y todavía tiene pendientes del techo unos largos ganchos de los cuales, en días de abundancia, colgaban jamones y patas de carnero. De uno de estos ganchos vi suspendido al señor Beauchamp

cuando abrí la puerta. Tenía el cuello rodeado por una cuerda y bajo el pobre caballero estaba volcada una silla. No sé cual será la pena que le haya llevado a la comisión de un acto tan temerario. No sé, no sé cual será la causa de su pena; pero sospecho de esa mujer perversa cuyas zalemas lo hicieron apartarse del buen camino.

Nada más podía averiguarse por mediación de la buena mujer; pero pensé que acaso no fueran infundadas sus sospechas y que la pérfida Yolande podría arrojar alguna luz sobre la tragedia. Fui inmediatamente a su casa y la hallé leyendo una carta que unos momentos antes le había sido entregada por un mensajero especial.

-Señora Molyneux -dije-: nuestras relaciones han sido hasta ahora puramente sociales; pero ha llegado un momento en que debemos hablar con mayor gravedad. El señor Beauchamp era amigo mío; esperaba ser algo más que amigo de usted. Es posible que usted se halle en condiciones de aclarar el terrible acontecimiento que acaba de producirse en su casa.

-Es posible -dijo ella vivamente con inacostumbrada seriedad-. He terminado en este mismo instante de leer las últimas palabras de ese hombre desgraciado de quien ahora sé que me había engañado al juzgar respecto a la intensidad de sus sentimientos. No negaré que sea digna de censuras; pero no soy la principal culpable de lo sucedido. Ese papel corresponde a una persona mucho más siniestra y más importante que yo misma. Me refiero al doctor Mallako. La parte que ha jugado en esta tragedia está expuesta en la carta que he leído. Puesto que usted era amigo del señor Beauchamp, y puesto que sé que es enemigo jurado del doctor Mallako, creo que es justo lea esta carta.

Y al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, me la entregó. Me despedí de la señora. No quise leerla hasta que me encontré en mi propia casa, y mis manos temblaban cuando desdoblé las diversas hojas de que se componía. El aura de maldad del extraño doctor parecía envolverme cuando las extendí sobre mis rodillas. Y hube de luchar contra grandes dificultades para evitar ser cegado por la visión de sus funestos ojos, que me hacían así imposible la labor de leer las terribles palabras que tenía el deber de estudiar. Finalmente, conseguí rehacerme y me forcé a zambullirme en los tormentos que habían arrastrado al pobre señor Beauchamp a su desesperado acto.

La carta del señor Beauchamp decía lo siguiente:

«Queridísima Yolande:

No sé si el contenido de esta carta producirá un dolor o si será como un alivio para tu perturbación. Como quiera que sea, creo que mis últimas palabras en esta tierra deben ser para ti...Pues éstas son mis últimas palabras. Cuando haya terminado de escribir esta carta, ya no existiré.

Mi vida, como sabes, fué triste e incolora hasta que tú entraste en ella. Desde que te conocí, supe que en la vida humana hay cosas de valor además de las prohibiciones y de los rancios «no hagas esto» a que hasta

ahora había dedicado mi actividad. Aun cuando todo haya concluido en un desastre, no puedo persuadirme a lamentar los dulces momentos en que parece haberme dirigido tus sonrisas. Pero no es acerca de sentimientos lo que deseo escribir.

Jamás hasta ahora, a pesar de tu natural curiosidad, te he revelado lo que ocurrió cuando, al cabo de poco tiempo de conocerte, hice una funesta visita al doctor Mallako. Cuando tal visita se produjo, yo había comenzado a desear ser la figura seductora que pudiera causar una impresión en tu imaginación y había comenzado a considerar al ser que hasta entonces había sido como a una especie de bobalicón. Una nueva vida, pensé, sería posible para mí en el caso de que lograra obtener tu aprecio. No obstante, no pude entrever el modo que esto fuese posible hasta el momento que tuve frente a mí a la maligna encarnación de Satán.

La tarde en que lo visité, me recibió con una risita afable, me llevó a su sala de consulta y me dijo:

-Señor Beauchamp : representa para mí un gran placer verlo aquí. He oído hablar mucho de sus buenas obras y admiro su devoción á las causas nobles. Debo confesar que me parece imposible concebir de qué modo podría ser de utilidad para usted; pero si ese modo existiera, sólo tendrá usted necesidad de pedirme que lo ponga en práctica. Antes de que comencemos a hablar de esos asuntos, creo que un pequeño refresco no estaría de más. Sé bien que usted no prueba el jugo de la uva ni la esencia destilada del grano y no quiero ofenderle ofreciéndole ninguna de ambas cosas; pero acaso no acogiera usted mal una taza de jugo de cacao convenientemente azucarado.

Le di gracias, no sólo por su amabilidad, sino, también, por su conocimiento de mis gustos y preferencias; y cuando su ama de llaves me hubo servido la ofrecida taza de cacao comenzó nuestro coloquio serio. Una magnética cualidad que emanaba de él me llevaba a un grado de ausencia de reserva que yo no había prevista. Le hablé de ti; le hablé de mis esperanzas y le referí mis temores; le dije el cambio que se había apercibido en mis creencias y aspiraciones; le hablé de los embriagadores momentos de tu amabilidad, que me permitían vivir a través de los largos días de tu frialdad; le hablé de mi seguridad de que, en el caso de que desease ganarte para mí, debería tener algo más que ofrecerte, algo más en valores mundanos; pero no solamente en valores terrenales, sino, también, algo más en cuanto a riqueza de carácter y valor emotivo. Si pudiera ayudarme a conseguir todo esto, dije, contraería con él una deuda eterna, y las despreciables diez guineas que había de pagarle por la consulta resultarían para mí la mejor inversión que cualquier mortal pudiera hacer.

El doctor Mallako, después de observarme en silencio durante unos momentos, dijo con voz meditativa

-No estoy seguro de que lo que voy a decir pueda ser de utilidad para usted ni de que pueda no serlo. Pero, como quiera que sea, voy a referirle una pequeña historia que guarda cierta afinidad con su situación.

»Tengo un amigo, un hombre muy conocido, a quien quizá haya encontrado usted en el curso de su labor profesional, cuyos primeros años de vida fueron malgastados del mismo modo que lo han sido los de usted. Él, como usted, se enamoró de una dama encantadora. Él, como usted, comprendió muy pronto que tendría muy pocas probabilidades de ganarla para sí en el caso de que no pudiera alcanzar un grado de riqueza que la continuación de la marcha de su vida anterior no podría proporcionarle. Él, como usted, repartía Biblias en muchas lenguas y en distantes lugares. Un día, cuando iba en el tren, conoció a un editor de reputación más que dudosa. En tiempos anteriores, no habría hablado con un hombre de tal naturaleza; pero la liberadora influencia de sus esperanzas amorosas le había hecho más tolerante para con los hombres a quienes hasta aquellos momentos había considerado poco honorables.

»El editor le explicó la inmensa red de carácter internacional por cuya mediación la literatura del género prohibido llegaba a las manos de quienes se sienten atraídos por tan perniciosa pócima. «La única dificultad -dijo el editor-, está en la propaganda. No hay dificultades para la distribución secreta; pero la propaganda secreta, si así puede decirse, resulta casi imposible.» Al llegar a este punto, el editor guiñó un ojo y dijo con una sonrisa maliciosa: «Ahora bien: si alguien como usted quisiera ayudarnos, el problema de la propaganda estaría resuelto. Usted podría colocar algunas indicaciones en las Biblias que distribuye. Por ejemplo: cuando el Libro dice que el corazón es desesperadamente malo y engañoso sobre todas las cosas (Jeremías, XVII, 9) usted podría insertar una acotación en que dijese que quienes desearan adquirir informes más amplios de la maldad del corazón humano podría dirigirse a los señores Tal & Cual. Y cuando Judas dice a sus sirvientes que cuiden a la mujerzuela que se halla a las puertas de la ciudad, usted escribiría una nota marginal en la que dijese que los lectores que no conociesen con exactitud el significado de tal palabra se dirigiesen a casa de los señores Tal & Cual, que les informarían con todo detalle. Y cuando la Biblia...» El editor continuó hablando en este mismo sentido aun cuando pareciese creer que aquella no era una labor del agrado de mi amigo, por más que, naturalmente (explicó en tono meditativo), en el caso de que fuese realizada produciría unos beneficios colosales.

»Mi amigo -continuó el doctor Mallako- tardó muy poco tiempo en tomar una decisión. Cuando llegó a Londres en compañía del editor, fué con éste a su club, donde, después de haber tomado diversas copas de bebidas alcohólicas, los dos hombres acordaron las líneas principales de su convenio. Mi amigo continuó distribuyendo Biblias, las Biblias fueron

más solicitadas que nunca, los beneficios del editor aumentaron y mi amigo obtuvo los beneficios suficientes para adquirir una casa hermosa y un hermoso automóvil. Mi amigo cesó gradualmente de repetir citas de la Biblia, excepto de aquellos pasajes a los que había añadido notas marginales. Su conversación se llenó de animación y su cinismo resultó divertidísimo. La dama, que al principio se había limitado a jugar con él, se fascinó. Se casaron y vivieron felices. Usted encontrará o no encontrará interesante esta historia; pero creo que es la única contribución que puedo aportar para la solución de sus dificultades.»

Me sentí horrorizado por lo que me pareció era una malvada sugerencia del doctor Mallako. Me pareció inconcebible que yo, cuya vida había sido gobernada hasta entonces por las reglas de la más estricta rectitud, pudiera llegar a verme relacionado con lo que es universalmente execrado: la literatura obscena. Así lo indiqué al doctor Mallako en tono firme. El doctor Mallako sonrió con sonrisa enigmática y discreta.

-Amigo mío -dijo-: ¿No ha observado usted casi desde el mismo instante en que tuvo la buena fortuna de conocer a la señora Molyneux que hay cierta estrechez excesiva en el código que hasta ahora ha regido su conducta? Estoy seguro de que en alguna ocasión habrá leído el Cantar de los Cantares, de Salomón, y tengo el convencimiento de que se habrá preguntado por qué razón ha sido incluido ese pasaje en el libro sagrado. Tal pregunta es sacrílega. Y si una parte de la literatura producida por el editor de mi amigo no es muy diferente de la del sabio rey, será imprudente que, por esa causa, la encuentre usted digna de censuras. Un poco de libertad, un poco de luz de día, un poco de aire fresco, aun en aquellos temas de los cuales ha intentado usted desviar sus pensamientos (temo que vanamente...) sólo pueden causar beneficios.

-Pero, ¿no hay -dije- el grave peligro de que la lectura de tal literatura pueda conducir a hombres y mujeres jóvenes a caer en pecado mortal?

-¡Oh! -exclamó el doctor Mallako-. Creo que hay muchas cosas que usted no ha podido comprender por entero.

-Y ¿no hay -añadí- en tal modo de proceder un peligro a ser descubierto? ¿No es muy probable que la policía descubra el malvado tráfico del que han de obtenerse los grandes beneficios de que usted me ha hablado? ¿No están abiertas las puertas de las prisiones para los hombres que operan en el campo de ese ilícito comercio?

-¡Aaah! -dijo el doctor Mallako-. Hay en nuestra sociedad repliegues y ramificaciones que son completamente desconocidos de usted. ¿Cree usted que cuando se trata de tan grandes cantidades de dinero no hay entre las autoridades alguien que a cambio de un tanto por ciento de los beneficios no esté dispuesto a colaborar en la labor o, cuando menos, a cerrar los ojos? Puedo asegurar que existen tales hombres y que su colaboración presta seguridad al editor de mi amigo. Si decidiera usted seguir

su ejemplo, será preciso que se asegure de que la tolerancia de los elementos oficiales está a su servicio.

No pude hallar nada más que decir y salí de la casa del doctor Mallako en un estado de duda, no sólo respecto a lo que debería hacer sino, además, respecto a las bases de la moralidad y del sentido de la honradez.

Al principio, la duda me incapacitó por completo. Me mantuve alejado de mi despacho y medité sombríamente acerca de lo que debería hacer y del modo como debería vivir. Pero los argumentos del doctor Mallako comenzaron a apoderarse de mi imaginación. «No puedo resolver -me dije- las dudas morales que me han sido instiladas. No sé qué conducta es buena ni cuál es mala. Pero sé -pensé en mi ofuscación- cuál es el camino del corazón de mi amada Yolande.»

Al fin, el azar determinó mi actitud definitiva; o, por lo menos, pensé que era el azar, aun cuando tengo mis dudas... Encontré a un hombre de excepcional sapiencia mundana, un hombre que había vagabundado por todo el orbe y había desempeñado actividades sospechosas en dudosas localidades. Decía que conocía las relaciones que unen a la policía con el mundo del hampa. Sabía qué policías eran corruptibles y cuáles no... o así lo decía. Parecía ser que se ganaba la vida sirviendo de intermediario entre los delincuentes y los policías complacientes.

-Pero a usted, es claro -me dijo-, no le interesan estas cuestiones, puesto que su vida es un libro abierto y jamás ha intentado apartarse ni un ápice del sendero de la legalidad.

-Eso, naturalmente, es cierto -repliqué-, pero, al mismo tiempo, creo que tengo el deber de aumentar mi experiencia hasta el límite; y si usted conoce a algún policía de la naturaleza de los que me ha dicho, le agradeceré mucho que me presente a él.

Así lo hizo. Me presentó al inspector-detective Jenkins, quien, según se me dió a entender, no poseía esa inflexible virtud que la mayoría de nosotros suponemos es propia de nuestro noble cuerpo de policía. Mi amistad con el inspector Jenkins creció gradualmente y, por medio de lentas y cautas insinuaciones, abordé el tema de las publicaciones indecentes, aun cuando jamás me quité el disfraz que me hacía parecer un hombre interesado en adquirir un conocimiento más completo del mundo.

-Voy a presentarle -me dijo- a un editor a quien conozco, un editor con quien en ocasiones he realizado negocios productivos.

Y me presentó al señor Mutton, quien, como me dijo, era un editor de la clase de aquellos de quienes habíamos hablado. No había oído hablar anteriormente de su empresa, pero esta circunstancia no me sorprendió, puesto que estaba entrando en un mundo que me era hasta entonces totalmente desconocido. Después de ciertas divagaciones, sugerí al señor Mutton que acaso pudiera serle de utilidad siguiendo la norma que me

había indicado el doctor Mallako, la misma que siguió su amigo con otro editor. El señor Mutton no rechazó la idea, pero me dijo que para poder protegerse contra posibles consecuencias, debería poseer una proposición mía hecha por escrito. Aunque con cierta renuencia, me mostré dispuesto a complacerle.

Todo esto sucedió ayer, cuando unas brillantes esperanzas me empujaban cada vez más hacia mi perdición. Hoy... Pero, ¿cómo podré decidirme a revelar la terrible verdad, una verdad que sirve para demostrar mi maldad, así como mi increíble locura?... Hoy se presentó ante mi casa un sargento de la policía. Cuando hubo traspuesto el umbral, me mostró el documento que yo había firmado a petición del señor Mutton.

-¿Es ésta su firma? -;me preguntó.

Aunque estaba terriblemente sorprendido, tuve la presencia de ánimo precisa para responder -Eso es usted quien debe probarlo.

-Bien -dijo-; no creo que sea tarea que presente muchas dificultades; y acaso sea conveniente que conozca usted la situación en que se encuentra. El inspector-detective Jenkins no es un servidor público deshonesto. Es, por el contrario, un hombre íntegramente dedicado a la conservación y defensa de nuestra vida social libre de corrupción y de impureza; y la reputación de corruptibilidad que ha tenido el buen cuidado de adquirir, existe tan sólo para atraer a los delincuentes a sus redes. El señor Mutton es lo que llamamos un «hombre de paja». Hoy un detective, mañana otro, desempeñan ese papel de personaje malvado. Usted comprenderá, señor Beauchamp, que sus posibilidades de escapatoria son muy pequeñas.

Y se marchó cuando lo hubo dicho. Comprendí en el acto que no había esperanzas para mí, que no me quedaba posibilidad de una vida soportable. Aun cuando tuviera la buena fortuna de escapar a la prisión, el documento que firmé pondría fin al empleo que hasta ahora me ha valido para ganar mi sustento. Y la ignominia haría imposible que me presentase ante ti, ante ti, sin quien la vida carecería de sabor. Nada resta para mí, si no es la muerte. Voy en busca de mi Hacedor, cuya justa cólera me condenará, sin duda, a los tormentos que tan vívida y frecuentemente he descrito a los demás. Pero hay una frase que espero que me permitirá escribir antes de mi partida. Y esa frase será: «De todos los hombres malos que jamás hayan existido, ninguno podrá ser más malvado, ninguno más desastrosamente insidioso y astuto que el doctor Mallako, para quien, ¡oh, Señor!, te pido que reserves alguna profundidad especial en ese infierno en que voy a hallar mi morada eterna».

Esto es todo lo que diré a mi Hacedor. Para ti, hermosa mía, desde el fondo del abismo en que me he hundido, deseo toda suerte de felicidades y alegrías.»

IV

Había transcurrido algún tiempo desde la trágica muerte del señor Beauchamp cuando supe lo que había sucedido al señor Cartwright. Me satisface poder decir que su suerte fué menos horrible; pero no podría negarse que fuese del género de la que nadie acogería con agrado. Conocí lo que le había ocurrido en parte por lo que él mismo me dijo y en parte por lo que me comunicó mi amigo el obispo.

El señor Cartwright, como todos sabemos, era un famoso artista fotógrafo a quien apoyaban los mejores actores cinematográficos y los políticos. Tenía la especialidad de sorprender las expresiones características de modo que cualquier persona que viese los retratos que hacía formase un juicio favorable para el modelo. Tenía como ayudante a una señorita de extrema belleza llamada Lalage Scraggs. En opinión de sus clientes, la belleza de la señorita Lalage tenía el defecto de estar obscurecida por una excesiva languidez. No obstante, se decía por quienes estaban bien informados que tal languidez no existía en sus relaciones con el señor Cartwright, sino que la pareja estaba unida por una ardiente pasión que (lamento tener que declararlo) no estaba santificada por ninguna ligadura legal. No obstante, el señor Cartwright tenía un gran pesar. Aun cuando trabajase día y noche con una impecable conciencia artística y aun cuando su clientela fuese cada día más y más distinguida, era incapaz, a causa de las voraces demandas del recaudador de impuestos, de satisfacer su tren de vida con la hermosa Lalage.

-¿De qué sirven todos estos esfuerzos -solfa decir cuando por lo menos las nueve décimas partes de mis ganancias son retenidas por el Gobierno para adquirir molibdeno o tungsteno o cualquier otra materia que no me interesa?

El descontento que esta circunstancia originaba amargaba su vida. Y el señor Cartwright proyectaba frecuentemente retirarse a vivir en el Principado de Mónaco. Cuando vio la placa de bronce del doctor Mallako, se preguntó:

-¿Podrá ese digno caballero descubrir algo más mortificador que los impuestos extraordinarios? En tal caso, deberá de ser hombre de gran imaginación. Consultaré con él. Acaso pueda...

Habiendo concertado una entrevista, visitó al doctor Mallako una tarde en que no debía fotografiar a ningún astro cinematográfico, ministro del Gabinete ni diplomático extranjero. Aun el embajador de la Argentina, que había convenido pagar su fotografía en carne congelada, habla escogido una fecha diferente.

Después de los habituales preliminares de cortesía, el doctor Mallako abordó la cuestión y preguntó al señor Cartwright qué tipo de horror prefería.

-...pues -añadió con una tranquila sonrisa- tengo horrores apropiados para todos mis clientes.

-Bien -dijo el señor Cartwright-; el horror que deseo es uno que esté relacionado con el modo de ganar dinero que se oculte a la atención del recaudador de contribuciones. No sé si podrá usted encubrir esta intención con los horrores que su placa de bronce promete; pero si la lograra, conquistaría mi gratitud.

-Creo -respondió el doctor Mallako- que puedo proporcionarle lo que desea. Ciertamente: esta cuestión afecta a mi orgullo profesional, y me avergonzaría si no pudiera complacer a usted. Voy a referirle una pequeña historia que acaso le ayude a tomar una determinación.

»Tengo un amigo que reside en París. Ese amigo, como usted, es fotógrafo, un fotógrafo genial. Como usted, tiene una ayudante que no es indiferente a los placeres parisienses. Como usted, encontraba fastidiosos los impuestos, puesto que se limitaba al ejercicio legítimo de su profesión. Ahora vive, también, de la fotografía; pero sus métodos son más progresivos. Procura averiguar con certeza el hotel en que se alojará cada una de las grandes celebridades que visitan diariamente la gran ciudad. Su hermosa ayudante se sienta en el vestíbulo o en el salón a la hora en que el gran hombre debe llegar. En tanto que el visitante se halla ocupado ante la mesa de recepción, la mujer gime, vacila, parece hallarse a punto de desmayarse. El galante caballero, que siempre es la persona más próxima a la señorita, acude invariablemente a sostenerla. En el momento en que la tiene entre los brazos, se produce el disparo de una cámara fotográfica. Al día siguiente, mi amigo visita al extranjero con la fotografía revelada y le pregunta cuánto pagaría porque las copias y el negativo fuesen destruidos. Si la víctima es algún personaje importante o algún político americano, que le pague cantidades muy crecidas. Por este medio, mi amiga ha logrado librarse de la angustia de la semana de cuarenta horas de trabajo. Su ayudante trabaja sólo un día por semana; él trabaja dos días: cuando toma la fotografía y cuando visita a su víctima. Los restantes cinco días de cada semana, la pareja gasta el tiempo en aventuras y diversiones. Acaba -terminó el doctor Mallako- logre hallar en esta corta historia algo que pueda serle de utilidad para la solución de sus desgraciadas perplejidades.

Solamente dos cosas preocuparon al señor Cartwright acerca de aquella sugerencia. Una de ellas era el temor a ser descubierto; la otra era la profunda aversión que le inspiraba la aparente promiscuidad amorosa de la bella Lalage. El temor le hizo entrever a la policía; los celos, aun más fuertes que el temor, le hicieron pensar en la posibilidad de que la hermosa Lalage pudiera hallar preferibles los brazos de alguna celebridad a los de él. Pero en tanto que estaba debatiendo la cuestión imaginativamente, recibió una comunicación en que se le indicaba que debía efectuar el pago de mil doscientas libras que adeudaba por impuestos corrientes y extraordinarios. El señor Cartwright, para quien la

economía era una ciencia desconocida, no poseía las mil doscientas libras; y al cabo de varias noches de insomnio, llegó a la conclusión de que para él no había más que una solución: imitar la conducta del amigo del doctor Mallako.

Después de los preparativos necesarios y de un examen del campo de las celebridades, el señor Cartwright decidió que su primera víctima fuese el obispo de Boria-boola-ga, que estaba visitando a Londres como asistente a un Congreso Pan-Anglicano. Todo sucedió con la misma precisión con que funciona el mecanismo de un reloj. La tambaleante dama cayó en los brazos del obispo, y los brazos la encerraron entre sí sin dar muestras visibles de repugnancia. El señor Cartwright, que estaba escondido detrás de un biombo, surgió en el momento oportuno y visitó al día siguiente al obispo con una fotografía muy convincente.

-Esta, mi querido obispo -dijo-, es, como tengo seguridad de que reconocerá usted, una obra de arte maestra. No puedo abstenerme de pensar, puesto que conozco su pasión por el arte negro, que usted deseará poseerla. Podría ser utilizada como estampa religiosa en alguno de los cultos primitivos. Pero en vista de la importancia de mis gastos industriales y del crecido queldo que debo pagar a mi inteligente ayudante y colaboradora, no puedo deshacerme del negativo y de las pocas copias que he hecho por menos de un millar de libras. Y aun ésta es una cantidad muy pequeña, reducida a lo mínimo en virtud de la simpatía que experimento por la bien conocida pobreza de nuestro episcopado colonial.

-Bien -dijo el obispo-. Este es un contratiempo desagradabilísimo. No podrá usted suponer que yo tenga en este momento en mi poder un millar de libras. Pero, puesto que me tiene usted en el suyo, le entregaré un pagaré con fuerza hipotecaria legal sobre los ingresos de mi sede.

El señor Cartwright se satisfizo al observar la razonable actitud del obispo, y ambos se separaron muy amistosamente.

Sin embargo, sucedió que el obispo en cuestión se diferenciaba bajo algunos aspectos muy importantes de la mayoría de sus colegas. Fue amigo mío cuando estudiábamos en la universidad, y en sus tiempos de estudiante fue muy conocido como hombre amigo de chanzas y burlas. Es posible que algunas de sus bromas no fuesen del mejor gusto. La gente se sorprendió mucho cuando decidió tomar órdenes, y todavía más al saber, aun cuando sus sermones fuesen muy elocuentes y a pesar de que con ellos consiguió provocar la piedad de muchísimas personas, que era absolutamente incapaz de abstenerse de continuar el género de conducta que le había hecho destacarse entre sus amigos, los estudiantes. Las autoridades de la Iglesia lucharon contra la necesidad de situarse en un punto de vista severo en lo que se relacionaba con sus demasías; pero, inevitablemente, en los últimos momentos, no pudieron menos que sonreír ante ellas. Y, en consecuencia, decidieran que, aunque fuesen dignas de castigo, éste no debería ser excesivamente extremado; y la penalidad escogida consistió en nombrarlo obispo de Boria-boola-ga con la condición de que no

podría ausentarse de su diócesis sin autorización expresa de los arzobispos de Canterbury y York. Sucedió que lo encontré en una ocasión en que un antropólogo pronunciaba una conferencia sobre los rituales religiosos del África Central, en la discusión subsiguiente a la cual el obispo colaboró con algunos comentarios mordaces. Siempre me había agradado su compañía y, al final de la reunión, logré persuadirle de que me acompañase a mi club.

-Creo -dijo- que es usted vecino de un tal señor Cartwright con quien tuve no hace mucho tiempo un encuentro muy curioso.

Y me refirió las circunstancias en que se produjo el referido encuentro y terminó con esta amenazadora observación:

-Temo que su amigo, el señor Cartwright, no sospeche lo que le espera.

El obispo, que se había impresionado mucho al conocer la técnica de la labor del señor Cartwright, se preguntó si podría hallar el modo de utilizar la misma técnica para la salvación de sus negros feligreses. Finalmente, concibió un proyecto. Se tomó el trabajo de observar al embajador soviético y cuando hubo adquirido conocimiento de sus facciones, gestos y ademanes buscó entre los actores que se hallaban sin trabajo uno que se pareciese al eminente y respetado diplomático. Habiendo hallado uno, indujo al hombre a fingirse compañero de viaje y a lograr que se le invitase a una recepción en la embajada soviética. Después, escribió una carta que parecía proceder del embajador en la que invitaba al señor Cartwright a reunirse con él en un hotel. El señor Cartwright aceptó la invitación.

El fingido embajador le puso en la mano un voluminoso sobre, y en el mismo momento en que lo recibía, el señor Cartwright oyó un ruido que le era muy conocido: el disparo del obturador de una cámara fotográfica que estaba oculta. Al mirar el sobre, vió con gran horror que en él estaban escritos con letras grandes y claras no solamente su nombre, sino, además, esta leyenda: *Diez Millones de Rublos.*

El obispo fué a verle a la mañana siguiente y le dijo:

-Bien, amigo mío. Usted sabe que la imitación es la más sincera de todas las adulaciones; y he venido a adularle. He aquí una fotografía tan buena como la que usted tomó de mí y, si me permite decirlo así, mucho más perjudicial. Pues dudo mucho de que los habitantes de Boria-boola-ga formasen mal concepto de mí por haberme visto abrazando a una hermosa dama; pero las autoridades de esta gran nación sospecharán en gran medida de usted en el caso de que vean esta fotografía. No obstante, no quiero tratarle con dureza, ya que admiro muchísimo su ingenio. Por lo tanto, voy a proponerle unas condiciones muy ventajosas. Como es natural, deberá devolverme el pagaré y el derecho de embargo sobre los ingresos de mi sede; y en tanto que continúe practicando su profesión, habrá de ser con sujeción a ciertas estipulaciones. Los hombres a quienes haga usted objeto de sus chantajes habrán de ser notorios infieles cuya caída moral redunde en beneficio de la verdadera fe: el noventa por ciento del dinero que usted obtenga de este modo deberá serme entregado.

»Usted debe de saber que en Boria-boola-ga existe todavía cierta cantidad de infieles; y he concertado con el obispo vecino de Nyam-Nyam una importante apuesta respecto a quién de los dos logrará el crecimiento más rápido del número de los fieles en las respectivas diócesis. He averiguado que todos los habitantes de un pueblo se prestarán a ser bautizados si el hombre principal del pueblo se presta a serlo. He averiguado, también, que el hombre principal del pueblo aceptará la sugerencia si se le paga el precio de tres cerdos, que en Africa Central es muy inferior al de aquí. Acaso podamos calcular acertadamente su valor en quince libras. Hay aún alrededor de un millar de hombres principales que deben ser convertidos. Por lo tanto y para el cumplimiento de mi labor necesito la cantidad de quince mil libras. Cuando haya adquirido esta cantidad gracias a las actividades de usted respecto a los librepensadores, volveré a examinar el estado de nuestras relaciones. Y mientras tanto, se hallará usted libre de atenciones enfadosas, tanto por mi parte como por la de la policía.

El señor Cartwright, desconcertado mas todavía no desesperanzado, vió que no tenía otro remedio que obedecer las indicaciones episcopales. Sus primeras víctimas fueron los directores del Movimiento Ético, que -tiene por finalidad el mantenimiento de la creencia de que el más alto grado de virtud puede existir fuera del dogma cristiano. A continuación, sus víctimas fueron los dirigentes comunistas de los Estados Unidos, Australia y otras virtuosas partes del mundo, que habían llegado a Londres con el fin de celebrar una importante conferencia. Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, ya había logrado reunir las quince mil libras que el obispo solicitaba. El obispo recibió esta cantidad con reverente espíritu y expresó su gratitud por la circunstancia de que se le hubiera puesto en condiciones de extirpar el paganismo en la que hasta aquel momento había sido una descarriada región.

-Y ahora -dijo el señor Cartwright-, estoy seguro de que reconocerá usted que he conquistado mi futura libertad de acción.

-No corra tanto -dijo el obispo-. Todavía obra en mi poder la fotografía original en que se basa nuestro pacto. Podría sin la menor dificultad proporcionar a la policía las pruebas legales de los métodos que ha utilizado usted para recoger las quince mil libras que me ha entregado, y usted no posee pruebas de ninguna clase de que yo haya sido partícipe de sus actividades. No creo que tenga usted ningún derecho a solicitar la libertad que le exima del cumplimiento de mis peticiones.

»Pero, como he dicho antes, soy un patrón misericordioso y, aun cuando continuará usted siendo mi esclavo, no haré que sus ligaduras sean insoportables. Hay dos circunstancias inconvenientes en Boria-boola-ga actualmente: una de ellas es que el Jefe Principal se aferra obstinadamente a la fe de sus antecesores; la otra es que la población es menos numerosa que la de Nyam-Nyam. Existe un medio que permitirá a usted y a su hermosa colaboradora poner remedio a estos dos defectos. He enviado la fotografía de su

colaboradora al Jefe Principal, quien se ha enamorado locamente de ella. Le he dado a entender que en el caso de que se convierta a nuestra fe podré lograr que esa mujer sea su esposa. En cuanto a usted, le exijo que traslade su residencia a Boria-boola-ga y que tenga un amplio harem de mujeres de piel oscura. Se dedicará usted, en tanto que sea posible, a engendrar almas que yo bautizaré; y si en alguna ocasión descendiese el número de nacimientos por haber abandonado usted el cumplimiento de sus deberes, sus actividades delictivas serán dadas a conocer.

»No quiero decir que esta condena haya de durar toda su vida. Cuando llegue a la edad de setenta años, usted y la exquisita Lalage, que ya no será tan exquisita, obtendrán autorización para regresar a Inglaterra, donde podrán ganarse el sustento que sea posible obtener haciendo fotografías para pasaportes. Con el fin de que no pueda pensar en la violencia como medio de liberación, le advierto que he dejado en mi banco un sobre sellado en compañía de las instrucciones precisas para que sea abierto en el caso de que yo muera de manera que pueda suscitar sospechas. Una vez que haya sido abierto, ese sobre hará segura la ruina de usted. Entretanto, espero con placer la ocasión de disfrutar de su compañía en nuestro exilio común. Buenos días.

El señor Cartwright no halló salida para tan dolorosa situación. La última vez que le vi fué en el muelle, cuando embarcaba para África. Estaba despidiéndose con el corazón destrozado de la señorita Scraggs, a quien el obispo forzaba a viajar en otro barco. No pude evitar el experimentar cierta compasión por él; pero me consolé al pensar en los indudables beneficios que reporta la propagación de los Evangelios.

A pesar de los contratiempos sufridos por el señor Abercrombie, el señor Beauchamp y el señor Cartwright, yo no había perdido de vista a la señora Ellerker. En realidad, se habían producido algunos acontecimientos relacionados con ella que me ocasionaron una gran ansiedad.

El señor Ellerker era diseñador de aeroplanos y estaba considerado por el Ministerio como uno de los hombres más competentes de su departamento. Tan sólo tenía un rival, un tal señor Quantox, que también residía en Mortlake. Algunas de las autoridades creían que el señor Quantox era el más valioso; otras preferían el trabajo del señor Ellerker; pero en toda Inglaterra no había ningún hombre más a quien se atribuyese el mérito de haber alcanzado en su labor un grado de perfeccionamiento tan grande como el de ellos dos. Sin embargo, en todo lo que no se relacionaba con su profesión, los dos hombres eran completamente distintos. El señor Ellerker era hombre de rígida ilustración científica; desconocía la literatura, era indiferente a las bellas artes, pomposo en su conversación y adicto cultivador de los lugares comunes y las vulgaridades. Por el contrario, el señor Quantox era hombre chispeante e ingenioso, de amplia cultura y profunda ilustración general, hombre que podía divertir a quien le acompañase con observaciones en que se mezclaban el ingenio y un penetrante análisis. El señor Ellerker jamás había mirado a ninguna mujer, sino a su

esposa, en tanto que el señor Quantox era amibo de aventuras amorosas y habría incurrido en la reprobación general si no hubiera sido por el valor nacional de su labor, el cual, como el de Nelson, impulsaba a los moralistas a fingir ignorancia. En muchos de estos aspectos, la señora Ellerker era mucho más parecida al señor Quantox que a su esposo. El padre de la señora Ellerker fué catedrático de Antropología en una de nuestras Universidades. La mujer había pasado su juventud en la compañía más inteligente que es posible hallar en Inglaterra. Estaba acostumbrada a la fusión del ingenio con la cultura y a una ausencia en ambos de la grave moral que el señor Ellerker había heredado de la época victoriana. Sus vecinos de Mortlake se dividían en dos clases: la de los que admiraban su ingeniosa conversación y la de los que temían que tales ligerezas verbales no pudieran emparejarse con una perfecta corrección de conducta. Las más serias de las personas que la conocían sospechaban sombríamente que la señora padecía algunos olvidos de la moral, que eran hábilmente ocultados, y se mostraban inclinados hacia una compasión para el pobre señor Ellerker, que tenía una esposa tan liviana. La otra fracción compadecía a la pobre señora Ellerker al pensar que durante el desayuno el señor Ellerker expondría unos sesudos comentarios acerca de los artículos editoriales del Times.

Después de la dramática salida de la señora Ellerker de la casa del doctor Mallako, me propuse cultivar la amistad de la dama con la esperanza de poderle ser de utilidad más pronto o más tarde. Cuando supe la parte que había tomado el mismo doctor Mallako en los infortunios del señor Abercrombie, creí que tenía el deber de poner en guardia a la señora contra el doctor; pero esto resultó inútil, puesto que la señora se negó a admitir la idea de que pudiera tener algo que ver con él en lo futuro. Una nueva ansiedad me asaltó respecto a ella. Se hizo del dominio público que la señora Ellerker y el señor Quantox se reunían con más frecuencia de la que aconsejaba la más elemental prudencia en vista de la rivalidad de su esposo y el señor Quantox. El señor Quantox, a pesar del atractivo de su conversación, me parecía una amistad muy poco conveniente y muy peligrosa para una persona que se hallaba en la vacilante situación en que yo había visto salir a la señora Ellerker de la casa del doctor Mallako. Insinué algo de esto en el curso de una conversación que con ella sostuve; pero su reacción fué completamente distinta a la que se operó en ella en el caso del doctor Mallako. Se enfureció, dijo que aquellas maledicencias eran indignantes y que no quería oír ni una sola palabra más contra el señor Quantox. Tanto se encolerizó, que interrumpí mis visitas a su casa y, en consecuencia, perdí por completo el contacto con ella.

En este estado continuaron las cosas hasta que, una mañana, al abrir un periódico, hallé en él una noticia terrible. Un aeroplano de nuevo modelo, construido con arreglo al proyecto del señor Ellerker, había estallado y se había precipitado en llamas contra el que lo durate su vuelo de ensayo. El piloto murió carbonizado, y se había abierto una investigación para descubrir las

causas del siniestro. Pero lo peor de todo había de suceder a continuación. Cuando la policía examinó los papeles del señor Ellerker halló en ellos pruebas indudables de que el caballero había estado en contacto con una potencia extranjera y que la traición lo había llevado a cometer errores deliberados en el diseño del nuevo aeroplano. Cuando tales documentos surgieron a la luz, el señor Ellerker se suicidó tomando una dosis de un activo tóxico.

Al recordar al doctor Mallako, comencé a sospechar que la verdad no era exactamente la que se nos había dado a conocer. Decidí visitar nuevamente a la señora Ellerker, a quien hallé en un estado que no era tanto de dolor como de perturbación. La hallé afligida, no solamente del natural pesar sino también presa de una especie de terror que en los primeros momentos no me fué posible comprender. Solía detenerse a mitad de una frase para escuchar algo, aunque mi oído nada podía percibir. Luego, reaccionaba haciendo un gran esfuerzo, y decía:

-Sí... Sí... ¿Qué estábamos diciendo?

Y, abatida, reanudaba el hilo de la conversación desde el punto en que la había interrumpido. Me angustié mucho al ver su estado; pero se negó a hacerme confidencias y nada más pude sacar en claro en aquella ocasión.

Entretanto, el señor Quantox continuaba su camino y obtenía nuevos triunfos. Su único rival había desaparecido: el Gobierno confiaba cada vez más en él, puesto que era su más firme esperanza en la carrera de los armamentos; su nombre apareció en la lista de Honores concedidos con motivo del cumpleaños de Su Majestad, y en todos los periódicos se le alababa.

Nada más sucedió durante uno o dos meses hasta que, cierto día, supe por medio del señor Gosling que la señora Ellerker, vestida con el luto de la viudedad, había corrido atribuladamente a visitar al ministro del Aire e insistido en su deseo de ser recibida por él. Y cuando fué llevada a su presencia, expuso un cuento incoherente que al ministro pareció únicamente el producto de una demencia originada por el dolor. No pudo comprender por completo la historia de la mujer; pero de ella dedujo que la señora Ellerker exponía unas acusaciones increíbles contra el señor Quantox e, incidentalmente, contra sí misma. El eminente psiquiatra que fué avisado declaró, de acuerdo con el ministro, que la mente de la señora Ellerker se había desquiciado. El señor Quantox era un servidor público demasiado valioso para que pudiera ser puesto a merced de una mujer histérica, y la desdichada señora Ellerker, después de haber sido examinada rápidamente, fué trasladada a un manicomio.

Se daba la circunstancia de que el médico que dirigía tal manicomio era un antiguo amigo mío. Fui a visitarle y le pedí que me informase confidencialmente acerca del triste estado de la señora Ellerker. Cuando el doctor hubo manifestado cuanto la discreción le permitió, dije:

-Doctor Prendergast -pues tal era su nombre-: tengo algunos conocimientos acerca de las circunstancias que rodeaban a la señora Ellerker y de su ambiente social. Creo que no sería improbable, en el caso de que se me

permitiera tener una entrevista con ella en ausencia de los enfermeros, cuya presencia y servicios son convenientes en algunos casos mentales, que pudiera descubrir la fuente de sus trastornos e indicar, acaso, el camino que podría conducir a su curación. No hablo a humo de pajas. Existen unas circunstancias, conocidas por pocas personas, que tienen relación con los extraños sucesos que han llevado a la señora Ellerker al estado de inestabilidad mental en que se halla. Le quedaré muy agradecido si tiene la bondad de proporcionarme la ocasión que deseo.

Después de algunas vacilaciones, el doctor Prendergast accedió a mi petición.

Hallé a la pobre señora a solas, sentada y abatida, sin mostrar interés por nada; apenas levantó la cabeza cuando entré en la habitación y casi no ofreció señales de haberme reconocido.

-Señora Ellerker -dije-: no creo que padezca usted delirios de locura. Conozco al doctor Mallako, conozco al señor Quantox y conocí a su difunto esposo. Creo absolutamente imposible que el señor Ellerker fuese culpable de la conducta que se le imputa; pero encuentro perfectamente creíble que el señor Quantox y el doctor Mallako hayan maquinado entre ellos la destrucción de un hombre bueno. Si mis sospechas son fundadas, puede usted confiar en mí para que conceda el debido crédito a lo que usted quiera manifestarme y no lo considere como desvaríos de una mente enferma.

-¿Dios le bendiga por esas palabras! -replicó ella con fervor-. Son las primeras que oigo que me permiten abrigar la esperanza de conseguir que resplandezca la verdad. Puesto que desea oír mi historia, voy a referírsela con todos sus dolorosos detalles. No debo tener compasión de mí misma, pues el papel que he representado ha sido el de una profunda infamia... Pero, créame, estoy curada de la influencia mala que me precipitó por la pendiente y quiero con todo el corazón limpiar la mancillada memoria de mi pobre esposo.

Y con estas palabras dió comienzo a una larga y terrible historia.

La cadena extensa del desastre empezó, como yo había sospechado, con las maquinaciones del doctor Mallako. Habiendo averiguado que el doctor Mallako era un vecino de gran esplendor académico, el señor Ellerker llegó a la conclusión de que sería correcto iniciar unas relaciones sociales con él; y, acompañado de su esposa, visitó al enigmático personaje la misma tarde en que encontré a la señora Ellerker a punto de desvanecerse ante la puerta de su casa.

Al cabo de pocos minutos de desordenada conversación, el señor Ellerker, cuya importancia era tan grande que se hacía preciso que su paradero fuese conocido en cualquier instante, fué llamado por el Ministerio e informado de que algunos documentos que se hallaban en su poder eran precisos urgentemente y que debían ser enviados en el acto por medio de un mensajero especial. El señor Ellerker tenía tales documentos en su cartera de mano y decidió salir en el mismo momento en busca del mensajero que debía llevarlos donde eran necesarios.

-Tú, querida -dijo a su esposa-, no tendrás quizás Inconveniente en continuar en esta casa del doctor Mallako durante el corto tiempo que habré de permanecer ausente. Cuando haya concluído lo que debo hacer, volveré a buscarte.

La señora Ellerker, que había decidido que la conversación del doctor Mallako era mucho más prometedora que la de la mayoría del vecindario de Mortlake, no se mostró opuesta en modo alguno a aprovechar aquella ocasión de disfrutar de una interesante conversación que no fuese ensombrecida por la verborrea de su esposo. El doctor Mallako, con una penetración que ella intentó vanamente que fuese dolorosa, había observado la irritación y el aburrimiento que a la señora Ellerker producía la difusa verbosidad de su marido. Lo que más extraordinario pareció a la señora, aun cuando no fuese causa de sospechas por el momento, fué el conocimiento que el doctor Mallako tenía de otras personas cuyas circunstancias no eran diferentes a las de ella. El doctor Mallako, según dijo, había conocido a otros proyectistas de aeroplanos, entre los que había algunos que eran insípidos y otros que eran interesantes. Y lo extraño era, añadió el doctor Mallako, que los más insípidos eran los que tenían esposas interesantes.

-Usted comprenderá, querida señora -dijo interrumpiendo su historia el doctor Mallako-, que estoy hablando de diversas personas a quienes he conocido en el curso de mi vida y que ninguna de ellas, por lo que puedo saber, guarda relación ni tiene parecido con ninguno de los habitantes de este suburbio.

»Pero en los breves momentos en que he disfrutado de su compañía ya he podido advertir que el drama humano no carece de interés para usted; y por lo tanto, voy a continuar mi pequeño relato.

»Conocí en cierta ocasión a dos rivales (y usted comprenderá, naturalmente, que fué en otra nación) uno de los cuales, lamento tener que decirlo, estaba lleno de una amarga envidia de los éxitos del otro. El envidioso era ingenioso, encantador; el otro era insulso y tan sólo se interesaba por su trabajo. El envidioso (temo que esto pueda parecer a usted increíble; pero aseguro que es cierto) se captó las simpatías de la esposa de su colega, del que era mucho menos interesante que él. La mujer se enamoró locamente de él. Y temió que él estuviese menos enamorado de ella que ella de él. El apasionamiento la arrastró, y en un momento de incontenible enojo le dijo que no habría nada que ella no fuese capaz de hacer si con ello podía obtener su amor. Él pareció vacilar; pero al cabo de cierto tiempo dijo que había una cosa sin importancia que ella podría hacer en su beneficio, una cosa tan insignificante, que ni siquiera la creía merecedora de tan grandes preliminares. El esposo de aquella mujer, como otros que se ocupaban en una actividad similar, solía llevar frecuentemente a su casa diseños incompletos y planos con el fin de darles el toque final durante las horas de descanso. Tales diseños se hallaban en su pupitre y, mientras el hombre dormía, no estaban defendidos

por nada. ¿Acaso podría ella, sin interrumpir el queño del digno esposo, introducirse en el gabinete de trabajo del marido al rayar el día y hacer en los planos los ligeros cambios que su amante le indicase de vez en cuando? El esposo, desconocedor de las actividades de ella, haría que se construyese un nuevo aeroplano, de acuerdo con sus proyectos, según creería, pero que en realidad contendría las modificaciones y los pequeños cambios que el malvado amante habría indicado. El aeroplano fué construído. El esposo de la señora, lleno de orgullo por lo que consideraba un acierto perfecto, ocupó el aeroplano en el vuelo de prueba. El aparato se incendió y el ingeniero que lo había proyectado murió. El amante, inundado de gratitud, se casó con la dama viuda tan pronto como hubo transcurrido un período de tiempo prudencial. Acaso haya pensado usted, mi querida señora -concluyó el doctor Mallako-, que el remordimiento ensombreció su felicidad; mas no fué así. Tan chispeante y delicioso era su nuevo marido, que nunca, ni siquiera por un instante, lamentó la pérdida del esposo insulso a quien había sacrificado. Su alegría no fué oscurecida por nada; y hasta hoy, aquellas dos personas forman la pareja más feliz que he conocido en mi vida.

Al llegar a este punto, la señora Ellerker exclamó con horror:

-¡No puede existir una mujer tan malvada!

El doctor Mallako replicó:

-Hay muchas mujeres malvadas en el mundo... y hay, también muchos hombres que sólo causan aburrimiento.

Mientras duró el discurso del doctor Mallako, la señora Ellerker, que hasta entonces, aunque con dificultad, había vivido una vida de virtud, se vió acosada por imágenes que intentó y no pudo rechazar. Había hallado al señor Quantox en diversas reuniones de sociedad. Y él había mostrado el interés más halagador para ella. El señor Quantox pareció darse cuenta de que la señora Ellerker poseía no solamente encantos personales, sino, además, una mente cultivada y atractiva. Siempre había demostrado tener más deseos de conversar con ella que con cualquier otra persona que se hallase presente. Pero hasta aquel momento en que el doctor Mallako estaba hablando, la señora Ellerker no se había dado cuenta de que, a través de tales encuentros, en su imaginación se había presentado el pensamiento de que su vida habría sido muy diferente si su esposo hubiera 'do el señor Quantox y no el pobre Henry. Este pensamiento había sido tan fugitivo y fué rechazado con tanta facilidad, que hasta que el discurso del doctor Mallako lo destacó con perfecta claridad no había sido lo suficientemente firme para que pudiera perturbarla. Pero ya había subido a la superficie. Y la señora se preguntó entonces cuáles serían sus sentimientos si el señor Quantox la mirase con pasión, si los labios del señor Quantox se uniesen a los suyos, si los brazos del señor Quantox le rodeasen el cuerpo. Tales pensamientos la hicieron temblar; pero no pudo alejarlos de sí.

«Mi espíritu -pensó la pobre señora- se ha marchitado por efecto de la soporífera monotonía, de la incorregible insulsez de Henry. A la hora del

desayuno sus comentarios sobre las opiniones de los periódicos me producen deseos de gritar. Después de la comida, cuando supone que disfruto un tiempo de descanso feliz, duerme invariablemente. Y, sin embargo, se da cuenta inmediatamente si intento ocuparme en algo. No sé cómo soportar su suposición de que soy una mujercita tontuela y bondadosa, como las que aparecen en las novelas malas de la época victoriana que él solía leer en su adolescencia... y del nivel de las cuales no ha pasado jamás. ¡Cuán diferente sería mi vida si la pasase junto a mi querido Eustace, como llamo, por lo menos en queños, al señor Quantox! ¡Cómo nos estimularíamos mutuamente, cómo brillaríamos, cómo haríamos que todo el mundo se maravillase de nuestro esplendor! Y ¡cómo nos amaríamos, con fuego y con pasión, y sin embargo, con un amor alado, no con la pesadez indigesta de una pasta sin cocer!»

Todas estas imágenes y todos estos pensamientos se atropellaron en la imaginación de la señora Ellerker en tanto que el doctor Mallako hablaba. Pero al mismo tiempo, otra voz, no tan intensa, no tan estridente, y que, sin embargo, no carecía de fuerza, le recordaba que el señor Ellerker era un hombre bueno, que cumplía todos los deberes que debía cumplir, cuyo comportamiento era intachable y cuya vida era honorable. ¿Podría ella, como la mujer malvada de la historia del doctor Mallako, condenar a tal hombre a una muerte dolorosa?

Vacilante y angustiada, entre el deber y el deseo, fué arrastrada de acá para allá por el conflicto de la pasión frente a la compasión. Finalmente, olvidando lo que el señor Ellerker había dicho acerca de su regreso, corrió con rapidez para alejarse de la casa y se desvaneció al trasponer el portillo.

La señora Ellerker, en el torbellino que atormentaba su espíritu, hubiera deseado no ver al señor Quantox, o por lo menos, hasta que hubiera tomado una decisión en un sentido o en otro. Por espacio de varios días, se refugió en la enfermedad y guardó cama. Pero aquel subterfugio no podía durar mucho tiempo. Con gran espanto suyo, su esposo le dijo tan pronto como se hubo levantado:

-Amada, querida mía: ahora que mi pajarito cantarín ha recobrado la salud, quiero invitar a nuestro vecino, el señor Quantox, a tomar el té con nosotros. Tú, como es natural, no tienes por qué torturarte la linda cabeza por razón de mis deberes profesionales; pero el señor Quantox y yo somos rivales en cierto sentido y me gustaría que entre nosotros hubiera ese modo de proceder civilizado que tan bien se acomoda a los hombres del siglo xx. Por lo tanto, creo que sería conveniente que invitásemos al señor Quantox a venir a nuestra casa, y espero que harás todo lo posible por ser amable con él... Y cuando eres amable, querida, muy pocas personas podrán serlo tanto como tú.

No había posibilidad de escape. El señor Quantox fué a su casa. El señor Ellerker, según tenía por costumbre, se retiró en dirección a su mesa de trabajo y sus papeles tan pronto como la cortesía se lo permitió al mismo tiempo que decía

-Lamento mucho, señor Quantox, que mis deberes públicos me impidan disfrutar por más tiempo de su deliciosa compañía. Pero le dejo en buenas manos. Mi esposa, aun cuando no pueda seguir los intrincados enmarañamientos de nuestra difícil profesión, no será incapaz, estoy seguro de ello, de agasajar a usted durante la próxima media hora, en el caso de que pueda usted substraerse durante tanto tiempo a esas ocupaciones que para nosotros dos encierran el mayor encanto de la vida.

Cuando se hubo retirado, la señora Ellerker se sintió unos momentos paralizada por la turbación; pero el señor Quantox no permitió que aquella actitud durase mucho tiempo.

-»Manda -dijo- si así me permite usted llamarla: este es el momento que he esperado desde la primera vez que nos vimos en aquella tediosa reunión que sólo usted hizo soportable. ¿Quién existe en este aburrido suburbio con quien usted o yo podamos cambiar unas palabras inteligentes, no siendo uno de nosotros dos? Me permito albergar la esperanza de que acaso halle usted en mí, como yo en usted, el ser civilizado y capaz de hablar con el lenguaje que a ambos nos es natural.

El resto de sus palabras fue menos personal. Habló con gusto, conocimiento y comprensión de libros, música y pintura, de cosas que el señor Ellerker ignoraba. Y cuando el señor Quantox se levantó para despedirse, los ojos de la señora Ellerker estaban brillantes.

-Amanda -dijo él-: he pasado media hora verdaderamente deliciosa. ¿Puedo esperar que algún día, un día no muy lejano, experimente el deseo de ver mi colección de primeras ediciones de libros? Poseo algunos que no son indignos ni siquiera de sus ojos, y tendría gran placer en mostrárselos a una persona que tan bien sabrá apreciarlos.

Ella vaciló durante un momento; luego, vencida por la inquietud de un deseo, accedió; y fue concertada una entrevista que debía celebrarse a una hora en que el señor Ellerker se hallase en su oficina. La señora llamó al timbre de la casa con cierta nerviosidad. El señor Quantox abrió la puerta, y la señora comprendió que se hallaba solo en la casa. Él la precedió camino de la biblioteca, y tan pronto como la puerta se hubo cerrado la tomó los brazos...

Cuando, al fin, ella logró separarse al pensar que el querido Henry se hallaría a punto de volver a su hogar y esperaría saludarla juguetonamente con la acostumbrada pregunta: «¿Qué ha hecho mi pajarito cantarín en ausencia de su compañero?», le pareció advertir de modo desesperado que debía ser forjada alguna ligadura más fuerte y más permanente que la sencilla pasión en el caso de que ella y su querido Eustace hubieran de hacer de su encuentro algo más que una cuestión pasajera.

-Eustace -dijo-: te quiero y no hay nada que no sea capaz de hacer si con ello puedo acrecentar tu felicidad.

-Querida mía -respondió él-, no querría cargarte con el peso de mis problemas. Tú eres el sol y la luz para mí y no quisiera asociarte en mis pensamientos con la abrumadora rutina de los afanes cotidianos.

-¡Oh, Eustace! -replicó ella-. ¡No pienses así de mí! No soy, como Henry supone, un pajarito cantarín. Soy una mujer de inteligencia y capacidad, apta para tomar parte en la gravedad de la vida de un hombre como tú. En mi hogar se me trata de modo insistente como a un juguete. No es así, querido mío, como quiero que me trates tú.

El señor Quantox pareció vacilar y al fin tomar una resolución. Y con un momentáneo tormento de dolor, ella le oyó repetir casi literalmente las palabras de la «pequeña historia» del doctor Mallako.

-Bien -dijo él-; hay algo que podrías hacer en mi favor, una cosa demasiado pequeña, pensarás de modo probable, para que valga la pena utilizar todos estos preliminares.

-¡Oh! ¿Cuál es, Eustace? ¡Dímelo! -exclamó ella.

-Pues -dijo él- supongo que tu esposo llevará a casa con alguna frecuencia sus planos incompletos para la construcción de nuevos aeroplanos. Si tú hicieras algunas alteraciones muy pequeñas y de muy poca importancia en tales planos, las que yo te indique, harías algo en mi favor y espero que también en el tuyo.

-¡Lo haré! -dijo ella-. Dame instrucciones.

Y breves instantes después corría en dirección a su casa.

Las palabras de respuesta del señor Quantox habían sido un eco espectral de las de la pequeña historia del doctor Mallako. Los días siguientes continuó repitiéndose el eco de tal historia, hasta que llegó un día en que el señor Ellerker, triunfalmente, informó a su esposa que la construcción de su nuevo aeroplano había terminado y sería probado en la mañana inmediata. Fué a partir de este momento cuando los hechos que se produjeron comenzaron a ser diferentes de los que contenía la historia del doctor Mallako. No fue el señor Ellerker, sino un piloto quien dirigió el aeroplano en el vuelo de pruebas; y el piloto murió carbonizado cuando el avión se incendió. El señor Ellerker llegó a su casa en el estado de abatimiento y desesperación que es de suponer. Cuando la policía halló entre sus papeles sus traidoras relaciones con una potencia extranjera, la señora Ellerker comprendió con prontitud que tales pruebas habían sido preparadas por su querido Eustace; pero nada reveló, ni siquiera después del envenenamiento de su esposo.

El señor Quantox no tuvo rival desde aquel momento, se elevó a mayor altura en la estimación pública y fué recompensado por un agradecido soberano en la primera lista de Honores concedidos con motivo de su cumpleaños. Pero su puerta permaneció cerrada para la señora Ellerker; y si alguna vez se encontraban en el tren o en la calle, él la saludaba secamente. Bajo el ramalazo de este desdén, la pasión de la mujer murió y fué sucedida por un remordimiento amargo, crudo, insoportable. A cada momento le parecía oír la

voz del querido Henry, que murmuraba las vulgaridades que, durante la vida de él, habían parecido insoportables a la señora. Cuando los periódicos se llenaron con noticias de los sucesos de Persia, creyó oír la voz de Henry, que decía: «¿Por qué no envían algunos regimientos de soldados que den a esos despreciables asiáticos una lección? ¡Te garantizo que correrían con gran rapidez en cuanto vieses uniformes ingleses!» Cuando regresaba al anochecer de unos desconsolados vagabundeos en busca de liberación de sus torturadores pensamientos, creyó oír que su esposo decía: «No te excedas, Amanda! Estas tardes de niebla no son buenas para ti. Tienes las mejillas demasiado pálidas. No es conveniente para una mujer cansarse tanto. Los afanes y las torturas de la vida son para los hombres, que debemos proteger a nuestros tesoros de todos los obstáculos y los contratiempos que asaltan a nuestras vidas». En todos los momentos: cuando conversaba con los vecinos; al ir de compras; cuando viajaba en el tren, solía oír las rotundas aunque amables vulgaridades que su esposo murmuraba junto a su oído, con tanta insistencia, que no llevaba a creer que el querido Henry estuviera verdaderamente ausente. Entonces, volvía la cabeza repentinamente, y quienes lo veían le decían: «¿Qué le sucede, señora Ellerker? Parece haberse estremecido...» Y después el temor, un temor terrible, tomaba posesión de su alma. Cada día susurraba de manera más insistente aquella voz; cada día se hacían más largas las frases repletas de vulgaridades; cada día se hacía más intolerable la amable solicitud.

Al fin, ya no pudo soportar más. La vista del nombre del señor Quantox en la lista de Honores concedidos por Su Majestad fué la última paja. Entonces fué cuando salió aturdidamente de su casa para referir la historia; pero solamente fué permitido que la oyese el silencio del manicomio.

Después de haber oído esta terrible historia, hablé con el doctor Predergast, hablé con los jefes del señor Ellerker en el Ministerio del Aire, hablé con todas las personas que creí que podrían hacer algo en beneficio de la pobre señora Ellerker. Pero no hallé ni un solo oyente que quisiera dar crédito a mi historia.

-No -contestaban todos-. Sir Eustace es un servidor público demasiado valioso para que podamos consentir que su nombre sea mancillado. Si no fuera por él, no podríamos competir con los diseñadores americanos de aeroplanos. Si no fuera por él, los aeroplanos rusos harían los nuestros anticuados. Es posible que esa historia que me ha contado usted sea cierta. Pero, lo mismo si es cierta que si es falsa, el bien público hace que sea imposible divulgarla. Y hemos de rogar a usted... o, en verdad, hemos de ordenarle, que no hable de esa cuestión.

Y de este modo, la señora Ellerker continuó consumiéndose y el señor Quantox continuó prosperando.

VI

Mi fracaso en el propósito de ayudar a la señora Ellerker, no solamente por sí mismo, sino por sus derivaciones políticas, fué causa de una gran confusión mental para mí. «¿Será posible -pensé-, que esos hombres a quienes he recurrido, médicos y estadistas, que se hallan entre los más respetados de nuestra comunidad, supuestamente decente, será posible que esos hombres, individual y colectivamente, estén dispuestos a permitir que esa pobre mujer sufra bajo un estigma innmercido en tanto que el culpable de su infortunio marcha de honor en honor? Y ¿con qué finalidad están dispuestos a permitir que se cometa esa infamia?» Al llegar a este punto, mis meditaciones se hicieron un poco deshilvanadas. Sus actos, me parecía, tenían sólo una finalidad: que gracias a la sagacidad del señor Quantox perecieran muchos rusos que, si no fuese por causa de su ingenio, podrían conservar la vida. En mi malsano estado de espíritu no me pareció que esto fuese una compensación suficiente al injusto trato que recibía la señora Ellerker.

Y me vi crecientemente inundado de un desprecio por la humanidad en general. Observé a aquellos a quienes conocía, y me parecieron una cuadrilla ruin. El señor Abercrombie quería que un hombre inocente sufriese infamias y prisión para que él y su esposa pudieran tener la íntima satisfacción de poseer un título trivial. El señor Beauchamp quería corromper el espíritu, de las juventudes con la esperanza de agradar a una mujer sin corazón y de virtud fácil. El señor Cartwright, aun cuando creyese firmemente en los méritos y las virtudes de aquellos a quienes el mundo se place honrando, quería, sin embargo, producirles vergüenza y tribulación y pérdidas económicas para que él pudiera obtener indecorosos placeres. La señora Ellerker, hube de reconocerlo, era culpable, en lo que se refería a sus acciones, de una conducta tan censurable como la del señor Abercrombie, el señor Cartwright y el señor Beauchamp. Pero, acaso de un modo incongruente, me negaba a considerarla responsable de sus actos mientras duró el período de su delito. Pensé que había sido la víctima desventurada del señor Quantox y del doctor Mallako, quienes habían procedido con siniestra armonía. Pero, como el Señor cuando decretó la destrucción de Sodoma, no consideré que una sola. excepción fuese suficiente para justificar el perdón de toda la raza humana.

«El doctor Mallako -según me decían mis pensamientos en aquellos días sombríos y horribles-, el doctor Mallako es el príncipe del mundo porque en él, en la malignidad de su espíritu, en su intelecto frío y destructor, se concentran de forma quintaesenciada todas las bajezas, toda la crueldad y toda la impotente rabia de los hombres débiles que aspiran a ser titanes. El doctor Mallako es malvado, de acuerdo; pero, ¿por qué triunfa con su maldad? Porque en muchos que son tímidamente respetables se esconde la esperanza de un pecado espléndido, el deseo de dominar y el anhelo de destruir. Y es a esas

secretas pasiones a las que el doctor Mallako hace un llamamiento; y a ellas es a las que debe su terrible poder.»

«La Humanidad -pensaba-, es un error. El mundo sería mucho más dulce y más fragante sin ella. Cuando el rocío de la mañana resplandece como diamantes en la aurora septembrina, hay belleza y una pureza exquisita en todas las briznas de hierba; y es horrible el pensamiento de que tal belleza sea vista por ojos de pecadores que mancillan su hermosura con sus sórdidas y crueles ambiciones. No puedo comprender cómo Dios, que contempla toda esta belleza, puede haber tolerado durante tanto tiempo la vileza de quienes se jactan de modo blasfematorio de haber sido creados a su imagen y semejanza. Acaso -continuaba pensando-, esté designado que mi destino haga de mí un instrumento más eficaz para el Divino Propósito que el que fué llevado a efecto medio descorazonadamente en los días de Noé»..

Mis investigaciones físicas me habían enseñado varios modos de terminar con la vida humana. No pude abstenerme de pensar que tenía el deber de perfeccionar uno de tales medios. De todos los que había descubierto, el más fácil parecía ser una nueva reacción en cadena que haría que el mar hirviese. Proyecté la construcción de un aparato que, estaba convencido, podría servir para la realización de mi propósito en el momento que me pareciese conveniente. Sólo una cosa me detenía. Y era que cuando los hombres muriesen de sed, los peces morirían cocidos. Nada tenía yo contra los peces que, por lo que suponía y había observado en los acuarios, eran seres agradables e inofensivos, hermosos con frecuencia y poseedores de una destreza muy superior a la de los seres humanos para evitar los choques con sus semejantes.

En tono que parecía festivo, decidí hablar de la cuestión con un colega dedicado al estudio de la zoología y le informé de la posibilidad de hacer que el mar hirviese. Y añadí riendo que acaso fuese una crueldad para con los peces. Mi amigo se dejó arrastrar por el espíritu de la supuesta broma.

-Si yo fuera usted, no me preocuparía por los peces -dijo-. Puedo asegurarle que la perversidad de los peces es aterradora. Se devoran unos a otros; abandonan a sus crías, y sus hábitos sexuales son los que los eclesiásticos califican gravemente de pecados cuando son practicados por los seres humanos. No creo que tenga usted razones para experimentar remordimientos por originar la muerte de los tiburones.

No sabía mucho de aquellas cuestiones, y las palabras de mi amigo me indujeron a tomar una determinación. «No es solamente el hombre -me indicaban mis pensamientos-, quien es cruel y rapaz. Eso es una parte de la naturaleza de la vida, o cuando menos, de la vida animal, puesto que sólo es posible vivir haciendo presa de la vida ajena. La vida es maldad por sí misma. Muera el planeta, como la luna, y entonces será tan bello como inocente.»

Y comencé mi trabajo con gran secreto. Después de varios fracasos, construí un aparato que -estaba convencido- podría hacer que primero el Támesis, después el mar del Norte, luego el Atlántico y el Pacífico y los

restantes, hasta los océanos Polares, hirviesen, y se disipasen convertidos en estéril vapor de agua. «Y mientras esto suceda así se desarrollan mis desordenados pensamientos-, mientras esto suceda, la Tierra se calentará más y más, aumentará la sed de los hombres y, lanzando un grito universal de angustia, todos perecerán. Entonces -seguía pensando-, no habrá más pecado.» No negaré que en esta amplia visión mis pensamientos reservaban un lugar especial al derrotado doctor Mallako. Suponía que su imaginación estaría llena de ingeniosos proyectos para convertirse en emperador del mundo e imponer su voluntad a reacias víctimas cuyos tormentos deberían incrementar en él el dulce sabor de su sumisión. Ya gozaba anticipadamente de mi triunfo sobre aquel hombre malo, triunfo conseguido, quizá, por lo que algunos podrían pensar que fuese una maldad mayor que las suyas, pero redimido por la limpia pureza de una noble pasión. En tanto que todos estos pensamientos bullían en mi interior, tan terriblemente como el mar que iba a hervir en mis esperanzas, terminé mi aparato y le añadí un mecanismo de relojería. Una mañana, a las diez, puse en marcha el mecanismo del reloj. El mar herviría a mediodía. Y habiendo realizado esta operación, hice una visita última y definitiva al doctor Mallako.

El doctor Mallako, que conocía bien que mis sentimientos respecto a él no eran amistosos, se sorprendió con mi visita.

-¿A qué -me preguntó- debo este honor...?

-Doctor -contesté-: ésta, como habrá supuesto usted, no es una visita de cortesía. Será inútil que me ofrezca usted su *whisky* o su cómodo sillón. No he venido para sostener con usted una plácida y agradable conversación. He venido para decirle que su reinado está a punto de concluir, que el malvado influjo que ha ejercido usted sobre la inteligencia y el corazón de quienes han tenido la desgracia de trabar relaciones de amistad con usted está a punto de cesar para siempre, y que está a punto de cesar gracias a una combinación de valor e inteligencia tan grandes como los de usted, pero destinados a un fin más noble. Yo, el pobre hombre de ciencia despreciado, a quien usted consideraba como un ser sin importancia, cuyos esfuerzos por reducir la magnitud de la tragedia que usted ha provocado han sido hasta ahora tan estériles como usted podría desear, he descubierto, al fin, el modo de terminar con sus ambiciones. En mi laboratorio late en estos momentos el mecanismo de un reloj; y cuando las manecillas de tal reloj señalen el mediodía, se iniciará un proceso que, al cabo de pocos días, pondrá fin a la vida de este planeta... e, incidentalmente, también a su vida, doctor Mallako.

-¡Oh -exclamó el doctor Mallako-, qué melodramático es esto! Es todavía demasiado temprano para que yo pueda suponer que ya ha bebido usted con exceso y, como consecuencia, me siento inclinado a suponer que ha debido producirse algún desarreglo más grave de sus facultades mentales. Pero si usted supone que la cuestión posee el interés suficiente, me deleitará escucharle

mientras me exponga el modo con el que se propone producir los resultados, ligeramente catastróficos, que me ha anunciado.

-Todo está bien -repliqué- para sus chanzas y sus desdenes. Acaso sea lo único que pueda usted hacer ya. Pero sus burlas desdeñosas serán acalladas y, mientras muera, usted se verá forzado a reconocer con la amargura de la derrota que el triunfo final me pertenece.

-¡Vamos, vamos! -dijo el doctor Mallako con cierta impaciencia-. ¡Basta de fanfarronadas! Si es cierto que sólo nos quedan un par de horas de vida ¿de qué modo podremos emplearlas mejor que en una inteligente conversación? Dígame cuál es su proyecto, y le expondré mi opinión sobre él. Le confieso que hasta ahora no estoy muy alarmado. Usted ha sido siempre un chapucero. ¿Qué ha logrado hacer por el señor Abercrombie, el señor Beauchamp, el señor Cartwright o la señora Ellerker? ¿Ha hallado alguno de ellos beneficios con su protección, y encontrará la raza humana perjuicios con su enemistad? Pero, de todos modos, dígame cuál es su proyecto. Cabe en lo posible que los fracasos hayan aguzado su inteligencia, aunque lo dudo...

No pude resistirme a tal invitación. Tenía confianza en mi invento y estaba decidido a disfrutar de mi triunfo sobre el desdeñoso doctor. El principio en que me había basado era muy sencillo, y el doctor poseía una inteligencia despejada. Al cabo de pocos momentos había logrado comprender tanto mi teoría como el aspecto práctico de mi invento. Pera. ¡ oh !, el resultado no fué el que yo esperaba.

-Mi pobre amigo -dijo-: eso es lo que había supuesto. Usted ha pasado por alto un aspecto muy pequeño, un punto que parece insignificante, mas que es el que hará que su aparato no pueda funcionar. Cuando señale las doce de la mañana, su reloj estallará y el mar continuará tan frío como antes.

Y me demostró con pocas y sencillas palabras la verdad de lo que había dicho. Derrotado y angustiado, me dispuse a abandonar aquella casa.

-Espere un momento -me dijo el doctor-. No crea que todo se ha perdido. Hasta ahora hemos trabajado uno contra otro; pero si se dignase usted aceptar mi ayuda, todavía podría haber salvación para alguna de sus esperanzas. Mientras usted estaba hablando, comprendí no sólo la falta que había en su aparato, sino, también, el modo de remediarla. Ahora no tendré dificultades para construir una máquina que pueda realizar lo que usted creyó que la suya podría hacer. Usted supuso cariñosamente que la destrucción del mundo sería una congoja para mí. Sabe usted muy poco. Hasta ahora sólo ha visto los bordes exteriores de mi mente. Pero en vista del aspecto excepcional de nuestras relaciones, quiero hacerle partícipe de mi confianza.

»Usted había imaginado que yo deseaba riquezas, poder y gloria para mí. No es así. He sido siempre desinteresado; jamás busqué nada para mí; siempre perseguí ideales que eran impersonales y abstractos. Usted supone, a su desgraciado modo, que desprecia a la Humanidad. Pero en mi dedo pequeño hay mil veces más odio que en todo su cuerpo. La llama del odio que arde en mí

podría convertir a usted en cenizas en un instante. Usted no posee la fortaleza, la resistencia, la voluntad precisas para vivir con un odio de la magnitud del mío. Si hubiera sabido antes lo que, gracias a usted, sé ahora: los medios para provocar la muerte universal, ¿cree usted que habría vacilado? La muerte ha sido siempre mi objetivo. Me he limitado a practicar con las personas que provocaron la tonta compasión de usted. Siempre ha habido ante mí fines más grandes. ¿No se ha preguntado en alguna ocasión por qué ayudé al señor Quantox a obtener sus triunfos? ¿Sabe usted (y estoy seguro de que no lo sabe) que presto una ayuda igual a sus adversarios, quienes están diseñando máquinas de destrucción que serán utilizadas contra el señor Quantox y sus amigos? ¿No ha observado usted (¿cómo podría haberlo observado quien posee una imaginación de tan cortos alcances?), no ha observado que la venganza es el motivo encauzador de mi vida... venganza no contra este hombre o aquél, sino contra toda la raza vil a que tengo la desdicha de pertenecer?

»Concebí este propósito en momentos muy tempranos de mi vida. Mi padre fué un príncipe ruso; mi madre, una pobre sirvienta de una casa de huéspedes de Londres. Mi padre la abandonó antes de mi nacimiento y obtuvo un cargo de camarero en un restaurante de Nueva York. Ahora, según creo, se halla disfrutando la hospitalidad de Sing-Sing. Pero eso es de muy escaso interés para mí y no me he tomado la molestia de comprobar la exactitud de mis informaciones. Mi madre, después de haber sido abandonada, buscó conqueleto en el alcohol. Durante los primeros tiempos de mi infancia, estuve siempre hambriento. Tan pronto como comencé a hacer pinitos, aprendí a revolver entre los montones de basuras para buscar cortezas de pan o pieles de patatas o cualquier otra cosa de la que pudiera obtener un poco de nutrición. Pero mi madre se opuso a estos vagabundeos y, cuando se acordaba, salía dejarme encerrado siempre que salía. Cuando regresaba, completamente ebria, me golpeaba hasta que sangraba y terminaba por hacerme perder la sensibilidad para poner fin a mis gritos. Un día, cuando tenía alrededor de seis años, mi madre me arrastraba por la calle. Estaba borracha y comenzó a darme unos golpes desconsiderados. Me aparté para rehuir uno de ellos. Mi madre perdió el equilibrio, y un camión que pasaba puso fin a sus días.

»Una dama filantrópica que se hallaba presente en aquel momento, se apiadó de mí al verme solo y desvalido. Me llevó a su casa, me lavó, me dió comida. Mi inteligencia se había agudizado con mis desventuras, y pude esforzarme por aumentar hasta el último extremo la benevolencia piadosa de aquella señora. Lo conseguí plenamente. La señora se convenció de que yo era un buen chiquillo, me adoptó y me educó. Con el fin de conservar tales beneficios, me vi obligado a resignarme a soportar el aburrimiento más intolerable del mundo, que tomó la forma de plegarias y asistencias a la iglesia y sentimientos morales y una inquieta blandura sentimental a la cual me entraban ganas de replicar con algo amargo y mordaz que agostase el insensato optimismo de aquella mujer. Reprimí tales impulsos. Con el fin de satisfacerla,

solía arrodillarme y dar gracias a mi Hacedor, aun cuando no me era posible comprender que pudiera estar orgulloso de haberme creado. Con el fin de satisfacerla, solía expresar una gratitud que estaba muy lejos de sentir. Con el fin de satisfacerla, solía parecer siempre lo que ella llamaba «bueno». Finalmente, cuando llegué a la edad de veintiún años, hizo un testamento en el que me legaba toda su fortuna. Después de esto, como usted podrá imaginar, no vivió mucho tiempo.

»Desde su muerte, mis circunstancias materiales han sido satisfactorias; pero jamás pude olvidar aquellos primeros años, la crueldad de mi madre, la falta de corazón de los vecinos, el hambre, la negra desesperación, la ausencia total de esperanzas... Todas estas cosas, a pesar de la buena fortuna siguiente, han continuado siendo la verdadera fibra de mi vida. No hay ningún ser humano, ni uno solo, a quien no odie. No hay ningún ser humano, ni uno solo, a quien no desee ver sufriendo el extremo absoluto del tormento. Me ha ofrecido usted el espectáculo de toda la población del mundo enloquecida por la sed y muriendo en agonía de inútil frenesí. ¡Qué espectáculo tan delicioso! Si fuera capaz de experimentar gratitud, ahora tendría alguna para con usted y me sentiría inclinado a pensar en usted casi como en un amigo. Pero la capacidad para tales sentimientos murió en mí cuando tenía unos seis años. Es usted, lo reconozco, útil para mí; pero no reconoceré nada más que eso.

»Vaya a su casa y vea cómo su estúpida máquina estalla sin producir daños. Entonces sabrá usted que yo, yo, sobre quien usted creía haber triunfado, yo, de quien pensó frívolamente y absurdamente que era peor que usted mismo, yo, voy a forjar el triunfo definitivo que usted se había reservado para sí y que soy aquel al que, ignorando hasta el presente cuáles eran mis proyectos, ha proporcionado lo que le faltaba para el triunfo perfecto. Cuando esté muriendo de sed, no tendrá razones para pensar que yo estaré sufriendo los mismos tormentos. Tan pronto como haya puesto en marcha la inexorable maquinaria, moriré sin dolor. Pero usted vivirá por espacio de varias horas, acaso de varios días, retorciéndose en una agonía espantosa y sabiendo que en mis últimos momentos me habré regocijado al pensarlo.

Mas a medida que el doctor Mallako hablaba, mis sentimientos experimentaron una repentina repugnancia. Estaba firmemente convencido de que aquel hombre era un malvado. Si quería destruir el mundo, debería tener la maldad precisa para hacerlo. Cuando yo pensé destruirlo, disfruté la visión de una fuerza purificadora. Cuando pensé que lo destruiría él, tan sólo tuve la visión de un odio diabólico. No podía permitir que obtuviese el triunfo. El mundo, al que tanto había despreciado, comenzó a parecerme hermoso mientras él hablaba. El odio a los seres humanos, que era el aliento de su ser, era en mí, como entonces pude ver, solamente una locura pasajera. Decidí que fuese derrotado, a pesar de sus altivas y seguras palabras. Durante un momento, miró a través de la ventana; luego, exclamó:

- ¡Cuántas casas se ven desde aquí! De todas esas casas, antes de que hayan transcurrido muchos días, saldrán apresurada y atropelladamente unos maníacos ululantes. No lo veré; pero el delicioso panorama se desarrollará ante los ojos de mi imaginación cuando esté muriendo.

Mientras lo decía, se encontraba de espaldas a mí. Y saqué del bolsillo el revólver que había llevado conmigo para prevenirme contra una posible violencia.

-¡No! -dije-. ¡Eso no sucederá!

Se volvió con colérico desprecio, y al mismo tiempo que se volvía, disparé y lo maté. Luego, limpié el revólver, me puse los guantes, le coloqué las manos al alcance del arma y así lo dejé. Y escribí rápidamente una nota a máquina en la que hice decir: «He descubierto que no soy el hombre férreo que esperaba ser. He pecado, y el remordimiento me devora. Mis últimos proyectos se hallan a punto de fracasar y su fracaso me deshonraría y arruinaría. No puedo hacer frente a la situación, y muero por mi propia mano».

Después, fui a mi casa e interrumpí el funcionamiento de la inútil máquina en el momento justo en que estaba a punto de producirse su estallido.

Durante cierto tiempo, después de haber puesto fin a la vida del doctor Mallako, me sentí feliz y despreocupado. De él, pensaba, había emanado una especie de miasma tóxico que infectó de crimen, delito, locura o desastre a toda la vecindad. Y el causante de todo ello había desaparecido y ya me parecía posible vivir libre y alegremente, prosperar en mi trabajo y ser pacífico en mis relaciones personales. Dormí por espacio de varios meses como no había dormido desde el día en que la placa de bronce del doctor Mallako apareció por primera vez ante mi vista: sin pesadillas, confortadoramente, suficientemente. De vez en cuando, es cierto, se me presentaban recuerdos de la pobre señora Ellerker, que vivía abandonada, desolada entre locos. Pero había hecho por ella todo lo que estaba a mi alcance y de nada podrían servirme nuevas cavilaciones. Y decidí borrar requelatamente de mi vida todo recuerdo de ella.

Hallé a una mujer encantadora e inteligente que desde los primeros momentos cautivó mi atención con su conocimiento de los más descarriados senderos de la psiquiatría. Tría. «Aquí -pensé-, está una persona que, en caso de necesidad (y Dios quiera que no lo haya) podría seguir los extraños repliegues del mal a través de los cuales he tenido la desventura de recorrer el curso de mi vida.» Después de un período prolongado de cortejo me casé con aquella dama y me creí feliz. Pero, de todos modos, en ocasiones se me presentaban extraños e inquietantes pensamientos y una expresión de horrorizada perplejidad se dibujaba en mi semblante cuando me hallaba conversando sobre cuestiones vulgares y cotidianas.

-¿Qué te sucede? -preguntaba mi esposa-. Parece que tu pensamiento esté ausente, que algo te obsesione. Acaso te sirva de descanso y alivio el decirlo.

-No -replicaba yo-. No es nada. Un recuerdo enfadoso que inadvertidamente ha irrumpido en mi imaginación. Nada más.

Pero observé con alarma que tales recuerdos se me presentaban con creciente frecuencia e intensidad. Me hallé, imaginativamente, conversando con el doctor Mallako, continuando la discusión que sostuvimos durante la última hora de su vida. Durante un momento, su rostro tranquilo y desdeñoso se me presentó de modo vívido y detallado; y me pareció oír su voz despreciativa y desdeñosa que me decía:

«Usted cree que estoy vencido, ¿verdad?» Si esto sucedía cuando me hallaba solo en mi estudio, solía contestar en voz alta: « ¡Sí, lo creo, ¡maldito sea!» Y una vez estaba gritando estas palabras cuando mi esposa se detuvo ante la puerta y me miró de un modo extraño.

Cada día la presencia del doctor se me aparecía con más frecuencia. «No es mucho lo que ha podido hacer en favor de la señora Ellerker, ¿verdad?» Y le oía añadir

«Usted cree que ha recobrado la cordura, ¿no es cierto?» Mi labor decayó en calidad porque siempre que me hallaba a solas no podía borrar de la imaginación las frases que suponía que él pronunciaría: «¡Qué buena fué su idea de destruir el mundo y todo lo que contiene! Ahora, mirese. Es un hombre tan vulgar y tan respetable como cualquier otro que pueda ser hallado en Mortlake. ¿Supone usted que puede escapara mi poder simplemente con la ayuda de un revólver? ¿No sabe que mi fuerza es espiritual y descansa inmoviblemente en la debilidad que hay en usted mismo? Si fuera usted siquiera la mitad de hombre que lo que fingió ser en nuestra última conversación, confesaría lo que ha hecho. ¡Confesar! No: alardearía de ello. Explicaría usted al mundo la magnitud del monstruo de que le ha librado. Se proclamaría usted héroe, héroe que en un combate habría vencido a las fuerzas del mal concentradas en la maldad de mi persona. ¿Hizo usted algo de eso? No, no lo hizo. Usted dejó una confesión inútil y mentirosa, una confesión falsa, en la que me atribuía una despreciable debilidad... ¡A mí!... ¡Al único ser de la humanidad a quien la debilidad no se ha aproximado jamás! ¿Cree usted que esto podrá serle perdonado? Se hubiera usted jactado de sus hazañas y acaso lo hubiera considerado adversario digno de mi atención. Pero bajo esas tristes vestiduras de insignificancia matrimonial se ha convertido usted para mí en un objeto tan despreciable que, aun cuando yo esté muerto, quiero demostrarle que todavía puedo destruirle.»

Todo esto imaginaba que decía él. Al principio vi claro que todo eran alucinaciones mías; pero a medida que transcurría el tiempo llegué a creer de manera cada vez más firme que aquel espectro era un ser real. Hasta. lo veía delante de mi, en pie, con su correcta vestimenta negra y su cabello lustro y liso. Una vez, en un estado de frenesí, corrí hacia la aparición con el fin de persuadirme de que era un espectro; pero en el horroroso instante en que me envolvió completamente, experimenté la impresión de que caía sobre mi un

hálito tan helado, que grité y me desvanecí. Mi esposa, al hallarme tan pálido y tembloroso, me preguntó con ansiedad qué me había sucedido. Respondí que la humedad del río me había producido fiebre; pero pude ver que ella dudaba de que le dijera la verdad. Cuando el espectro me vituperaba por haber ocultado el papel que desempeñé en su muerte, yo comenzaba a pensar que en el caso de confesarlo quizá podría lograr que me abandonase.

Y volvió a representármese en queños la escena en que lo maté de un tiro; pero con un final distinto: esta vez, cuando su cuerpo yacía inerte a mis pies, yo abría la ventana y gritaba en dirección a la calle: « ¡Venid, subid todos los que residís en Mortlake! ¡Subid y contemplad a un diablo muerto, muerto por mi valerosa decisión!» Así terminaba la escena en mis queños. Pero cuando despertaba, el espectro, despreciativo, me decía: «¡Ja, ja! No fué eso precisamente lo que hiciste, ¿verdad?»

El tormento se hizo gradualmente mayor, la persecución más continua. Anoche, llegó a su culminación. Después de un queño aun más vívido que los anteriores, desperté gritando:

-Lo hice yo. ¡Fuí yo!

-¿Qué fué lo que hiciste? -me preguntó mi esposa, fue fué despertada por mis voces.

-Yo maté al doctor Mallako -respondí-. Acaso hayas pensado que te casaste con un vulgar investigador científico; pero no es así. Te casaste con un hombre de raro valor que, con determinación y con una perspicacia que no posee ningún otro de los habitantes de este suburbio, persiguió a un espíritu malo hasta terminar con él. ¡Yo maté al doctor Mallako, y estoy orgulloso de haberlo hecha?

-Vamos, cálmate -dijo mi esposa-. ¿No te convendría más volver a dormirte?

Bramé, encolerizado; pero de nada me sirvió. Vi que el temor se sobreponía a todos los demás sentimientos de mi esposa. Cuando llegó la mañana, oí que hacía una llamada telefónica.

Ahora, al mirar a través de mi ventana, veo ante la puerta dos policías y a un eminente psiquiatra a quien conozco desde hace mucho tiempo. Veo me espera el mismo destino que aquel del que intenté salvar a la señora Ellerker. Nada se desenvuelve ante mí sino unos años largos y tediosos de soledad y de incomprensión. Sólo un débil rayo de luz traspasa las sombras de mi porvenir. Una vez cada año, los locos que mejor se han comportado, un hombre y una mujer, obtienen permiso para reunirse en un baile en que existe una buena vigilancia. Una vez cada año, podré reunirme con la querida señora Ellerker, a quien jamás debía haber intentado olvidar; y cuando nos veamos, me preguntaré si existirán en todo el mundo más de dos personas cuerdas.

LAS ORDALÍAS CORCEGAS DE LA SEÑORITA X

I

Tuve recientemente ocasión de visitara mi buen amigo el profesor N, cuya disertación sobre el Arte Decorativo precéltico en Dinamarca suscitó varias cuestiones que me pareció necesario aclarar y discutir. Le hallé en su estudio; pero su inteligente y acostumbrada expresión benigna estaba oscurecida por un extraño aturdimiento. Los libros, que debían haber estado en el brazo de su sillón, y los cuales él mismo suponía que estaba leyendo, se hallaban diseminados en revuelta confusión por el suelo. Las gafas, que él mismo creía que reposaban sobre su nariz, se hallaban encima de la mesa. La pipa, que generalmente solía hallarse en su boca, estaba humeando en la caja del tabaco, aun cuando él parecía no darse cuenta de que no se hallaba en el lugar habitual. Su simple y un poco cándida benignidad y su mirada, generalmente plácida, se hallaban ausentes de él. Una expresión atormentada, distraída, sorprendida y horrorizada estaba impresa en sus facciones.

-¡Dios mío! -exclamé-. ¿Qué ha sucedido?

-¡Ah! -respondió-. Mi secretaria, la señorita X... Hasta ahora, siempre me había parecido una mujer juiciosa, eficiente, fría y desprovista de esas emociones que solamente surten el efecto de atolondrar a la juventud. Pero en un momento de irreflexión le autoricé a que disfrutase unas vacaciones de quince días y abandonase entretanto su trabajo sobre el arte decorativo; y ella, en otro momento de irreflexión todavía mayor, escogió Córcega para pasar aquella quincena. Cuando volvió, vi en el acto que algo le había sucedido. «¿Qué ha hecho usted en Córcega?», le pregunté. «¡Ah, sí! ¿Qué he hecho?», respondió.

La secretaria no se hallaba en aquel instante en la habitación, por lo que abrigué la esperanza de que el profesor N ampliase la referencia acerca de la desgracia que le había acometido. Pero sufrí una decepción: ni una palabra más, según me aseguró, había podido arrancar a la señorita X. Horror sobre horror se amontonaron de modo resplandeciente en los ojos de la pobre mujer al recordarla; pero el profesor no pudo averiguar nada más.

II

Creí que tenía un deber que cumplir en beneficio de la pobre muchacha, que, según se me había informado, había sido hasta entonces una trabajadora concienzuda y tenaz. Debía hacer lo que estuviera a mi alcance con el fin de librarla del peso terrible que deprimía su espíritu. Pensé en la señora Menhennet, mujer de mediana edad y muy voluminosa, quien, según me dijeron sus nietos, era nieta de un bandido corso. En uno de esos momentos de descuido que son demasiado frecuentes en la escabrosa isla, el bandido había ultrajado a una respetable señorita, con el resultado -de que ésta dió nacimiento, después de transcurrido el tiempo preciso, al terrible señor Gorman.

El señor Gorman, aun cuando su trabajo lo llevase a la City, prosiguió allí el mismo género de actividades que había dado lugar a su existencia. Los eminentes financieros temblaban cuando se acercaba a ellos. Banqueros de buena posición y reputación sólida tuvieron visiones espantables de prisión. Los comerciantes que importaban las riquezas del esplendoroso Oriente empalidecían al pensar en la visita de los inspectores de aduanas en las altas horas de la noche. Todos estos infortunios -quede bien entendido- eran provocados por las maquinaciones del voraz señor Gorman.

Su hija, la señora Menhennet, debía de tener noticias de alguna perturbación extraña e insólita que hubiera sucedido en la tierra natal de su abuelo. Por esta causa, decidí solicitar de ella una entrevista, que me fué graciosamente concedida. A las cuatro de una obscura tarde de noviembre, me presenté a su mesa de té.

-Y ¿qué le trae aquí? -me preguntó la señora Menhennet-. No finja que han sido mis encantos. Ya ha pasado el tiempo en que podía ser cierto. Por espacio de diez años, podía haber sido verdad; por espacio de los diez años siguientes, yo lo habría creído. Ahora, ni es cierto ni lo creo. Algún otro motivo le ha traído aquí. Y estoy impaciente por saber cuál es.

Esta invitación fué demasiado directa para mi gusto. Encuentro placer en un acercamiento helicoidal al tema objeto de mi atención. Me agrada comenzar desde un punto distante del que me propongo tratar; o en ocasiones, si comienzo por un punto cercano al del objetivo final, me gusta acercarme a la cuestión propuesta siguiendo un curso parecido al del boomerang, que me lleva en los primeros momentos lejos del blanco definitivo, con lo que, supongo, mi oyente cree es otra mi finalidad. Pero la señora Menhennet no quiso permitirme el empleo de tales (subterfugios. Sincera, abierta 'y franca, tenía fe en el acercamiento directo, característica que parecía haber heredado de su abuelo corso. Por lo tanto, abandoné todos los intentos circunvalatorios y abordé rectamente, sin rodeos, el corazón de lo que era objeto de mi curiosidad.

-Señora Menhennet -dije-: ha llegado a mi conocimiento que en las últimas semanas se han producido hechos extraños en Córcega, hechos que,

como puedo atestiguar por efecto de pruebas oculares, han tornado grises cabelleras morenas y cargado los pasos elásticos de la juventud con el cansancio de los años. Estos hechos, estoy plenamente convencido de ello a causa de ciertos rumores que hasta mí han llegado, poseen una transcendental importancia internacional. No sé si algún nuevo Napoleón marcha actualmente a la conquista de Moscú o si algún joven Colón se dirige al descubrimiento de un nuevo continente todavía ignorado. Pero algo por el estilo está sucediendo en aquellas ásperas montañas; algo parecido se está preparando en estos instantes secretamente, ocultamente, peligrosamente; algo de tal género se oculta ahora de un modo tortuoso, feroz, criminal a los que osadamente intentan rasgar el velo del misterio. Estoy convencido, querida señora, de que usted, a pesar de la corrección de sus reuniones de té, de la elegancia de su vajilla de China y de la fragancia de su Lapsan Souchong, no ha perdido el contacto con las actividades de su respetado padre. Cuando murió (lo sé), usted se convirtió en guardadora y defensora de los intereses que él representaba. El padre de él, que jamás vió ante sí una luz brillante que condujese al camino del éxito rápido, inspiró todos los pasos de su vida. Desde su muerte (aun cuando acaso algunos de los menos perspicaces amigos de usted no hayan podido ver a través de su útil antifaz), usted, lo sé, ha utilizado su manto. Si alguien puede hacerlo en esta ciudad muerta y fría, es usted quien podrá decirme lo que está sucediendo en aquella tierra soleada y qué complots, tan negros que originan negras sombras aun bajo el resplandor meridiano del sol, se están fraguando en las mentes de aquellos nobles descendientes de los antiguos grandes. Dígame, se lo ruego, lo que sepa. La vida del profesor N, o si no su vida, su razón, tiembla en la balanza. Como usted sabe, es un hombre bueno, no altivo, como usted o yo, sino lleno de una amable afectuosidad. Debido a esta cualidad de su carácter, no puede sentirse libre de responsabilidad por el bienestar de su digna secretaria, la señorita X, que regresó ayer de Córcega completamente transformada de la joven despreocupada que era en una mujer cansada, mustia y atormentada, abrumada por todas las cargas del mundo. Se niega a revelar qué le ha sucedido; y si no pudiera ser descubierto, será de temer que el gran genio, quien ya ha casi reuelto muchos e intrincados problemas que bloquean la interpretación del arte decorativo precéltico, vacile y se desintegre y caiga hecho un montón de ripio, como el viejo Campanile de Venecia. Usted, estoy seguro, no podrá menos de horrorizarse ante tal perspectiva; y por lo tanto, le suplico que desenvuelva, hasta donde llegue su conocimiento, los terribles secretos de su patria primitiva.

La señora Menhennet escuchó mis palabras en silencio; y cuando cesé de hablar, todavía se abstuvo de contestarme durante unos instantes. Cuando llegaba a cierto punto de mi discurso, vi que el color se borraba de sus mejillas y que emitía un profundo suspiro. Haciendo un esfuerzo, se rehizo, cruzó las manos y su respiración fué sosegándose.

-Me ha planteado usted -dijo- un terrible dilema. Si callo, el profesor N, por no tener en cuenta a la señorita X, se verá privado de la razón. Pero si hablo...

Se estremeció y no pronunció ninguna palabra más.

Al llegar a este punto, cuando me hallaba dubitativo respecto a lo que habría de acontecer a continuación, se presentó la doncella y dijo que el deshollinador, vestido con sus ropas profesionales, se hallaba a la puerta y esperaba, puesto que había sido llamado para que aquella tarde limpiase la chimenea del gabinete.

-¡Dios mío! --exclamó la señora Menhennet-. En tanto que usted y yo estábamos entregados a nuestras conversaciones triviales y a nuestras insignificantes chanzas, ese hombre altivo ha estado esperando ante mi puerta. No es conveniente. Por ahora, esta entrevista debe terminar. Sin embargo, he de añadir algo: le aconsejo que en el caso de que tenga mucho interés, pero solamente en el caso de que lo tenga, visite al general Prz... Recuérdelo: al general Prz. Se pronuncia Pish.

III

El general Prz, como todos recordarán, se distinguió grandemente en la primera guerra mundial por sus hazañas en defensa de Polonia, su tierra natal. No obstante, Polonia se había mostrado desagradecida, y el general se vio forzado a buscar refugio en otra nación menos alborotada. Una larga vida de aventuras había hecho que el anciano, a pesar de sus cabellos grises, estuviese maldispuesto a acomodarse a una vida de quietud. Aun cuando sus admiradores le ofrecieron una villa en Worthing, una residencia en Chelyenham o un bungalow en Ceilán, ninguna de estas cosas atrajo su atención. La señora Menhennet le facilitó una carta de presentación para sus indómitos parientes de Córcega, y entre ellos halló el general una vez más algo del élan, el fuego y la turbulenta energía que inspiraron las hazañas de sus primeros años.

Pero, por más que Córcega fuese su patria espiritual y su patria física durante la mayor parte del año, solía permitirse en contadas ocasiones el placer de visitar las capitales de Europa que aun se hallaban al oeste de la Cortina de Hierro. En tales capitales, conversaba con viejos estadistas que le pedían ansiosamente sus opiniones sobre las tendencias más importantes de la política. Dijese lo que dijese como respuesta, era escuchado con justo respeto a causa de sus años y de su valor. Y solía regresar llevando a la fortaleza de sus montañas

el conocimiento del papel que Córcega -sí, hasta Córcega- podría representar en los grandes acontecimientos venideros.

Como amigo que era de la señora Menhennet, fué inmediatamente admitido en el círculo más íntimo de aquellos que, dentro o fuera de la ley, mantenían vivas las tradiciones de la antigua libertad que sus antepasados gibelinos habían traído consigo desde las repúblicas, todavía fuertes de la Italia del norte. En los profundos repliegues de las montañas, ocultos a la vista de los turistas occidentales, quienes nada veían sino rocas y chozas de pastores y algunos árboles achaparrados, se le permitió visitar los viejos palacios llenos de esplendor medieval, donde veía la armadura del antigua gonfaloniero y las enjoyadas espadas de los mundialmente famosos condottieros. En sus magníficas salas, aquellos altivos descendientes de los antiguos caudillos se reunían y banquetaban, no quizá siempre de modo juicioso, sino todo lo contrario. Aun cuando hablaban con el general estaban sellados sus labios en lo que se refería a los grandes secretos de su orden, excepto, acaso, en ciertos momentos de exuberante jovialidad, cuando la vieja historia de la hospitalidad tradicional vencía los escrúpulos que en otros instantes conducían a un prudente silencio.

Fué en aquellos momentos de exuberancia cuando el general tuvo conocimiento de los proyectos de aquellos hombres, proyectos que habían de conmover todo el mundo; inspiraban sus actos en los momentos de vigilia y dominaban los queños en que sus fiestas terminaban con excesiva frecuencia. El general se arrojó de bruces sobre aquellos proyectos con todo el ardor y la tradicional temeridad de la antigua nobleza polaca. Y dio gracias a Dios porque en un período de la vida en que para la mayoría de los hombres nada queda sino el recuerdo, le hubiera concedido la ocasión de compartir las grandes hazañas de las altas aventuras. En las noches de luna, solía galopar por las montañas con su gran corcel, el padre y la madre del cual le habían ayudado a sembrar la inmortalidad de una gloria en los terrenos agitados de su patria natal. Inspirados por el furioso viento de la noche, sus pensamientos fluían a través de un queño en que se mezclaban el antiguo valor y el futuro triunfo, y el pasado y el porvenir se fundían en el alambique de su pasión.

Sucedió que cuando la señora Menhennet pronunció su misteriosa sugerencia, el general se hallaba dedicado a hacer las visitas que solía realizar periódicamente a los estadistas ancianos del mundo occidental. En tiempos anteriores había sido presa de un anacrónico prejuicio contra el hemisferio occidental; pero desde el momento en que supo por sus amigos de la isla que Colón fué corso hizo un esfuerzo por formar un mejor concepto de las consecuencias de las actividades de este aventurero. No podía llegar a imitar a Colón, ya que sospechaba que en el viaje de éste había habido un ligero matiz comercial; pero solía visitar, después de avisarlo previamente, al embajador americano en la corte de St. James, quien siempre se tomaba las molestias necesarias para tener dispuesto un mensaje de su Presidente para el

distinguido huésped. Como es natural, había visitado también a mister Winston Churchill ; mas nunca logró rebajarse hasta el punto de reconocer la existencia de ministros socialistas.

Fué después de una de las veces en que cenó en compañía de mister Churchill cuando tuve la buena suerte de hallarlo reposando en el antiguo club de que era miembro honorario. Me obsequió con un vaso de vino de Tokay anterior a 1914, que era una parte de la *spolia opima* del encuentro que tuvo con el eminente general húngaro a quien dejó muerto en el campo del honor después de pronunciar un sincero elogio en homenaje a su valor. Cuando hubo expresado la importancia del favor que me concedía -distinción muy importante, puesto que después de todo, ni siquiera los generales húngaros entran en batalla con más de una pequeña cantidad de botellas de Tokay- pude encauzar la conversación gradualmente hacia el tema de Córcega.

-He oído decir -dije- que la isla ya no es lo que era. La civilización, según me han dicho, ha convertido a los bandoleros en empleados de banca, y los estiletos en plumas estilográficas. Ya no sobreviven las antiguas vendettas a través de las generaciones. He oído relatos increíbles de matrimonios entre miembros de familias cuya enemistad duró por espacio de ochocientos años; y tales matrimonios no se celebraron con acompañamiento de derramamientos de sangre. Si todo esto es cierto, me veré forzado a llorar. Siempre he esperado que, en el caso de que la fortuna premiase mi laboriosidad, me sería posible cambiar la saludable villa de Balham en que habito por alguna cumbre tormentosa en la cuna del antiguo romanticismo. Pero si el romanticismo ha muerto allí, ¿qué esperanza me resta para mi ancianidad? Acaso pueda usted tranquilizarme; acaso exista aún allá algo de lo que tanto anhelo. Acaso pueda verse todavía entre los truenos y los relámpagos el espectro de *Farinata degli Uberti* cuando esté mirando desdeñosamente a su alrededor. He venido a verle a usted esta noche con la esperanza de que pueda ofrecerme esa seguridad, sin la cual no sabré cómo soportar la carga de la monotonía de los años.

Mientras yo hablaba, sus ojos resplandecían. Vi que cerraba los puños y apretaba las mandíbulas fieramente. Apenas pudo esperar a que yo terminase mis frases. Y tan pronto como quedé en silencio, comenzó a hablar de modo impaciente.

-Joven -me dijo-: si no fuera usted amigo de la señora Menhennet, me arrepentiría de haberle obsequiado con ese noble néctar que he permitido que pase por entre sus indignos labios, Me veo obligado a pensar que usted se ha reunido con la plebe. Es posible que algunos hombres de allá formen parte de la chusma de los puertos, del mismo modo que es posible que algunos miembros de la clase media plebeya se interesen por los bajos asuntos de la burocracia... Es posible que haya algunos en esas condiciones, repito, que sean ciertas respecto a ellos las horribles cosas que acaba usted de exponerme. Pero esos hombres no son corsos verdaderos. Son sólo bastardos franceses, o italianos gesticulantes o gentes de otras tierras. La raza corsa es la que siempre fué. Sus.

hombres viven la vida libre; y los emisarios del Gobierno que intentan impedirlo encuentran la muerte. No, amiga mía: todo marcha todavía bien en la cuna venturosa del heroísmo.

Me puse en pie de un salto y tomé entre las mías su mano derecha.

-¡Oh, día feliz -dije- en que mi fe se ha restablecido y en que mis dudas han sido extinguidas! Quisiera ver con mis propios ojos a esa noble raza de hombres que usted ha hecho surgir de modo tan enérgico ante mi imaginación! Si usted me permitiera conocer aun cuando sólo fuese a uno de ellos, podría vivir una vida más feliz, y las trivialidades de Balham se harían más soportables para mí.

-Mi joven amigo -dijo-: su generoso entusiasmo le enaltece. Aun cuando el favor sea muy grande, estoy dispuesto, en vista de su entusiasmo, a concederle la merced que me ha pedido. Conocerá usted a uno de esos espléndidos supervivientes de la edad de oro de los hombres. Sé que una de ellos, uno de mis mejores amigos (hablo del Conde de Aspromonte) tendrá necesidad de descender de las montañas para recoger en Ajaccio un envío de nueve sillas de montar para sus sementales. Esas sillas, como fácilmente comprenderá usted, han sido construidas especialmente para él por el hombre que tiene a su cargo el cuidado de la cuadra de caballos de carreras del duque de Ashby-de-la-Zouche. El duque es un antiguo amigo mío y en ocasiones me permite, como un gran favor, comprarle algunas sillas para que las utilicen los amigos míos a quienes juzgue dignos de un obsequio tan extremado. Si pudiera hallarse usted en Ajaccio la semana próxima, le entregaría una carta de presentación para el Conde de Aspromonte, quien será mucho más accesible allí que en la fortaleza de sus montañas.

Le di gracias con lágrimas en los ojos por su gran amabilidad, me incliné y le besé la mano. Cuando abandoné su presencia, mi corazón estaba lleno de dolor al pensar en la nobleza que está desapareciendo de nuestro innoble mundo.

IV

Siguiendo el consejo del general Prz, corrí a la semana siguiente a Ajaccio y pregunté por el conde de Aspromonte en los principales hoteles. En el tercero de ellos se me dijo que en tales momentos ocupaba la serie imperial de habitaciones, pero era un hombre muy atareado y no podía dedicar una parte de su tiempo a recibir visitas inautorizadas. Por el modo en que se conducían los servidores del hotel llegué a la conclusión de que el Conde se había granjeado su más profundo respeto. Celebré una entrevista con el propietario

del establecimiento, a quien entregué la carta del general Prz con la solicitud de que fuese puesta en el plazo de tiempo más breve que fuese posible en manos del Conde de Aspromonte, quien por el momento, según me dijeron, se hallaba en la ciudad ocupado en diversos negocios.

El hotel estaba atestado de una parlanchina multitud de turistas del tipo acostumbrado, todos ellos, por lo que pude observar, triviales y pasajeros. Puesto que tenía frescos los queños del general Prz, me pareció que el ambiente era extraño, que no era desde ningún punto de vista el que me habría agradado que fuese. No era aquél el escenario que me parecía adecuado para la realización de los queños del noble caballero polaco. Pero como quiera que no se me ofreció nada mejor, hube de conformarme y sacar el más grato partido posible de lo que veía.

Después de una pródiga cena que en nada se diferenciaba de las que se sirven en los mejores hoteles de París, Londres, Calcuta y Johannesburgo, me hallaba sentado un poco desconsoladamente en el salón de reposo cuando vi que se aproximaba un animado caballero, de mediana edad y que me pareció algún director próspero de una empresa americana. Tenía cuadrado el mentón, el paso firme y el habla sosegada que siempre he relacionado con ese importante sector de la sociedad. Pero, con gran sorpresa mía, cuando se dirigió a mí lo hizo en inglés, un inglés que tenía acento continental. Y, para mayor asombro mío, me dijo que era el Conde de Aspromonte.

-Venga -me indicó- a mi gabinete, donde podremos hablar sin que nos moleste esta baraúnda.

Cuando llegamos, pude ver que sus habitaciones tenían un decorado palaciego y de un estilo un poco charro. El Conde me obsequió con whisky y agua de seltz y un largo cigarro.

-Usted es, según veo -comenzó diciendo-, amigo de ese anciano caballero, el general Prz. Espero que jamás habrá usted experimentado la tentación de reírse de él. Para nosotros, los que vivimos en el mundo moderno, existe en realidad la tentación de hacerlo; pero contenemos la risa por respeto a sus cabellos grises.

»Usted y yo, querido señor -continuó-, vivimos en el mundo moderno y no podemos abrigar recuerdos ni esperanzas que están fuera de lugar en una era dominada por los dólares. Yo, por mi parte, aun cuando vivo apartado del mundo hasta cierto punto, y aun cuando podría dejarme dominar por la tradición y perderme en los mismos queños nebulosos del digno general, he decidido adaptarme a la realidad de nuestro tiempo. El principal propósito de mi vida es la adquisición de dólares, no solamente para mí mismo, sino, también, para mi isla. «¿Cómo, acaso se pregunte usted, puede su modo de vida conducir a tal resultado?» En vista de su amistad con el general, creo que debo ofrecer una respuesta para esa pregunta, que no me parece irrazonada.

»Las montañas en que tengo mi residencia me ofrecen un terreno ideal para la cría de mis caballos de carreras y para su adiestramiento. Los garañones

árabes y las yeguas que mi padre reunió en el curso de su vida y de sus largos viajes han dado origen a una raza de ejemplares de rapidez y fortaleza excepcionales. El Duque de Ashby-de-la-Zouche, como usted debe de saber, tiene una gran ambición. Quiere poseer tres ganadores sucesivos del premio Derby y espera que podrá realizar esa ambición gracias a mí. Por razón de que el premio Derby atrae a un gran número de turistas americanos, se le ha permitido deducir los gastos de manutención de su caballada de los impuestos que debe pagar. De este modo, puede conservar la riqueza que muchos de los hombres de su clase han perdido. El Duque no es el único de mis clientes. Algunos de mis mejores caballos han sido enviados a Virginia; otros, a Australia. No existe en todo el mundo ninguna región en que cultivándose el deporte de los reyes mis caballos no sean famosos. Y gracias a ellos puedo conservar mi palacio y mantener intacto el fuerte linaje humano de nuestras montañas corsas.

»Mi vida, como ve usted, a diferencia de la del general Prz, se desarrolla en el plano de las realidades. Pienso con más frecuencia en la cotización del dólar que en la alcurnia gibelina, y presto más atención a los comerciantes en caballos que a las más pintorescas reliquias aristocráticas. Sin embargo, cuando estoy en mis montañas natales, la necesidad de conservar el respeto de la población circundante me fuerza a someterme a la tradición. Es posible que, en el caso de que me visite en mi castillo, pueda hallar alguna orientación que le encamine hacia la solución del enigma que, según veo por la carta del general, es la causa de su visita. Volveré a mi castillo pasado mañana y lo haré a caballo. El viaje es largo y será preciso emprenderlo muy temprano; pero si usted se presentase a las seis de la mañana, me agradecerá proporcionarle un caballo en el cual pueda acompañarme hasta mi residencia.

Habiendo terminado ya tanto el cigarro como el vaso de whisky, di gracias efusivamente al Conde por su cortesía y acepté con agrado su invitación.

V

La obscuridad era completa todavía cuando, dos días más tarde, me presenté nuevamente ante la puerta del hotel. Era una mañana cruda y ventosa, duramente fría, en la que había una promesa de nieve. Pero el Conde parecía insensible a las circunstancias meteorológicas cuando apareció sobre su magnífico corcel. Otro caballo, casi tan excelente como el primero, fué llevado a la puerta por su criado, y recibí la invitación de montar en él. Nos pusimos en marcha y dejamos muy pronto atrás las calles de la población; y luego, por

estrechos caminos que solamente un hombre muy experimentado podría encontrar, ascendimos de modo progresivamente gradual hasta mayores alturas; al principio, por terrenos cubiertos de árboles, y después sobre otros abiertos y sembrados de rocas y hierbas.

Me pareció advertir que el Conde era incapaz de experimentar hambre, sed o fatiga. A través de un largo día, con sólo unos breves momentos de descanso, durante los cuales comimos pan y bebimos agua helada procedente de un arroyo, conversó de manera inteligente e informativa sobre diferentes temas, de modo que demostró un amplio conocimiento del mundo de los negocios y que poseía una gran amistad con innumerables hombres ricos que disponían del tiempo libre preciso para interesarse por los caballos. Pero durante todo el largo día no pronunció ni una sola palabra que se relacionase con la cuestión que me había llevado a Córcega. Gradualmente, a pesar de la belleza del escenario que nos rodeaba y del interés que en mí provocaron sus polifacéticas anécdotas, la impaciencia me dominó.

-Querido Conde -dije-: no puedo expresarle con palabras lo mucho que le agradezco esta ocasión que me ha dado de visitar su hogar hereditario ; pero debo recordarle que he venido con la finalidad misericordiosa de salvar la vida, o por lo menos la razón, de un valioso amigo mío a quien profeso la más alta estima. Me deja usted en la duda de si respondo a este noble propósito acompañándole en este largo viaje.

-Comprendo su impaciencia -respondió-; pero debe usted hacerse cargo de que aun cuando me haya adaptado a los tiempos y al mundo actuales, no puedo en estas tierras acelerar el tempo, que es inmemorialmente habitual. Usted hallará la ocasión que desea, se lo prometo, antes de que haya concluido la noche. No puedo decirle nada más, porque la cuestión no depende de mí.

Y hube de conformarme con estas enigmáticas palabras.

Llegamos a su castillo cuando el sol estaba poniéndose. Estaba construido sobre una eminencia escarpada; y cualquier amante de la arquitectura habría podido observar fácilmente que databa, hasta en sus mínimos detalles, del siglo xiii. Cruzando el puente levadizo, llegamos por un portillo gótico a un ancho patio. Nuestros caballos fueron retirados por un lacayo, y el Conde me condujo a un vasto vestíbulo, desde el cual, a través de una estrecha puerta, me llevó a la cámara que aquella noche debía ocupar. Un gran lecho endoselado y unos sólidos muebles labrados de antiguo diseño llenaban la mayor parte de la estancia. Desde la ventana, un ancho panorama que descendía y formaba innumerables valles atraía la vista hacia una distante visión del mar.

-Espero -dijo el Conde- que logrará usted no hallarse demasiado incómodo en esta anticuada residencia.

-No creo que sea difícil -respondí al mismo tiempo que miraba el resplandeciente fuego de grandes leños que despedía una luz vacilante desde el vasto hogar. El Conde me informó que la cena estaría dispuesta al cabo de una

hora y que más tarde, si todo marchaba bien, se haría algo que pudiera contribuir al progreso de mis investigaciones.

Después de la suntuosa cena, el Conde me acompañó de nuevo hasta, mi habitación y dijo:

-Voy a presentarle a un viejo servidor de esta casa que, como consecuencia de los largos años de servicio, se ha convertido en un depósito de todos sus secretos. Ese hombre, sin duda alguna, podrá contribuir a la solución de su problema.

Tocó una campanilla y, cuando se presentó el criado, ordenó que pidiese al senescal que compareciera ante nosotros. Vi ante mí un hombre viejo, encorvado por la edad y el reuma, de blancas guedejas y el aire grave de quien ha vivido mucho.

-Este hombre -dijo mi huésped- le ofrecerá tantos esclarecimientos como sean posibles acerca de esta casa y esta tierra.

Y se retiró después de haberlo dicho.

-Anciano -dije decepcionado-. No sé si puedo esperar que, a su edad, su entendimiento sea lo que en otros tiempos fué. Me sorprende, debo confesarlo, que el Conde me haya confiado a usted. Había acariciado la idea de que sería digno de tratar con mis iguales, no con criados que se hallan en su chochez.

Tan pronto como hube pronunciado estas palabras, se produjo una extraña transformación. El viejo que suponía que era aquel hombre, perdió su aspecto de reumático instantáneamente, se enderezó hasta adquirir su plena altura de seis pies y tres pulgadas, se arrancó de la cabeza la blanca peluca, y al despojarse del antiguo manto que llevaba descubrió el traje completo de un noble florentino de la misma época en que el castillo fué edificado. Poniendo la mano sobre la empuñadura de la espada, se volvió hacia mí con ojos relampagueantes y dijo:

-Joven: si no hubiera sido usted traído aquí por el Conde, en cuya sagacidad tengo mucha confianza, ahora mismo ordenaría que lo arrojasen a las mazmorras como a impertinente intruso incapaz de percibir la sangre noble bajo el disfraz de un andrajoso manto.

-Señor -dije con la sumisión debida-: debo pedirle perdón humildemente por un error que no dudo que fué previsto y proyectado por usted y por el Conde. Si se dignase aceptar mis humildes excusas, me agradecerá saber quién sois vos, en cuya presencia tengo el honor de encontrarme.

-Señor -respondió él-; acepto sus palabras que, en cierto modo, enmiendan su impertinencia anterior; y ahora sabrá quién soy y lo que represento. Señor: soy el Duque de Ermocolle. El Conde es mi mano derecha y me obedece en todo. Pero en estos tiempos tristes es preciso poseer la astucia de la serpiente. Usted parece haberlo interpretado como hombre de negocios que se adapta a las exigencias de esta época, que blasfema contra el noble credo que a él y a mí nos anima. Decidí presentarme ante usted bajo un disfraz con el fin de poder formar juicio acerca de su carácter y aspecto. Usted resistió la prueba,

y ahora le diré lo poco que tengo derecho a revelarles respecto a la perturbación que se ha originado en la vida de su indigno amigo.

Como respuesta a tales palabras, hablé mucho y muy elocuentemente acerca del profesor y de sus trabajos, acerca de la señorita X y de su juvenil inocencia. Y también acerca de la obligación en que creía hallarme y la carga que aquella amistad arrojaba sobre mis espaldas. Me escuchó en grave silencio, y dijo cuando hube terminado:

-Solamente hay una cosa que ya pueda hacer por usted; y la haré.

Su diestra tomó una enorme pluma de ave y escribió estas palabras en una gran hoja de pergamino:

«Para la señorita X

Queda usted libre del cumplimiento de una parte del juramento que prestó. Diga todo al portador de esta nota y al profesor N. Luego, ACTÚE.

Y añadió al final su firma, que fué escrita en magnífica actitud.

Le di gracias y le deseé ceremoniosamente que pasase una buena noche.

Dormí poco. Aullaba el viento, caía la nieve, murió el fuego. Me agité en la cama y di vueltas de continuo. Cuando al fin pude disfrutar unos momentos de intranquilo adormilamiento unos queños extraños me fatigaron más que la vigilia. Cuando rayó el alba, una opresión de plomo me abrumaba. Fuí en busca del Conde y le informé de lo que habla pasado.

-Usted comprenderá -le dije- que en vista del mensaje que llevo, tengo el deber de regresar a Inglaterra a toda prisa.

Le di gracias una vez más por su hospitalidad, monté el mismo caballo que anteriormente, y acompañado de un lacayo que debía guiarme recorrí el camino entre la nieve, el granizo y la tempestad hasta llegar al refugio de Ajaccio. Desde allí, al día siguiente, emprendí el retorno a Inglaterra.

VI

En la mañana siguiente al día de mi llegada me presenté en la casa del profesor N. La hallé hundido en melancolía, olvidado del arte decorativo. La señorita X no estaba presente.

-Viejo amigo -le dije-; es doloroso verle a usted en tan triste estado. He desarrollado una gran actividad en beneficio de usted y regresé anoche mismo de Córcega. No he tenido éxito por completo, pero tampoco he fracasado completamente. Traigo un mensaje, no para usted, sino para la señorita X. No sé si tal mensaje será un alivio para ustedes o si representará lo contrario. Pero tengo el deber ineludible de ponerlo en manos de la señorita X. Usted podrá

disponer que se lo entregue en su presencia; pues precisamente debe ser entregado en presencia de usted.

-Se hará -dijo él.

Llamó a su anciana ama de llaves, que se aproximó con rostro triste para saber cuáles eran sus deseos.

-Quiero que usted -dijo el profesor- encuentre a la señorita X y le pida que se presente aquí inmediatamente, urgentemente, imperativamente y a costa de no importa qué molestias.

El ama de llaves partió y el profesor y yo quedamos envueltos en un sombrío silencio. Después de un intervalo que duró alrededor de dos horas, el ama de llaves regresó y dijo que la señorita X había caído en un letargo que le obligaba a guardar cama; pero al recibir el mensaje del profesor N, una chispa dolorida de indignación se había encendido en ella, y prometió hallarse en casa del profesor al cabo de poco tiempo. Apenas había transmitido este mensaje el ama de llaves, cuando al señorita X se presentó pálida, turbada, con ojos apagados y movimientos casi sin vida.

-Señorita X -dije-: tengo el deber lo mismo si es que si no es doloroso, de entregarle este mensaje que procede de una persona a quien creo que conoce usted.

Y le entregué el pergamino. La señorita X pareció cobrar vida repentinamente y lo asió con ansiedad. Su mirada recorrió las cortas líneas con rapidez.

-¡Oh,! -exclamó-. No es ésta la liberación que anhelaba. No anulará la causa de mi aflicción; pero me permite levantar el velo del misterio. La historia es muy larga, y cuando haya concluido, ustedes desearán que fuese más larga todavía. Pues la conclusión es horrible.

El profesor, viendo que se hallaba a punto de desmayarse, le administró una liberal ración de coñac. Luego, nos sentamos en torno a una mesa y el profesor le rogó con voz tranquila

-Comience, señorita X.

VII

-Fuí a Córcega -comenzó diciendo la señorita X- y, ¡cuán antiguo me parece, como si hubiera sucedido en otra existencia!, y fui feliz y no tuve inquietudes y pensé tan sólo en las diversiones, en los ligeros placeres que 'se consideran apropiados para mi edad y en la delicia del sol y de la novedad de los escenarios que se presentaban ante mi vista. Córcega me entusiasmó desde el primer momento. Me habitué a pasear por las montañas y cada día llegué un poco más lejos que el anterior en mis vagabundeos. Bajo el sol dorado de

octubre, las hojas del bosque brillaban con muchos colores diferentes. Finalmente, hallé una senda que me condujo hasta más allá del bosque, a las desnudas montañas.

»En uno de mis paseos de todo un día de duración, pude ver con gran sorpresa un castillo que se hallaba instalado en la cumbre de una montaña. Mi curiosidad despertó. ¡Ah! Querría que esto no hubiera sucedido. Era demasiado tarde aquel día para que pudiera intentar acercarme más al sorprendente edificio. Pero al día siguiente, después de haberme procurado algunos alimentos, salí a primera hora de la mañana decidida, en el caso de que fuera posible, a descubrir el secreto de aquella majestuosa edificación. Subí cada vez más bajo el aire resplandeciente del otoño. No hallé alma humana en mi camino y, cuando llegué al pie del castillo, me pareció que podría ser la morada de la Bella Durmiente, puesto que no pude observar signos de vida en todo, su contorno.

»La curiosidad, esa fatal pasión que fué causa del extravío de nuestra primera madre, me tentó. Paseé en torno a los almenados muros en busca de un medio de entrada. Durante mucho tiempo, la búsqueda fué vana. ¡Ah, querría que hubiera continuado siéndolo! Pero un destino malo quiso que sucediese de otro modo. Hallé, al fin, una poterna que cedió a mi presión. Entré en una oscura dependencia exterior. Cuando me hube habituado a la penumbra, vi una puerta que estaba entreabierta al fondo de la estancia. Me acerqué de puntillas y miré a través de la abertura. Lo que se ofreció a mi mirada me hizo emitir una exclamación de asombro y casi un grito de pasmo.

»Vi ante mí una ancha sala, en el centro de la cual y en torno a una larga mesa se sentaba cierto número de hombres graves, algunos de ellos viejos; otros, jóvenes; los restantes, de mediana edad, todos los cuales llevaban impresa en el rostro la resolución y la expresión propia de los hombres nacidos para la realización de grandes empresas. «¿Quiénes podrán ser?», me pregunté. No se sorprenderán ustedes al saber que no experimenté ninguna tentación de retirarme y que, en pie tras aquella puertecilla, escuché sus palabras. Fué éste mi primer pecado de aquel día en que había de hundirme en las inimaginables profundidades de la perversidad.

»En los primeros momentos, no pude entender las palabras que pronunciaban, aun cuando aprecié que debían de estar tratando alguna cuestión de gran importancia. Pero poco a poco, a medida que mis oídos se acostumbraron a su conversación, llegué a poder hilvanar lo que decían. Y mi pasmo iba creciendo a cada una de las palabras que oí.

«-¿Estamos todos de acuerdo respecto al día? -preguntó el presidente de la reunión.

»-Lo estamos -respondieron muchas voces.

»-Así sea -dijo el presidente-. Determino que el jueves, quince de noviembre, sea el día. Y ¿estamos todos de acuerdo respecto a nuestras misiones respectivas?

»-Lo estamos -respondieron las mismas voces.

»-Entonces -añadió el presidente-, repetiré las conclusiones a que hemos llegado; y cuando lo haya hecho, las someteré formalmente a la reunión para que las votéis. Todos los presentes estamos de acuerdo en que la raza humana sufre una espantosa enfermedad, y que el nombre de esa enfermedad es: GOBIERNO. Estamos de acuerdo en que si el hombre ha de recobrar la felicidad que se gozaba en la edad homérica y que nosotros, en cierta medida, hemos conservado en esta afortunada isla, la abolición del gobierno es la primera necesidad para lograrlo. Estamos de acuerdo también en que sólo hay un modo de abolir el gobierno; y de que ese medio consiste en suprimir los gobernantes. Estamos presentes veintiuna de nosotros y hemos convenido que hay veintiún estados importantes en el mundo. Cada uno de nosotros, la noche del jueves, quince de noviembre, asesinará al jefe de uno de tales estados. Yo, como presidente vuestro, disfruto el privilegio de encargarme de la más difícil y peligrosa de todas esas empresas. Me refiero, es claro, a... Pero no tengo necesidad de pronunciar su nombre. Nuestra labor, no obstante, no estaría completa cuando esos veintiún seres hubieran sufrido el destino que tan altamente han merecido. Hay una persona más, tan innoble, tan sumergida en el error, tan diligente en la propagación de la falsedad, que también debe morir. Pero como no es hombre de estado tan exaltado como esas otras veintiuna víctimas, designo a mi escudero para que realice su muerte. Todos habréis comprendido que hablo del profesor N, quien ha tenido la temeridad de sostener en muchos periódicos muy apreciados y en una obra muy voluminosa a la que, según nuestros informes secretos, está dando cima, que fué de Lituania y no, como todos sabemos, de Córcega de donde el arte decorativo precelta se extendió por Europa. También debe morir.»

»Al llegar las cosas a este punto -continuó diciendo entre sollozos la señorita X-, no pude contenerme por más tiempo. El pensamiento de que mi benévolo jefe había de morir tan pronto, me llenó de aflicción profundamente, de modo que exhalé un grito involuntario. Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta. El subalterno a quien se había encargado el exterminio del profesor N recibió orden de investigar. Antes de que me fuese posible huir, me asió y me condujo a presencia del grupo de veintiún hombres. El presidente me dirigió una severa mirada y contrajo las cejas.

»-¿Quién es usted -me preguntó-, que se ha introducido tan osada, tan aviesamente, en nuestro concilio secreto? ¿Qué le ha inducido a escuchar ocultamente cuando tomábamos la decisión más importante que jamás hayan tomado seres humanos? ¿Puede usted indicarnos alguna razón que nos obligue a abstenernos de condenarla ahora mismo a la muerte a que su temeridad la ha hecho acreedora?»

Al llegar a este punto, la vacilación venció a la señorita X, que apenas pudo continuar el relato de la trascendental entrevista del castillo. Finalmente, logró rehacerse y reanudó el hilo de la historia.

»Llego ahora -prosiguió- a la parte más dolorosa de mi aventura. Por misericordiosa disposición de la Providencia, el porvenir está oculto a nuestras miradas. Poco pensó mi madre, cuando yacía exhausta y escuchaba mi primer vagido, que era a esto a lo que su hija recién nacida estaba destinada. Poco pensé yo, cuando traspuse las puertas de la escuela de secretarías, que a esto habría de conducirme aquel paso. No pensé que la taquigrafía Pitman era la puerta del patíbulo. Pero no debo perder tiempo en vanas lamentaciones. Lo que está hecho, hecho está; y tengo el deber de relatar la historia de lo sucedido sin los rebozos ni retoques que podría poner un inútil remordimiento.

»Mientras el presidente me hablaba de una muerte rápida, vi el agradable sol que brillaba en el exterior. Pensé en los años de despreocupación de mi juventud. Pensé en la promesa de felicidad que aquella misma mañana me había acompañado cuando subía a la cumbre de la montaña solitaria. Visiones de lluvias veraniegas, de hogares invernales, de praderas bajo la primavera 3T de bosques otoñales de hayas me obsesionaron. Pensé en los años dorados de la inocencia infantil, que volaron para nunca más volver. Y pensé fugazmente en la mirada tímida de un hombre en cuyos ojos me pareció ver que se encendía la llama del amor. Todo esto pasó en un momento por mi imaginación. La vida, pensé, es dulce. Soy aún muy joven y tengo todavía delante de mí lo mejor de la vida. Y ¿he de ser privada de todo ello antes de haber disfrutado las alegrías, y los dolores, también, que constituyen la trama y la urdimbre de la vida? No -pensé-, esto es demasiado. Si aun existe un medio que me permita prolongar la existencia, aun a costa del deshonor, lo aceptaré. Cuando Satán me hubo conducido a esta terrible determinación, respondí con toda la calma que me fué posible aparentar

»-¡Oh, señor! He sido solamente una ofensora involuntaria e inintencionada. No entró en mi imaginación ningún propósito de obrar mal cuando me acerqué a esa fatal puerta. Si quiere usted perdonarme la vida, haré lo que me ordene, sea lo que sea. Le ruego, señor, que tenga misericordia. No es posible que usted desee que una persona tan joven muera prematuramente. Deme a conocer cuál es su voluntad, y la cumpliré inmediatamente.

»Aun cuando continuó mirándome de manera poco amistosa, me pareció advertir algunos indicios de enternecimiento. Se volvió hacia los otros veinte conjurados y dijo: «¿Cuál es vuestra voluntad? ¿Debemos ejecutar la justicia o debemos someter a esta mujer a las ordalías? Lo pondremos a votación..» Diez hombres votaron por la justicia; diez por las ordalías. «El voto decisivo es mío -dijo-. Voto por las ordalías.»

»Luego, volviéndose hacia mí, continuó: «Podrás vivir. pero bajo ciertas condiciones. Voy a explicarte cuáles son: Ante todo, debes hacer un gran juramento: no deberás revelar nunca a nadie, por medio de palabras ni de actos, por insinuaciones ni por cualquier otro procedimiento lo que has visto u oído en esta sala. Te diré la fórmula del juramento, y tú repetirás las palabras cuando yo las haya dicho: *Juro por Zoroastro y por la barba del Profeta, por Belcebú y Moloch;*

por Chémos y Astarot, por Baalin, Thanmuz, Dagon, Rhimnon, Heli, Lucifer, Mulciber, Belial, Azael, Mammon., Satán y por todos los espíritus impuros del infierno, que jamás revelaré ni haré por ningún procedimiento, que sea conocido ni siquiera el más leve indicio de lo que he visto y oído en esta sala.» Cuando hube repetido solemnemente el juramento, el presidente me explicó que aquella era la primera parte de la prueba y que acaso yo no hubiera comprendido su inmensidad. Cada uno de los nombres infernales que había invocado poseía sus facultades propias de tortura, independientes de las de los demás. Por medio de los poderes mágicos que poseía, el propio presidente podía dirigir las acciones de aquellos demonios. Si yo infringía de alguna forma el juramento, cada uno de los demonios y a través de todas las eternidades me infligiría la tortura especial en que era maestro. Pero esto, añadió el presidente, era la parte más pequeña de mi castigo.

«-Ahora, llegamos a cuestiones más graves», añadió.

»Y volviéndose hacia su lacayo, dijo:

«-Tráeme la copa, por favor.»

» El lacayo, que conocía el ritual, entregó la copa al presidente.

«-Ésta -dijo el presidente volviéndose de nuevo hacia mí- es una copa llena de sangre de toro. Debes beber hasta su última gota sin respirar en tanto que bebas. Si fracasas en tu intento de hacerlo, te convertirás instantáneamente en una vaca y serás perseguida eternamente por el espectro del toro cuya sangre no hayas sabido beber del modo correcto.»

»Cogí la copa de sus manos, hice una larga inspiración de aire, cerré los ojos y tragué el mefítico líquido.

«-Ya se han realizado dos terceras partes de la prueba -dijo el presidente-. La última parte es un poco más enojosa. Hemos decretado, como desgraciadamente sabes, que el día quince de noviembre mueran veintiún cabezas de estado. Hemos llegado también a la conclusión de que la gloria de nuestra patria exige la muerte del profesor N. Pero creemos que habría una falta de proporciones si alguno de nosotros llevase a efecto esa justa ejecución. Antes de haber descubierto tu presencia, delegamos en mi lacayo el cumplimiento de esa labor. Pero tu llegada, que ha sido inoportuna bajo muchos aspectos, tiene, desde cierto punto de vista, la ventaja de que nos proporciona una ocasión de realizarla con una limpieza que sería imprudente y poco ético olvidar. Tú, no mi lacayo, llevarás a efecto esa ejecución. Y esto habrás de jurarlo con el mismo juramento que te sirvió para prometer secreto.

»-¡Oh, señor! -dije yo-. ¡No arroje sobre mí esa terrible carga! Sabe usted mucho; pero dudo que sepa que hasta ahora he tenido el deber y el placer de ayudar al profesor N en sus investigaciones. Nunca recibí de él sino atenciones y amabilidades. Cabe en lo posible que sus opiniones sobre el arte decorativo no sean las que ustedes desearían que fuesen. ¿No podrá usted permitirme que continúe ayudándolo como hasta ahora con el fin de que pueda comenzar a disuadirlo de modo gradual de sus errores? No carezco de influencia sobre el

curso de sus pensamientos. Diversos años de íntima asociación me han enseñado el modo de guiar sus inclinaciones encauzándolas en la dirección conveniente, y estoy firmemente convencida de que si me concedieran ustedes el tiempo necesario podré disuadirlo de sus opiniones y hacerle ver el papel que ha jugado Córcega en la extensión del arte decorativo precelta. Matar a ese hombre bueno, a quien hasta ahora he considerado como amigo y que, a su vez y no injustamente, me ha considerado lo mismo para él, sería tan terrible como la persecución de los muchos demonios que usted me ha obligado a invocar. En verdad, dudo que la vida valga la pena de ser comprada a tal precio.

»-No, doncellita de oro -dijo él-. Creo y temo que todavía te entregas a ilusiones irrealizables. El juramento que has prestado fué un juramento blasfemo y de pecado; y te ha puesto para siempre a merced de los demonios salvo el caso de que yo, por medio de mi magia, decida anularlo. No hay ya posibilidad de evasión para ti. Deberás cumplir mi voluntad o sufrir las consecuencias.

»Lloré, imploré, supliqué de rodillas.

»-¡Tenga piedad -dije-, tenga compasión!

»Pero él no se conmovió.

»-He hablado -dijo-. Si no quieres sufrir durante toda la eternidad los quince modos diferentes de tormento que te serán infligidos respectivamente por los quince demonios a quienes has invocado, deberás repetir, cuando yo lo haya pronunciado y utilizando los mismos espantosos nombres, el juramento de que el día quince de noviembre ocasionarás la muerte del profesor N.»

»¡Oh, querido profesor! Es impasible que obtenga el perdón de usted; pero, por efecto de mi debilidad, presté también el segundo juramento. El día quince, no de un mes venidero, sino del presente, se aproxima con rapidez; y no comprendo cómo podré escapar, cuando el día llegue, a las terribles consecuencias de mi horrible juramento. Y tan pronto como me alejé de aquel espantoso castillo, el remordimiento comenzó a roerme las entrañas. y desde entonces no ha cesado de hacerlo. Sufriría alegremente los quince tormentos diferentes de los quince demonios si pudiera llegar a persuadirme de que haciéndolo cumpliría los mandatos del deber. Pero he jurado, y el honor exige, que cumpla mi juramento. ¿Cuál es el pecado mayor: matar al hombre a quien reverencio o ser traidora a los dictados del honor? No la sé. Pero usted, querido profesor, usted que es sabio, estoy segura de que podrá resolver mis dudas y mostrarme con claridad la senda del deber.

VIII

A medida que el relato de su secretaria avanzaba hacia su culminación, el profesor recobró de modo sorprendente la alegría y la serenidad. Y con una cariñosa sonrisa y las manos dobladas en pacífica actitud, dijo como respuesta a la pregunta de la joven:

-Querida señorita: nada, nada de cuanto existe en la Tierra debe sobreponerse a los dictados del honor. Si está dentro de sus posibilidades, usted debe cumplir su juramento. Mi obra está terminada y mis restantes años de vida, en el caso de que los tenga, carecerán de importancia. Por lo tanto, debo decirle de la manera más firme que tiene usted el deber de cumplir su juramento, si tiene posibilidad de hacerlo. Lamentaría, hasta diría que lo lamentaría muy profundamente, que como consecuencia de su sentido del honor hubiese de terminar su vida en un patíbulo. Hay una cosa, una cosa única, que podría absolver a usted de su juramento; y esa cosa sería la imposibilidad física. No es posible matar a un hombre que ya esté muerto.

Y al mismo tiempo que lo decía, introdujo el dedo pulgar y el dedo índice en el bolsillo del chaleco y, con un rápido ademán, se los llevó después a la boca. Un instante después, estaba muerto,

-¡Oh, mi querido maestro y señor! -exclamó la señorita X en tanto que se arrojaba sobre el cuerpo sin, vida-. ¿Cómo podré soportar la luz del día ahora, cuando usted ha sacrificado su vida por la mía? ¿Cómo podré sufrir la vergüenza que cada hora de sol y cada momento de aparente felicidad generará en mi alma? ¡No, no podré sobrellevar esta angustia ni un solo instante más!

Y diciendo estas palabras, buscó en el mismo bolsillo, hizo el mismo ademán que el profesor y expiró.

«No he vivido en vano -dije-, puesto que he sido testigo de dos nobles muertes.»

Pero entonces recordé que mi labor no había concluido, ya que, supuse, los indignos gobernantes del mundo debían ser salvados de la extinción. Y desganadamente, dirigí mis pasos en dirección a Scotland Yard.

EL INFRARROJOSCOPIO

I

Lady Millicent Pinturque, a quien sus amistades conocían por el nombre de la hermosa Millicent, estaba sentada a solas en su sillón del lujoso gabinete. Todas las sillas y los sofás eran blandos; la luz eléctrica estaba suavemente velada por pantallas; al lado de la dama, en una mesita, se hallaba lo que parecía ser una gran muñeca de voluminosas faldas. Las paredes estaban cubiertas de acuarelas, todas ellas con la firma «Millicent», que representaban escenas románticas en los Alpes, en las costas mediterráneas de Italia, en las islas de Grecia y en Tenerife. La dama tenía otra acuarela en las manos y la estaba estudiando con cuidadosa atención. Finalmente, tendió una mano hacia la muñeca y oprimió el botón de un timbre. La muñeca se abrió por el centro y descubrió en su interior un teléfono. La dama levantó el receptor. Sus movimientos, aun cuando demostraban poseer una gracia habitual, estuvieron matizados por cierta tensión de ademanes que parecían indicar había llegado a una decisión importante. La dama indicó un número y cuando la comunicación estuvo establecida, dijo:

-Quiero hablar con Sir Bulbus.

Sir Bulbus Frutiger era conocido universalmente como director del *Daily Lightning* y una de las grandes potencias de nuestra tierra, sin que importase cuál fuese el partido político que ocupase el poder. Estaba protegido del público por una secretaria y seis secretarías de la secretaria. Pocas eran las personas que se aventuraban a llamarle por teléfono, y de estas llamadas sólo una infinitesimal porción llegaban hasta él. Sus meditaciones eran demasiado importantes para que pudieran ser interrumpidas. Tenía la misión de conservar una calma imperturbable en tanto que desarrollaba proyectos para perturbar la de sus lectores. Mas, a pesar de este muro protector, contestó instantáneamente a la llamada de Lady Millicent.

-Diga, señora Millicent -dijo.

-Todo está preparado ---dijo ella.

Y volvió a colocar el receptor en su horquilla.

II

Unos largos preliminares habían precedido a aquellas breves palabras. El esposo de la hermosa Millicent, Sir Teophilus Pinturque, era uno de los dirigentes del mundo de las finanzas, un hombre inmensamente rico, mas que no carecía -y esto le afligía- de rivales en ese mundo al que aspiraba a dominar.

Había aún hombres que podían enfrentarse con él en condiciones de igualdad y que, en una competencia financiera, tenían razonables probabilidades de victoria. Su carácter era dictatorial y buscaba los medios de conseguir que su superioridad fuese indiscutible e irrecusable. Reconocía que el poder de las finanzas no era el único de este mundo. «Existen», solía decirse, «otros tres: uno de ellos es el poder de la propaganda; otro, el poder de la prensa; el tercero, el poder de la ciencia, que es desestimado por muchos hombres de mi profesión». Y llegó a la conclusión de que para obtener la victoria era necesaria una fusión de esos tres poderes con el de las finanzas; y con este fin, formó un comité secreto compuesto de cuatro personas.

Él era el presidente. Le seguía en poder y dignidad Sir Bulbus Frutiger, que tenía un lema: «Dad al público lo que quiere». Este lema regía su larga cadena de periódicos. El tercer miembro del sindicato era Sir Publius Harper, que dominaba el mundo de la propaganda. Quienes en forzada, aunque temporal, ociosidad disponían de unos momentos libres en sus trabajos, suponían que los hombres cuyos anuncios leían, porque no tenían cosa mejor que hacer, eran rivales. Esto era un error. Todos los anuncios brotaban de una fuente central; y en aquella fuente central, su distribución estaba decidida por Sir Publius Harper. Si quería que vuestro dentífrico fuese conocido, sería conocido ; si quería que fuese desconocido, desconocido sería, por muy excelente que fuese su calidad. Reposaba en él la facultad de hacer o de desgraciar la fortuna de quienes tenían la imprudencia de producir artículos de conveniente consumo sin someterlos a la propaganda. Sir Publius tenía una especie de cariñoso desdén por Sir Bulbus. Creía que el lema de combate de Sir Bulbus era excesivamente sumiso. El suyo era: «Haced que el público quiera lo que le ofrecéis». Y en esto había triunfado de modo sorprendente. Vinos de inexpressable mala calidad se vendían en grandes cantidades cuando él decía al público que eran deliciosos, porque el público, sugestionado, no dudaba de su palabra. Lugares de veraneo y de reposo en que los hoteles estaban sucios, las habitaciones eran lóbregas y el mar, excepto en los momentos de alta marea, un mar de barro, adquirían por medio de las actividades de Sir Publius la reputación de poseer ozono, de que su mar era delicioso y de que la brisa atlántica que en ellos soplaba era vigorizante. Los partidos políticos hacían uso, en las épocas de elecciones, de la inventiva de sus empleados, que estaba al servicio de todos (con excepción de los comunistas) los que podían pagar los altos precios que Sir Publius establecía. Ningún hombre sensato que conociese el mundo sería capaz de pensar que podría iniciar una campaña de cualquier género sin el apoyo de Sir Publius.

Sir Publius y Sir Bulbus, aun cuando se uniesen con frecuencia para realizar sus campañas publicitarias, eran muy diferentes el uno del otro. Ambos eran *bon viveurs*; pero en tanto que Sir Bulbus tenía un aspecto majestuoso, puesto que era desarrollado de cuerpo y tenía alegre expresión de euféptico, Sir Publius era delgado y de aspecto ascético. Quien no supiese quién era, le creería

un anhelante alucinado que persiguiese alguna visión mística. Su retrato nó podría ser utilizado jamás para anunciar ningún artículo de comer o beber. Sin embargo, cuando, lo que sucedía con frecuencia, los dos hombres cenaban juntos para proyectar alguna nueva conquista o para establecer un cambio de táctica, se ponían de acuerdo con mucha facilidad. Cada uno de ellos comprendía el modo como funcionaba la imaginación del otro y la dirección en que se encauzaba; cada uno de ellos respetaba las ambiciones del otro para el cumplimiento de sus propósitos. Sir Publius solía recordar cuanto debía Sir Bulbus a la pintura que aparecía en todas las carteleras y en la que una multitud bien vestida, cada uno de cuyos miembros llevaba en la mano un ejemplar del *Daily Lightning*, señalaba con un dedo al vago desaharrapado que no leía el importante periódico.

Y Sir Bulbus solía replicar:

-Sí; pero ¿dónde estaría usted si no fuera por mi gran campaña para obtener el dominio de los bosques canadienses? ¿Dónde estaría usted sin papel y dónde obtendría el papel si no fuera por la táctica maestra que seguí en aquel gran Dominio Trasatlántico?

Estas pullas amistosas solían ocuparlo hasta la llegada de los postres. Y después de esto, ambos se revestían de seriedad y su colaboración se hacía intensa y creadora.

Pendrake Markle, el cuarto miembro del sindicato secreto, era, hasta cierto punto, distinto de los otros tres. Sir Publius y Sir Bulbus tuvieron algunas dudas respecto a la conveniencia de su admisión; pero éstas fueron deshechas por Sir Teophilus. Aquellas dudas no eran irrazonables. En primer lugar, a diferencia de los otros tres hombres, el cuarto miembro no había sido honrado con la Orden de Caballería. Podían hacerse objeciones más graves contra él. Nadie negaba que fuese un científico brillante; pero los hombres más prudentes sospechaban era deshonesto. No poseía un nombre de la clase de los que podían ser estampados al pie de un prospecto que tentase a los capitalistas de la nación. No obstante, Sir Teophilus insistió en que se le incluyese en la asociación a causa de la fertilidad extremada de su inventiva y también porque, contrariamente a muchos hombres de ciencia, ningún escrúpulo le detenía.

Poseía una inquina contra la raza humana que era incompresible para quienes conocían su historia. Su padre fué un ministro *no-conformista*, de la piedad más ejemplar, que acostumbraba explicarle en sus días de infancia cuanta razón tenía Elisha para maldecir a los niños que, como resultado de su maldición, eran desgarrados por osas. Desde todos los pastor de vista, su padre era una reliquia de épocas pasadas. El respeto al Sabbath y una firmísima fe en todas las frases del Viejo y del Nuevo Testamento dominaban todas sus conversaciones en el hogar. El chiquillo, que era inteligente, se aventuró en un momento de atrevimiento a preguntar a su padre si era imposible ser buen cristiano cuando no se cree que la liebre mastique la paja. Su padre lo azotó de modo tan implacable, que no pudo sentarse- durante toda una semana. A pesar

de tan cuidada educación, se negó a cumplir el deseo que su padre acariciaba de que se hiciese ministro *no-conformista*. Por medio de becas y pensiones, acertó a abrirse camino en la Universidad, donde alcanzó los mayores honores. Su primer estudio de investigación le fué robado por su profesor, quien con ello obtuvo para sí una Medalla de la Sociedad Real. Cuando el joven intentó que su agravio fuese conocido, nadie le hizo caso y se le calificó de patán desequilibrado. Como resultado de esta experiencia y de las sospechas con que se le miró a causa de su protesta, se convirtió en cínico y misántropo. Y tuvo buen cuidado desde aquel momento en impedir que nadie pudiera robarle sus inventos o sus descubrimientos. Se referían historias desagradables, cuya veracidad jamás fué demostrada, acerca de oscuros manejos relacionados con sus patentes. Las historias variaban y nadie supo si en realidad tenían algún fundamento. Como quiera que fuese, logró, por fin, adquirir el dinero necesario para instalar un laboratorio particular, al cual no tuvo acceso ningún posible rival. Gradualmente, su trabajo comenzó a obtener una desganaada aprobación. Finalmente, el Gobierno se dirigió a él para formular la petición de que dedicase su talento a mejorar y perfeccionar la guerra bacteriológica. Se negó a acceder a esta demanda basándose en una circunstancia, que fué universalmente reputada de extraña: que nada sabía de bacteriología. Se sospechó, en consecuencia, que la verdadera razón era el odio que profesaba a todas las fuerzas de la organización social, desde el Primer ministro hasta el más humilde de los policías que cumplía su ronda.

Aun cuando todos los componentes del mundo de la ciencia lo aborreciesen, eran muy pocos los que se atrevían a atacarlo a causa de su habilidad y su falta de escrúpulos para la controversia, armas que le servían para hacer que su adversario pareciese un necio. Había en todo el mundo una sola cosa en que, hubiese puesto cariño; y esa cosa era su laboratorio. Desgraciadamente, su equipo de útiles le había originado gastos enormes, por lo que se hallaba en peligro inminente de tener que enajenarlos para pagar sus deudas. Fué mientras este peligro le amenazaba cuando Sir Teophilus se acercó a él y le ofreció salvarle del desastre a cambio, de su ayuda como cuarto miembro del sindicato.

En la primera reunión del sindicato, Sir Teophilus explicó qué era lo que se proponía hacer y pidió sugerencias encauzadoras para el cumplimiento de sus esperanzas. Sería posible, dijo, que la colaboración de los cuatro les granjeara el dominio completo del mundo, no solamente de una parte determinada de él, no sólo de la Europa occidental o de ésta y América, sino, asimismo, del mundo que se halla al otro lado de la -Cortina de Acero. Si sabían utilizar su destreza y sus oportunidades con habilidad, nada podría detenerlos ni oponérseles.

-Todo lo que se necesita -dijo en su discurso de inauguración- es una idea verdaderamente fructífera. La provisión de ideas es de la competencia de Markle. Cuando dispongamos de una buena idea, yo la apoyaré

económicamente, Harper la anunciará y propagará y Frutiger elevará hasta el frenesí las pasiones del público contra quienes se opongan a ella. Es posible que Markle necesite disponer de un poco de tiempo para descubrir la idea que el resto de nosotros creamos es digna de ponerse en ejecución. Por lo tanto, propongo que esta reunión se suspenda hasta la semana próxima, al fin de la cual, estoy seguro de ello, la ciencia estará preparada para indicar su posición como una de las cuatro fuerzas que dominan nuestra sociedad.

Y con estas palabras, después de una inclinación de cabeza destinada al señor Markle, Sir Teophilus disolvió la reunión.

Cuando el sindicato volvió a reunirse, una semana más tarde, Sir Teophilus dirigió una sonrisa al señor Markle y dijo:

-Bien, Markle: ¿qué tiene que decirnos la ciencia?

Markle carraspeó y comenzó a pronunciar un discurso. --Sir Teophilus, Sir Bulbus y Sir Publius -comenzó diciendo--: durante toda la semana pasada he meditado largamente. Y puedo decir que mis meditaciones han producido el fruto de bosquejar un proyecto adaptado a las características que se abocetaron en nuestra pasada reunión. Varios pensamientos se me presentaron, todos los cuales fueron desechados. El público se ha visto abrumado de honores relacionados con la energía nuclear, y llegué muy pronto a la conclusión de que ese asunto se ha convertido en un lugar común. Por otra parte es una cuestión que ha provocado la alertada atención de los Gobiernos; y todo lo que pudiera intentarse en esa dirección tropezaría inmediatamente con la oposición oficial. Reflexioné a continuación en lo que podría lograrse por medio de la bacteriología. Sería posible, pensé, inocular hidrofobia a todos los jefes de Estado. Pero no he visto con claridad que esto pudiera beneficiarnos ; y siempre existiría el riesgo de que alguno de los contagiados mordiese a alguno de nosotros antes de que se hubiera diagnosticado su dolencia. Después, es claro, examiné miné la posibilidad de crear un satélite de la tierra que cerrase cada tres días su ciclo de rotación alrededor de nuestro planeta y que dispusiese de un mecanismo de relojería preparado de modo que disparase contra el Kremlin cada vez que pasase frente a él. Pero éste es un proyecto para los Gobiernos. Nosotros debemos elevarnos sobre la batalla. No somos nosotros quienes debemos tomar posiciones en las controversias entre el Este y el Oeste. Lo que nos incumbe es la tarea de asegurar que, suceda lo que suceda, ocupemos los primeros puestos. Por lo tanto, rechacé todos los proyectos que representasen un abandono de la neutralidad.

»Voy a presentar un proyecto al que creo que no podrán oponerse las mismas objeciones que a los anteriores. En los últimos años, el público ha oído hablar mucho acerca de la fotografía al infrarrojo. Ignora tanto sobre esta cuestión como de todas las demás, y no veo que haya razones que se opongan a que explotemos esa ignorancia. Propongo que inventemos una máquina que se llame Infrarrojoscopia, la cual (así lo indicaremos al público) fotografiará por medio de los rayos infrarrojos objetos que de otro modo no son perceptibles.

Será una máquina muy delicada y capaz de estropearse con facilidad si se la maneja descuidadamente. Nosotros nos encargaremos de que esto suceda siempre que la máquina se halle en poder de personas a quienes no podamos dirigir. Lo que con ella ha de verse... eso es lo que deberemos decidir; y creo que nuestros esfuerzos aunados nos servirán para persuadir al mundo a que vea lo que decidamos que la máquina haga visible. Si aprueban ustedes mi proyecto, iniciaré la construcción de la máquina; pero respecto al modo como debe ser utilizada, creo que es cosa que debe ser decidida por Sir Bulbus y Sir Publius.

Los tres caballeros habían escuchado con atención la proposición de Pendrake Markle. Los tres acogieron con entusiasmo la idea y vieron en su realización grandes oportunidades para el empleo de sus respectivas habilidades.

-Lo que la máquina debe revelar será esto: una invasión secreta de la Tierra por los habitantes de Marte, una invasión de seres horribles cuyo invencible ejército podría estar seguro de la victoria si no existiera nuestra máquina. En mis periódicos, provocaré en el público la conciencia de su peligro. Millones de personas adquirirán la máquina. Sir Teophilus reunirá la fortuna más grande que jamás haya sido poseída por un solo hombre. Mis periódicos se venderán más que los demás y serán muy pronto los únicos periódicos del mundo. Mi amigo Publius no tendrá una importancia menor en tal campaña de publicidad. Cubrirá todas las tablillas de anuncios con fotografías de seres horribles bajo las que habrá esta inscripción; « ¿Quiere usted ser despojado por ESTO? » Y pondrá avisos en grandes letras a lo largo de todas las carreteras, en todas las estaciones de la nación y dondequiera que el público disponga de unos momentos de ocio para leerlos. Y tales avisos dirán: «Hombres de la tierra: ¡ha llegado la hora de la decisión! Levantaos por millones. No os dejéis amedrentar por el peligro cósmico. El valor obtendrá el triunfo, como ha sucedido desde los días de Adán. ¡Adquirid un infrarroscopio y estad preparados!

-El proyecto es bueno -dijo---. Sólo necesita una cosa; y es que la fotografía del marciano sea suficientemente espantable y aterradora. Todos ustedes conocen a Lady Millicent, pero acaso la conozcan únicamente bajo sus aspectos más apacibles. Yo, como esposo suyo, poseo el privilegio de conocer zonas de su imaginación que se hallan ocultas al conocimiento de casi todos. Lady Millicent es, como ustedes saben, muy hábil en la pintura de acuarelas. Pidámosle que haga una acuarela en colores de los marcianos, y dejemos que la fotografía de su acuarela forme la base de nuestra campaña.

Los otros hombres se miraron en los primeros momentos de modo un poco dubitativo. Lady Millicent, como todos sabían, era apacible, quizás un poco cándida, no la clase de persona que imaginaban pudiese tomar parte en una campaña tan horrenda. Después de una corta discusión, se decidió permitirle que hiciera un intento; y si su pintura era suficientemente espantable

para satisfacer al señor Markle, Sir Bulbus sería informado entonces de que todo estaba dispuesto para la iniciación de la campaña.

Al regresar a su casa después de celebrada la importante reunión, Sir Teophilus dió comienzo a la tarea de enterar a la hermosa Millicent de qué era lo que se deseaba. Y no se explayó sobre las características generales de tal campaña, porque sostenía el principio de que no debía hacerse confidentes de los propósitos a las mujeres. Dijo que deseaba pinturas de seres imaginarios y aterradores, para las cuales tenía una utilización comercial que ella no podría comprender.

Lady Millicent, que era mucho más joven que Sir Teophilus, pertenecía a una buena familia rural que había hallado días adversos en su camino. Su padre, un conde empobrecido, era propietario de una exquisita mansión a la que amaba con una devoción heredada de todas las generaciones que la habían habitado. Había parecido inevitable que se viese forzado a venderla a algún argentino rico; y esta perspectiva era aniquiladora para su corazón. Su hija le adoraba y decidió utilizar su sorprendente belleza de modo que le permitiera terminar sus días en paz. Casi todos los hombres la adoraban tan pronto como la veían. Sir Teophilus era el más rico de sus adoradores, y ésta fué la causa de que ella lo escogiese y le exigiese para casarse con él una asignación económica para su padre que le librase de las angustias financieras. No experimentaba aversión por Sir Teophilus, que la adoraba y satisfacía todos, sus caprichos; pero tampoco le amaba. En realidad, ningún hombre había hasta aquel momento conmovido su corazón. Y la mujer creía que tenía el deber, como compensación por todo cuanto él había entregado, de obedecerle siempre que fuese posible.

La petición que hizo el esposo (una acuarela de un monstruo) pareció un poco rara a la mujer; pero estaba habituada a que él realizase actos cuyo fin desconocía, y, por otra parte, nunca había experimentado curiosidad por comprender los proyectos comerciales de su esposo. Como consecuencia de esto, puso manos a la obra inmediatamente. El marido llegó al punto de decir que la pintura estaba destinada a mostrar lo que podía verse por medio de un nuevo instrumento que había de ser llamado el infrarrojoscopio. Y después de varios ensayos que no la satisficieron, logró producir una pintura de un ser que tenía un cuerpo parecido en cierto modo al de un escarabajo, pero de seis pies de longitud, con siete patas peludas y rostro humano, cabeza completamente calva, ojos admirativos y una sonrisa fija. En verdad, fueron dos las acuarelas que pintó. En la primera, un hombre estaba mirando a través del infrarrojoscopio y viendo a aquel ser. En la segunda, el hombre había dejado caer a tierra el instrumento de manera aterrorizada. Viendo que era observado, el monstruo se había erguido sobre la séptima pata al mismo tiempo que aprisionaba entre las otras seis, con un abrazo erizado de pelos, al horrorizado hombre. Por orden de su esposo, Lady Millicent mostró las dos pinturas al señor Markle. El señor Markle las aceptó como convenientes y adecuadas, y fué

después de su partida cuando la dama telefoneó a Sir Bulbus para comunicarle las funestas palabras.

Tan pronto como Sir Bulbus recibió el mensaje, el vasto mecanismo dirigido por el sindicato se puso en movimiento. Sir Teophilus hizo que innumerables talleres de todo el mundo comenzasen a producir el infrarrojoscopia, una sencilla máquina que contenía una gran cantidad de ruedas que producían un sonido chirriante y que en verdad no capacitaban a nadie para ver nada. Sir Bulbus llenó los periódicos de artículos en que se hablaba de las maravillas de la ciencia, todos ellos con una insinuación del infrarrojo. Algunos de tales artículos contenían una información legítima y estaban hechos por célebres hombres de ciencia. Otros, eran más imaginativos. Sir Publius hizo que por todas partes se colocasen carteles en que se leía: «El infrarrojoscopia se acerca. ¡Vea las maravillas invisibles del mundo!», «¿Qué es el infrarrojoscopia? Los periódicos de Harper le informarán. ¡No desaproveche esta ocasión de adquirir conocimientos excepcionales!»

Cuando estuvo fabricado el número suficiente de infrarrojoscopios, Lady Millicent dió a conocer que por medio de uno de estos instrumentos había visto que un monstruo se arrastraba por el suelo de su dormitorio. Fué interrogada, como es natural, por todos los periodistas que se hallaban bajo las órdenes, de Sir Bulbus, pero la cuestión adquirió un interés tan dramático, que otros periódicos se vieron forzados a seguir su ejemplo. Siguiendo las instrucciones de su esposo, Lady Millicent, con frases entrecortadas y aparentemente aterrorizada, expresó los sentimientos exactos que eran precisos para el desarrollo del proyecto del comité. Al mismo tiempo, fueron regalados infrarrojoscopios a varios dirigentes de la opinión pública de quienes Sir Teophilus sabía se hallaban en difícil situación económica. A todos ellos se les ofreció un millar de libras esterlinas a cambio de que manifestasen que habían visto uno de aquellos horribles seres. Las dos pinturas de Lady Millicent fueron reproducidas por doquier a través de la agencia de propaganda de Sir Publius y con la leyenda: «¡No deje que su infrarrojoscopia caiga al suelo! ¡Protege al mismo tiempo que revela!»

Se produjo, como es natural, una venta instantánea de millares de infrarrojoscopios; y también una ola universal de terror. Pendrake Markle inventó un nuevo instrumento que solamente podía ser encontrado en su laboratorio particular. Este nuevo instrumento demostraba que aquellos seres procedían de Marte. Otros hombres de ciencia experimentaron envidia de la extensa fama conquistada por Markle, y uno de ellos, más osado que los demás, inventó otra máquina que servía para leer los pensamientos de los invasores marcianos. Por medio de tal máquina, según afirmaba, había descubierto que aquellos primeros seres llegados a la Tierra eran la vanguardia de una campaña bélica marciana que tenía por objeto el exterminio de la raza humana.

Desde los primeros momentos, los compradores de los primeros infrarrojoscopios se quejaron de que nada veían a través de estos instrumentos;

pero, naturalmente, sus lamentaciones no fueron publicadas por los periódicos que se hallaban bajo la férula de Sir Bulbus. Y el pánico universal alcanzó muy pronto dimensiones tales, que cualquier persona que no pudiese percibir la presencia de los marcianos fué acusada de traidora y promarciana. Después de que hubieron sido linchadas varios millares de personas, el resto de ellas creyó prudente contener la lengua, con excepción de algunos atrevidos que fueron internados. La onda de terror fué tan grave, que muchas personas que hasta entonces habían sido reputadas de inofensivas cayeron en graves sospechas. Aquel que alabase el aspecto del planeta Marte en el cielo nocturno se hacía instantáneamente sospechoso: Todos los astrónomos que habían hecho estudios especiales sobre Marte fueron encarcelados. Y los que habían sostenido que en Marte no había vida se vieron condenados a largos años de prisión.

Hubo, sin embargo, algunos grupos de personas que, durante los primeros períodos de terror, continuaron siendo amigos de Marte. El Emperador de Abisinia manifestó que un estudio detenido de la acuarela reproducida fotográficamente demostraba que el marciano se parecía al león de Judá, y que, por lo tanto, era bueno, y no malo. Los tibetanos dijeron que después de estudiar los libros antiguos llegaban a la conclusión de que el marciano era un Boddhisatva que venía a liberarlos del yugo de los infieles chinos.

Los indios peruanos resucitaron la adoración al sol a indicaron que, puesto que Marte brilla Porque refleja la luz del sol, debía ser adorado también. Cuando se les dijo que los marcianos podrían dar lugar a que se ocasionase una mortandad, replicaron que la adoración del sol siempre había sido causa de sacrificios humanos y que, como consecuencia, el devoto fiel no tenía motivos para lamentarse. Los anarquistas arguyeron que los marcianos disolverían todos los Gobiernos a implantarían el milenio. Los pacifistas manifestaron que los marcianos debían ser recibidos con cariño y que si el cariño era suficientemente grande, haría que se borrara el gesto de severidad de sus rostros.

Durante corto tiempo y dondequiera que existían, esos grupos pudieron vivir sin que se les molestase. Pero la tregua cesó cuando los comunistas de todo el mundo fueron atraídos a la campaña antimarciana. Esto fué conseguido con gran habilidad por el comité. Los componentes de éste se dirigieron en primer lugar a diversos hombres de ciencia occidentales de los cuales se sabía que mantenían relaciones amistosas con el Gobierno soviético. Y dijeron con toda sinceridad a tales hombres de ciencia el modo como había sido preparada la campaña. Después, indicaron que el temor a los marcianos podría constituir la base de una reconciliación entre el Este y el Oeste. También tuvieron éxito en la tarea de convencer a sus compañeros, los hombres de ciencia, de que una guerra del Este contra el Oeste tendría como desenlace una derrota del Este y que, como consecuencia, todo lo que contribuyese a evitar una tercera guerra mundial redundaría en beneficio de los comunistas y debía ser apoyado por los

comunistas. Los hombres de ciencia, después de haber escuchado tales argumentaciones, se vieron forzados a regañadientes a expresar su conformidad. Dijeron, también, que si el terror originado por los marcianos había de ser la causa determinante de la reconciliación del Este y el Oeste, se hacía necesario que todos los Gobiernos, tanto los orientales como los occidentales creyesen en la invasión marciana. Los hombres de ciencia, después de haber escuchado tales argumentaciones, se vieron precisados con renuencia a expresar su conformidad. Pues, ¿no eran todos realistas? Y aquel realismo ¿no era un realismo todo lo puro que puede ser el realismo? Y ¿no era, acaso, aquello la verdadera síntesis que el materialismo dialéctico exigía? Por lo tanto, prometieron que no revelarían al Gobierno soviético que todo ello era un fraude. En beneficio propio, permitirían que se concediese crédito a aquella ficción creada por ruines capitalistas y con ruines finalidades capitalistas, mas que incidental y accidentalmente serviría para favorecer los intereses de la Humanidad y daría ocasión a que, cuando el engaño fuese descubierto, una reacción general arrojase al mundo entero en brazos de Moscú. Convencidos de la verdad de este razonamiento, expusieron a Moscú el inminente peligro de destrucción de la raza humana e indicaron que no había razones para suponer que los marcianos fuesen comunistas. Después de escuchar tales manifestaciones, Moscú, a continuación de algunas dudas y vacilaciones, decidió unir sus fuerzas a las del Oeste para realizar la campaña antimarciana.

Desde aquel momento, los abisinios, los tibetanos, los peruanos, los pacifistas y los anarquistas no conocieron la tolerancia. Algunos de ellos fueron matador; otros, condenados a trabajos forzados; otros, se retractaron. Y al cabo de muy poco tiempo ya no existía ninguna oposición explícita en ninguna parte del mundo contra la campaña antimarciana.

Sin embargo, el temor no se redujo al miedo a los marcianos. Todavía vivió en las mentes de los hombres el temor a los traidores. Se convocó una gran reunión de la Sociedad de Naciones para la organización de la propaganda y publicidad. Se llegó a la conclusión de que se necesitaba una palabra que sirviese para designar a los habitantes de la Tierra en oposición a los habitantes de otros planetas. «Térreo», naturalmente, no servía para el caso, « Terrestre» era inadecuado, porque su contrario era « Celeste». «Terrenal» tampoco resultaba conveniente, porque el opuesto habitual es «Celestial». Al fin, después de un derroche de elocuencia, en el cual se distinguieron principalmente los sudamericanos, se adoptó la palabra «Telurianos». La Sociedad de Naciones nombró a continuación un comité encargado de dirigir la campaña contra las actividades de los antitelurianos, comité que estableció un reinado del terror político por todo el mundo. También se decidió que la Sociedad de Naciones se constituyese en reunión permanente en tanto que la crisis existiese y bajo una dirección permanente. Fué elegido un presidente entre los viejos hombres de Estado, hombre de gran dignidad y amplia experiencia, que ya no estaba envuelto en la guerra de partidos y se hallaba preparado por dos guerras

mundiales para la nueva guerra que ya parecía inminente. El presidente se puso a la altura de las circunstancias y dijo en su primer discurso

-Amigos, compañeros habitantes de la Tierra, telurianos unidos, como jamás lo estuvisteis: me dirijo a vosotros en esta solemne ocasión, no como otras veces en defensa de la causa de la paz mundial, sino de una causa mucho más grande... una causa aun más grande: la causa de la defensa de nuestra existencia, con todos sus valores humanos, con sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus temores; la preservación, digo, de esta vida humana nuestra contra un ataque malvado concebido y transportado a través del éter por no sabemos qué insensatos y terribles medios y que nos ha sido revelado (tengo el orgullo de decirlo) por la sorprendente competencia de nuestros científicos, quienes nos han demostrado lo que es posible descubrir por medio de la infrarrojoscopia y han hecho visibles para nosotros unas bestias extrañas, repelentes, horribles, que se arrastran por nuestro quelo de manera invisible salvo con ayuda de esos maravillosos instrumentos, que se arrastran, digo, ¡no!, que nos infectan, que empuercan hasta nuestros pensamientos, que destruirían hasta las fibras más recónditas de nuestro ser moral, que nos reducirían, digo, no al nivel de las bestias (pues bestias somos, después de todo, nosotros, los telurianos)... ¡no! ... ¡al nivel de los marcianos! ¿Podría decirse algo peor? No existe un término más bajo ni palabra de mayor infamia en las lenguas de esta Tierra que todos amamos. Os pido, os pido, hermanos míos, que os unáis hombro con hombro para la gran lucha, la lucha que ha de defender nuestros valores terrenales contra la invasión insidiosa y degradante de unos monstruos, monstruos extranjeros que, es lo menos que puedo decir, deben volver al lugar de donde proceden.

Y se sentó después de haberlo dicho. Y la ovación que se produjo fué tan grande, que por espacio de largo rato nada más fué posible oír. El siguiente orador fué el representante de los Estados Unidos.

-Compañeros ciudadanos de la Tierra -comenzó diciendo- : quienes hemos tenido la desgracia de vernos obligados por razón de nuestros deberes públicos a estudiar ere abominable planeta contra cuyas malvadas maquinaciones hemos apretado nuestras filas en orden de batalla, sabemos que su superficie está surcada por unas rayas extrañas que los astrónomos denominan canales. Tales trazos, como deben saber con certeza todos los estudiantes de la actividad económica, solamente pueden ser producto del totalitarismo estatal. Por lo tanto, tenemos derecho, el derecho que nos concede la más alta autoridad científica, a creer que esos invasores amenazan no solamente nuestro ser personal y privado, sino también esa norma de vida que fué establecida por nuestros antepasados hace cerca de doscientos años y que, hasta el momento de la llegada del peligro actual, produjo unidad... unidad aparentemente amenazada por cierta Potencia cuyo nombre no sería prudente citar en las presentes circunstancias. Es posible que el hombre solamente represente una fase fugitiva en la evolución de la vida del Cosmos; pero existe

una ley que el Cosmos siempre obedecerá, una ley divina: la ley del progreso eterno. Esta ley, compañeros ciudadanos de la Tierra, esta ley está salvaguardada por la libre iniciativa, la herencia inmortal que el Oeste ha legado al hombre. La libre iniciativa cesó de existir hace mucho tiempo en ere planeta rojo que ahora nos amenaza, pues los canales que vemos no son cosa de ayer. No sólo en nombre del hombre, sino, además, de la iniciativa libre, pido a esta Asamblea que haga sus mejores esfuerzos, que se esfuerce hasta el dolor, sin límite, sin pensar en sí. Hago esta petición con confiada esperanza a todas las naciones que aquí están reunidas.

No era sólo el Oeste el que debía ofrecer la nota de la unidad. Tan pronto como el representante de los Estados Unidos se hubo sentado, fué sucedido por el señor Growlovsky, representante de la Unión Soviética.

-Ha llegado la hora -dijo- de luchar, no de hablar. Si hubiera de hablar, me opondría a algunas afirmaciones del discurso que acabamos de oír. La Astronomía es rusa. Han existido algunos, escasos estudiantes de esta ciencia en otras naciones, pero la erudición rusa ha demostrado cuán superficiales y plagiadas han sido sus teorías. Entre eras teorías, tenemos como ejemplo lo que se ha dicho acerca de los canales de ere infame planeta cuyo nombre desdeño pronunciar. El gran astrónomo Lukupsky ha probado de modo concluyente que fué la iniciativa privada la que produjo tales canales y que fué la competencia lo que estimuló su multiplicación. Pero no es ésta la hora adecuada a tales reflexiones. Es la hora de la acción; y cuando el asalto haya sido rechazado, se descubrirá que el mundo se ha unido estrechamente y que en el dolor de la batalla, el totalitarismo se ha hecho universal.

Al llegar a este extremo se experimentaron temores de que la recién hallada unidad no pudiera sobrevivir a la tirantez del debate público. India, Paraguay y Ceilán arrojaron aceite sobre las alborotadas aguas, y al fin, las palabras aplacadoras del representante de la República de Andorra permitieron a los delegados retirarse con ese resplandor de armonía que nacía de la mutua ignorancia de los respectivos sentimientos. Antes de disolverse, la Asamblea decretó la paz mundial y un amalgamamiento de las fuerzas armadas de todo el planeta. Se esperaba que el asalto principal de los marcianos no se produjera antes de que la unión de las fuerzas hubiera sido realizada. Pero, entretanto, a pesar de todos los preparativos, a pesar de la armonía, a pesar de la fingida confianza, el temor anidaba en todos los corazones... excepto en los de los componentes del comité y de sus coadyuvantes.

IV

A lo largo de tal período de excitado temor, no obstante, hubo algunos que, aunque la prudencia los mantuviese silenciosos, dudaban sobre la

cuestión. Los miembros de los Gobiernos sabían que jamás habían visto el monstruo marciano; y sus secretarios particulares sabían que los gobernantes no los habían visto; mas, a pesar de que el terror había Regado a su culminación, nadie se atrevió a confesarlo, puesto que el escepticismo manifiesto era causa de caída del Poder y acaso de linchamiento. Los negociantes enemigos de Sir Teophilus, Sir Bulbus y Sir Publius estaban naturalmente envidiosos del enorme triunfo que tales hombres obtenían y buscaban, en el caso de que existiesen, los medios de derribarlos. El *Daily Thunder* había sido una fuerza casi tan grande como el *Daily Lightning*; pero en tanto que la campaña estuvo en su apogeo, el *Daily Thunder* permaneció silencioso. Su director rechinaba los dientes, pero, como hombre prudente, se tomó el tiempo necesario sabiendo que una locura colectiva, en tanto que dura, no puede ser combatida con provecho. Los hombres de ciencia habían despreciado siempre a Pendrake Markle y desconfiaban de él, y estaban justamente indignados al verlo tratado como si fuera el más grande de los hombres de ciencia de todos los tiempos. Muchos de ellos desmontaron el infrarrojoscopia y vieron que era un fraude; mas como quiera que apreciaban su propio pellejo, creyeron sería sensato guardar silencio.

Entre todos ellos. tan sólo un joven se mostró indiferente a las exigencias de la prudencia. Este joven era Thomas Shovelpenny, a quien todavía se consideraba sospechoso en muchos lugares de Inglaterra porque su abuelo fué un alemán llamado Shimmelpfenning que cambió de nombre durante la primera guerra mundial. Thomas Shovelpenny era un estudiante sereno, absolutamente inhabituado a los grandes negocios. ignorante tanto de la política como de la economía y solamente hábil en física. Era demasiado pobre para que pudiera adquirir un infrarrojoscopia, y por lo tanto, no le fijé posible descubrir por sí mismo su fraudulenta naturaleza. Los que habían hecho este descubrimiento, guardaron para sí mismos el conocimiento y no susurraron. ni una sola palabra, ni aun en momentos de exaltación alcohólica. Pero Thomas Shovelpenny no pudo menos de observar extrañas discrepancias en las informaciones que llegaron hasta él; y tales discrepancias crearon en él unas dudas puramente científicas, aun cuando, en su inocencia, estaba por completo desconcertado al pensar qué intención podría haber sido la causa y guía del invento de tales mitos.

Aun cuando fuera hombre abstemio y de ejemplar conducta, tenía un amigo a quien estimaba y valoraba a causa de su penetración y su perspicacia. Este amigo, cuyo nombre era Verity Hogg-Paucus, estaba casi siempre embriagado y casi nunca era posible hallarlo no siendo en las tabernas. Se suponía que debía de dormir en algún sitio; pero él jamás permitió que nadie conociese la verdad, que era que tenía un dormitorio alquilado en uno de los peores arrabales de Londres. Poseía un gran talento como periodista, y cuando el dinero se le agotaba, la forzada sobriedad lo conducía a escribir artículos de tan mordaz ingenio, que los periódicos que cultivaban este género de

producciones no podían negarse a publicarlos. Los periódicos de alta categoría, como es natural, estaban cerrados para él, puesto que se negaba a hacer concesiones a las paparruchas. Conocía perfectamente los subterráneos de la política; pero no sabía cómo aprovechar este conocimiento en beneficio propio. Había ocupado muchos cargos; mas todos los perdió por haber dado a conocer a sus jefes que había descubierto algunos secretos sospechosos que los jefes deseaban permaneciesen ocultos, Ya fuese por efecto de la prudencia o de un resto de sentimientos morales, jamás había obtenido ni un solo céntimo haciendo objeto de chantajes a los objetos de los desagradables descubrimientos. En lugar de utilizar lo que sabía en provecho propio, solía permitir que manase de su boca con una espantosa locuacidad mientras bebía con algún conocido unos momentos antes en alguna taberna de mala reputación.

Shovelpenny consultó con él en su perplejidad.

-Creo -dijo- que esa cuestión es absolutamente fraudulenta, y, a pesar de esto, no acierto a conocer el modo como se produce el fraude ni qué finalidad se persigue con él. Quizá tú, con lo gran conocimiento de lo que el hombre desea mantener secreto, puedas ayudarme a comprender lo que está sucediendo.

Hogg-Paucus, que había observado cínicamente el desarrollo de la pública nerviosidad y el aumento de la fortuna de Sir Teophilus, se entusiasmó.

-Tú -dijo- eres el mismísimo hombre que necesito. No tengo ni la más ligera duda de que toda la cuestión es falsa; pero recuerda que es peligroso decirlo. Quizá conjuntamente, tú con lo conocimiento de la ciencia, y yo con el mío de la política, podamos desvelar el misterio. Pero desde el momento en que el hablar es peligroso y puesto que soy muy charlatán cuando tengo ante mí una copa, será preciso que me mantengas encerrado en tus habitaciones y me proporciones el alcohol que necesito. En estas condiciones, podré soportar el aprisionamiento temporal sin excesivas molestias.

A Shovelpenny le agradó la proposición; pero su bolsa tenía unos recursos muy limitados y no le fué posible ver cómo podría tener a Hogg-Paucus abastecido de bebidas alcohólicas durante un período que no podría ser corto. Mas Hogg-Paucus no había ocupado siempre un lugar tan bajo en la escala social, y conocía a Lady Millicent desde la época de su niñez, por lo que decidió escribir un artículo retumbante acerca de los encantos de la dama cuando tenía diez años de edad, artículo que vendió por un alto precio a una revista de buen tono. Esto, se creyó, sería suficiente, unido al queldo de Shovelpenny como maestro de escuela, sobre todo si se procedía con prudencia y economía, para no pudo menos de observar extrañas discrepancias en las informaciones que llegaron hasta él; y tales discrepancias crearon en él unas dudas puramente científicas, aun cuando, en su inocencia, estaba por completo desconcertado al pensar qué intención podría haber sido la causa y guía del invento de tales mitos.

Aun cuando fuera hombre abstemio y de ejemplar conducta, tenía un amigo a quien estimaba y valoraba a causa de su penetración y su perspicacia. Este amigo, cuyo nombre era Verity Hogg-Paucus, estaba casi siempre embriagado y casi nunca era posible hallarlo no siendo en las tabernas. Se suponía que debía de dormir en algún sitio; pero él jamás permitió que nadie conociese la verdad, que era que tenía un dormitorio alquilado en uno de los Peores arrabales de Londres. Poseía un gran talento como periodista, y cuando el dinero se le agotaba, la forzada sobriedad lo conducía a escribir artículos de tan mordaz ingenio, que los periódicos que cultivaban este género de producciones no podían negarse a publicarlos. Los periódicos de alta categoría, como es natural, estaban cerrados para él, puesto que se negaba a hacer concesiones a las paparruchas. Conocía perfectamente los subterráneos de la política; pero no sabía cómo aprovechar este conocimiento en beneficio propio. Había ocupado muchos cargos; mas todos los perdió por haber dado a conocer a sus jefes que había descubierto algunos secretos sospechosos que los jefes deseaban permaneciesen ocultos. Ya fuese por efecto de la prudencia o de un resto de sentimientos morales, jamás había obtenido ni un solo céntimo haciendo objeto de chantajes a los objetos de los desagradables descubrimientos. En lugar de utilizar lo que sabía en provecho propio, solía permitir que manase de su boca con una espantosa locuacidad mientras bebía con algún conocido unos momentos antes en alguna taberna de mala reputación.

Shovelpenny consultó con él en su perplejidad.

-Creo -dijo- que esa cuestión es absolutamente fraudulenta, y, a pesar de esto, no acierto a conocer el modo como se produce el fraude ni qué finalidad se persigue con él. Quizá tú, con lo gran conocimiento de lo que el hombre desea mantener secreto, puedas ayudarme a comprender lo que está sucediendo.

Hogg-Paucus, que había observado cínicamente el desarrollo de la pública nerviosidad y el aumento de la fortuna de Sir Teophilus, se entusiasmó.

-Tú -dijo- eres el mismísimo hombre que necesito. No tengo ni la más ligera duda de que toda la cuestión es falsa; pero recuerda que es peligroso decirlo. Quizá conjuntamente, tú con lo conocimiento de la ciencia, y yo con el mío de la política, podamos desvelar el misterio. Pero desde el momento en que el hablar es peligroso y puesto que soy muy charlatán cuando tengo ante mí una copa, será preciso que me mantengas encerrado en tus habitaciones y me proporciones el alcohol que necesito. En estas condiciones, podré soportar el aprisionamiento temporal sin excesivas molestias.

A Shovelpenny le agradó la proposición; pero su bolsa tenía unos recursos muy limitados y no le fué posible ver cómo podría tener a Hogg-Paucus abastecido de bebidas alcohólicas durante un período que no podría ser corto. Mas Hogg-Paucus no había ocupado siempre un lugar tan bajo en la escala social, y conocía a Lady Millicent desde la época de su niñez, por lo que decidió escribir un artículo retumbante acerca de los encantos de la dama

cuando tenía diez años de edad, artículo que vendió por un alto precio a una revista de buen tono. Esto, se creyó, sería suficiente, unido al queldo de Shovelpenny como maestro de escuela, sobre todo si se procedía con prudencia y economía, para proporcionar las bebidas necesarias para Hogg-Paucus durante el tiempo de su encierro.

Inmediatamente, Hogg-Paucus emprendió la tarea de realizar una investigación sistemática. Resultaba evidente que la campaña se había iniciado en el *Daily Lightning*. Hogg-Paucus, que conocía todo lo que fuesen hablillas y murmuraciones, sabía que el *Daily Lightning* estaba íntimamente relacionado con Sir Teophilus. Era del conocimiento público que Lady Millicent fué la primera persona que vió a un marciano y que-Markle era el instruments científico de la empresa. Una vaga silueta de lo que podía haber sucedido se formó en la fértil imaginación de Hogg-Paucus ; pero le pareció imposible llegar a conclusiones más definidas, salvo el caso de que alguien que estuviera en el secreto pudiera ser inducido a hablar. Hogg-Paucus aconsejó a Shovelpenny que solicitase una entrevista con Lady Millicent, puesto que era la originadora de la primera fotografía y, como consecuencia, estaba claramente relacionada con el principio de la cuestión, Shovelpenny sólo creyó a medias las cínicas hipótesis que su amigo expuso; pero su imaginación, habituada a la ciencia, le dijo que el modo de iniciar una investigación consistiría en sostener una entrevista con Lady Millicent, como Hogg-Paucus le aconsejaba. Por esta razón, escribió una cuidada carta a la señora en la que le manifestaba que deseaba hablar con ella para una cuestión de importancia. Con cierta sorpresa, recibió la respuesta en que Lady Millicent aceptaba y señalaba una fecha para la entrevista. Shovelpenny se cepilló el cabello y las ropas, y se puso más limpio de lo habitual. De este modo preparado, acudió a la importante entrevista.

La criada lo condujo al gabinete de Lady Millicent, donde, como en tantas ocasiones, la dama se encontraba en su sillón y al lado de la mesita en que se hallaba la muñeca telefónica.

-Bien, señor Shovelpenny -dijo-; su carta me ha hecho preguntarme qué será lo que usted desea hablar conmigo. Usted, según tengo entendido, es un brillante hombre de ciencia. Yo soy una pobre mujer de corta inteligencia y no poseo ninguna cualidad que pueda recomendarme como no sea la de tener un esposo rico. Pero desde el momento en que recibí su carta, me he tornado la molestia de adquirir informes acerca de su camera y de las circunstancias de su vida, y no puedo suponer que el dinero sea la causa de su visita.

Y después de haberlo dicho, sonrió de manera cautivadora. Shovelpenny no había hablado jamás con ninguna mujer que fuese al mismo tiempo hermosa y rica, y se encontró un tanto desconcertado por las inesperadas emociones que aquella dama suscitó en él.

«Vamos, vamos!», dijo para sí. «No has venido para experimentar emociones. Has venido para iniciar una importante investigación.»

Logró rehacerse por medio de un esfuerzo, y contestó:

-Lady Millicent: lo mismo que el resto de la Humanidad, usted debe de conocer la extraña conmoción que ha acometido a la raza humana a causa del terror a una invasión marciana. Si mis informes son verídicos, usted fué la primera persona que vió a uno de tales marcianos. Encuentro difícil de manifestar lo que quiero decir-, pero tengo el deber de hacerlo. Unas atentas investigaciones me han llevado a dudar de que usted o cualquier persona hayan visto a alguno de esos horribles seres y de que pueda verse algo por medio del infrarrojoscopia. Si mis investigaciones no me han producido una orientación falsa, me veo dolorosamente arrastrado a la conclusión de que usted ha sido quien primero puso en movimiento un fraude gigantesco. No me sorprenderá que, después de haber oído estas palabras, disponga que se me haga abandonar por la fuerza su presencia y de órdenes a los criados de que no se me admita nunca más en su casa. Una reacción de esa naturaleza sería natural que se produjese en el caso de que usted fuese inocente, y aun más natural en el caso de que fuese culpable. Pero si existe alguna posibilidad que no haya pensado, si hay algún medio que me permita no condenar a una mujer tan hermosa como usted, a una mujer tan bondadosa como su sonrisa proclama, si pudiera olvidarme de la ciencia a inclinar mis sentimientos en favor de usted, entonces, suplico a usted, imploro a usted, en bien de mi paz de espíritu, que me dé a conocer toda la verdad.

Su evidente sinceridad y su renuencia a adular, a pesar de que su espíritu se inclinaba en favor de ella, impresionaron a Lady Millicent como nunca la había afectado ninguna de las personas a quienes conocía. Por primera vez desde que se separó de su padre para casarse con Sir Teophilus, se puso en contacto con la sencillez de la sinceridad. El intento de vivir artificialmente que estaba haciendo casi desde el momento en que entró en la mansión de Sir Teophilus se le hacía insostenible. El mundo de mentiras, de intrigas y de fuerza descorazonada... Esto era lo que había descubierto que no podría tolerar más.

-¡Oh, señor Shovelpenney! -exclamó-. ¿Cómo podré contestarle? Tengo deberes para con mi esposo, los tengo para con la Humanidad y para con la verdad. Debo ser fiel, por lo menos, a uno de esos tres deberes. ¿Cómo podré decidir a cuál de los tres debo conceder importancia primordial?

-Lady Millicent -respondió él-: alimenta usted mis esperanzas y mi curiosidad en igual medida. Vive usted, como he podido ver por su ambiente, una vida artificial; y sin embargo, si no me engaño, hay en usted algo que no es artificial, algo sincero y sencillo que podrá salvarla aún de la corrupción que la rodea. Hable, se lo suplico. ¡Permita que el fuego purificador de la verdad limpie su alma de escoria!

Ella permaneció silenciosa durante unos momentos. Luego, respondió con voz firme:

-Sí, hablaré. He guardado silencio demasiado tiempo. Me he entregado al mal, a un mal inimaginable, sin saber lo que hacía hasta que, como pensé, ya

era demasiado tarde. Pero usted me da nuevas esperanzas. Acaso no sea aún demasiado tarde. Acaso pueda ser salvado algo todavía... y lo mismo si lo salvo que si no lo salvo, acaso pueda recobrar esa integridad que vendí para salvar a mi padre de la miseria. Poco supuse cuando Sir Teophilus me invitó con palabras de miel y con lo que era algo más que sus zalamerías conyugales a utilizar mi habilidad pictórica para la creación de un -monstruo; poco supe, repito, en aquel terrible momento de los horribles propósitos a que estaba destinada la pintura. Hice lo que se me ordenaba. Creé el monstruo. Permití que se citase mi nombre como perteneciente a una persona que lo había visto, pero ni siquiera entonces conocí los plenos propósitos para cuya realización mi esposo (¡oh, que aun haya de llamarlo de este modo... !) deseaba la produjese. Paso a paso, a medida que esta extraña campaña se desarrollaba, mi conciencia me atormentaba cada vez más. Todas las noches desde entonces he pedido arrodillada a Dios que me perdonase, pero sé que Él no lo hará en tanto que me halle rodeada del lujo con que Sir Teophilus se deleita en envolverme. Hasta que tenga la voluntad de abandonar todo esto, mi alma no estará purgada de pecado. La llegada de usted ha sido la última paja... la última gota de agua... Su llegada y su sencilla invocación de la verdad me han mostrado, al fin, lo que debo hacer. Le diré todo. Usted sabrá entonces cuán vil es la mujer con quien está hablando. No le ocultaré ni la más mínima porción de mi depravación. Y cuando haya desnudado mi alma, acaso pueda ser purificada de la suciedad que me ha invadido.

Una vez que hubo dicho esto, refirió a Shovelpenny todo lo demás. Y en tanto que hablaba, en lugar de la reacción de horror que esperaba presenciar, vió en los ojos del hombre una creciente admiración ; y él experimentó en el fondo de su corazón un amor hasta entonces desconocido por él. Cuando ella hubo terminado de hablar, él la tomó en los brazos. Y ella se sometió al abrazo.

-¡Ah, Millicent! -dijo él:- ¡Cuán enmarañada y cuán espantosa es la vida humana! Todo lo que me dijo Hogg-Paucus es cierto. Y sin embargo, en la misma fuente de tanta maldad encuentro a usted, a usted, que todavía puede percibir la llama pura de la verdad, a usted, en quien, ahora, cuando para su propia ruina ha confesado, hallo una compañera, una camarada de tal naturaleza, que no creí pudiera existir en el mundo. Pero lo que no puedo decidir todavía es lo que deberé hacer en este extraño embrollo. Debo meditar por espacio de veinticuatro horas. Cuando ese tiempo haya transcurrido, vendré a comunicarle mi decisión.

Cuando Shovelpenny regresó a su residencia, lo hizo en un estado de pasmo intelectual y emocional, sin saber lo que pensaba ni lo que sentía. Hogg-Paucus estaba tumbado en el lecho y roncaba el sueño de la embriaguez. Shovelpenny no tenía deseos de escuchar las cínicas manifestaciones de aquel hombre, que no podrían armonizar sus sentimientos acerca de Millicent, cuya belleza hacía imposible que él la condenase. Puso una gran botella de *whisky* y un vaso junto a Hogg-Paucus sabiendo que, si durante las veinticuatro horas

inmediatas aquel digno varón despertaba algún instante, la vista del alcohol lo atraería inmediatamente y lo haría caer de nuevo en el olvido. Habiéndose asegurado de este modo un período de veinticuatro horas sin interrupciones, se sentó ante la estufa de gas a inició la tarea de poner orden en el caos de su imaginación.

Eran difíciles de determinar los deberes públicos y los privados. Los hombres que habían tramado aquella conspiración eran hombres malvados ; sus motivos eran viles; nada les importaba que la Humanidad recibiese beneficios o perjuicios como resultado de *sus* actividades. La ganancia privada y la fuerza privada eran sus Bolas aspiraciones. Las mentiras, el engaño y el terror eran sus medios. ¿Podría él hacerse con su silencio cómplice de tal infamia? Y si no lo hiciera ; si persuadiese a Millicent a confesar (como sabía que podría conseguir) ¿qué sería de ella? ¿Qué le haría su esposo? ¿Qué le harían todos los incautos del mundo que habían sido engañados por ella? Y vió con los ojos de la imaginación que su belleza era pisoteada en el barro, que su cuerpo era desgarrado por unas multitudes salvajes. Esta visión era apenas soportable; mas, sin embargo -continuaba pensando-, si aquella chispa de nobleza que se había encendido en ella mientras hablaban no había de ser apagada nuevamente, Millicent no podría continuar viviendo en el blando lecho de unas mentiras fructuosas.

Y de este modo, los pensamientos de Shovelpenney se desviaron hacia la otra fase de la cuestión. ¿Podría permitir que Sir Teophilus y sus cómplices triunfasen? Había grandes razones en contra de esta decisión. Antes del incubamiento del complot, el Este y el Oeste eran enemigos, se hallaban al borde de la guerra; se creía por muchos que la raza humane se exterminaría en un furor estéril. Después, como consecuencia de un terror motivado por un riesgo totalmente imaginario, el verdadero riesgo no existía ya. El Kremlin y la Casa Blanca. unidos en el odio a los imaginarios marcianos, se habían convertido en los mejores amigos. Los ejércitos del mundo podrían aún ser ensamblados; pero lo serían contra un enemigo inexistente, y sus ineficaces armamentos no producirían los daños pare los que fueron proyectados. «Acaso», se decía silenciosamente, «acaso los hombres no puedan ser inducidos a vivir sensatamente sino por medio de mentiras. Quizá las pasiones humanas sean de tal naturaleza que al final del tiempo la verdad se haga peligrosa. Acaso me haya engañado al rendir homenaje a la verdad. Acaso sea más sensato que yo Sir Teophilus. Acaso sea locura el intentar conducir a mi amada Millicent hacia su ruina.»

Y entonces, sus pensamientos siguieron una nueva dirección. «Más pronto o más tarde», continué diciéndose, «el engaño será descubierto. Si no es descubierto por aquellos que, como yo, son impulsados por el error a la verdad será descubierto por los que tienen intereses rivales de los de él y que son bajo todos sus aspectos tan siniestros como los de Sir Teophilus. ¿De qué modo utilizarán entonces esos hombres su descubrimiento? Lo utilizarán solamente

pare exacerbar la reacción contra la armonía teluriana que las mentiras de Sir Theophilus han engendrado. ¿No será preferible, puesto que, antes o después, todo el complot será desenmascarado, no será preferible que lo sea en nombre de un ideal noble, el ideal de la verdad, mejor que en beneficio de una innoble empresa de envidia y competencia? Pero ¿quién soy yo para juzgar esas cuestiones?

No soy Dios. No puedo leer el porvenir. Todo está oscuro para mí. A dondequiera que mire, el horror me mire cara a cara. No sé si apoyar a unos hombres malvados en beneficio de unos fines nobles o si ayudar a unos hombres buenos a la destrucción del mundo. Pues éste es el horrible dilema con que debo enfrentarme. Es demasiado difícil para mí.»

Permaneció inmóvil en su silla durante veinticuatro horas, sin comer ni beber, arrastrado de acá para allá por opuestos argumentos. Al final de este tiempo, su cita con Lady Millicent lo hizo levantarse. Lo hizo cansado y envaradamente, suspiró de modo profundo y, con pesos torpes, se dirigió a pie a la mansión de la dama.

Halló a Lady Millicent tan quebrantada como lo estaba él mismo. También ella había sido martirizada por la perplejidad. Pero el mundo jugaba en sus pensamientos un papel menos importante que su esposo y su nuevo amado Thomas. No tenía el hábito del pensamiento político. Su mundo se componía de personas, personas cuyas actividades, lo sabía, producían efectos diversos en el exterior de la periferia de su conciencia. Mas no esperaba poder comprender esos efectos. Lo que podía comprender, era las pasiones humanas de los hombres y las mujeres que formaban su mundo particular. A través de aquellas veinticuatro horas, había meditado acerca de las brillantes cualidades que había en el desinterés de Thomas con el inútil y desesperado deseo de que hubiera podido hallar a una persona de tal carácter antes de que las espirales de las maquinaciones de Sir Theophilus la hubieran enredado de modo inextricable. Había hallado algo que realizar pare hacer soportable la ansiedad de aquellas horas. Había pintado, de memoria, una miniatura de Thomas y la había encerrado en un medallón que en tiempos más frívolos contuvo una reproducción del rostro de su esposo. Tenía el medallón pendiente de una cadena que le rodeaba el cuello; y cuando la ansiedad se hacía insoportable, buscaba alivio y descanso mirando la imagen de aquel a quien ansiaba llamar su amado.

Al fin, lo tuvo a su lado. Pero no había animación en él ni en sus pesos, no había brillo en su mirada ni resonancia en su voz. Abatido y triste, Thomas tomó con una de las suyas una mano de ella al mismo tiempo que con la otra mano sacaba de un bolsillo una píldora que tragó con rapidez.

-Millicent -dijo Thomas-: esta píldora que acabo de tomar hará que cuando hayan transcurrido unos momentos mi respiración se interrumpa pare siempre. La elección que se presenta ante mí es muy difícil. Cuando era más joven, tenía esperanzas, grandes esperanzas. Creí que podría dedicar mi vida a

los dioses gemelos de la verdad y la Humanidad. ¡Ah! Eso no había de suceder. ¿Deberé servir a la verdad y hacer que la Humanidad perezca, o deberé servir a la Humanidad y permitir que la verdad sea pisoteada entre el barro? ¡Oh, terrible alternativa! ¿Cómo podría soportar la vida teniendo ante mí un dilema de tal naturaleza? ¿Cómo podría respirar bajo el sol que debe brillar sobre una matanza o estar obscurecido por una nube de mentiras? No, es imposible. Usted, Millicent, usted, que tan cara es para mí, usted cree en mí, usted sabe cuán verdadero es mi amor... y, sin embargo... sin embargo... ¿Qué podrá hacer por un alma torturada por un dilema como el mío? ¡Oh, oh! Ni sus dulces brazos, ni sus hermosos ojos, nada de lo que usted pueda ofrecerme servirá para consolarme de esta angustia. No. Debo morir. Pero al morir, dejaré a mis sucesores esta terrible elección: la elección entre la verdad y la vida. No sé qué escoger. No lo sé. ¡Adiós, adiós, querida Millicent! Voy a donde los enigmas no torturan al alma culpable. ¡Adiós... !

Y la abrazó durante un momento en un delirio de pasión. Ella percibió que su corazón cesaba de latir, y cayó postrada en momentánea inmovilidad. Cuando se recobró, se arrancó del esbelto cuello el medallón, lo abrió con sus delicados dedos, extrajo de él la miniatura y apretándola apasionadamente contra los labios, exclamó:

-¡Oh, tú, gran espíritu, mente noble! Aunque estés muerto; aunque esos labios que vanamente beso no puedan hablar más, sin embargo, algo de ti vive todavía. Vive en mi pecho. A través de mí, a través de mi pobre ser, lo mensaje dirigido al Hombre será transmitido.

Y pronunciadas estas palabras, levantó el receptor del teléfono y llamó al *Daily Thunder*.

VI

Al cabo de pocos días, durante los cuales Lady Millicent fué protegida por el *Daily Thunder* contra el furor de su esposo y de sus paniaguados, sus manifestaciones habían obtenido aceptación universal. Todo el mundo recobró repentinamente el valor y confesó que nada había visto jamás por medio del infrarrojoscopia. El terror marciano se apaciguó con tanta rapidez como se había originado. Y cuando se calmó, revivió la disensión de Oriente y Occidente, que muy pronto se convirtió en guerra abierta.

Las naciones en contienda se encontraron en la gran llanura central. Los aeroplanos obscurecieron el cielo. Las explosiones atómicas multiplicaron la destrucción a diestro y siniestro. Grandes cañones de nuevo modelo dispararon proyectiles que alcanzaban sus objetivos sin artillero visible. Repentinamente los aeroplanos se estrellaron contra el suelo. La artillería cesó de disparar, el estrépito guerrero se extinguió. En las linden más remotas del campo de batalla,

los periodistas, que habían observado con esa extraña ansiedad que es propia de su profesión, se dieron cuenta del súbito silencio y no pudieron imaginar a qué causas obedecería. Pero reuniendo el valor necesario, avanzaron hacia lo que había sido escenario bélico. Hallaron a los soldados muertos en los mismos lugares en que habían estado luchando : muertos, mas no de heridas infligidas por sus enemigos, sino de una muerte nueva, extraña, desconocida. Todos corrieron hacia los teléfonos y comunicaron con diversas capitales. En las que más alejadas se hallaban del teatro de la lucha, los linotipistas que componían las noticias de última hora sólo pudieron teclear estas palabras: *La batalla ha sido interrumpida por...* Al llegar a este punto, cayeron muertos. Las máquinas quedaron en silencio. La muerte se extendió por todo el mundo. Los marcianos habían llegado.

EPÍLOGO

**POR EL CATEDRÁTICO DE ETNOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD
MARCIANA CENTRAL**

He sido comisionado por el gran héroe a quien todos veneramos -me refiero, es claro, a Martín, el Conquistador-, para escribir la Historia de los últimos días de la raza humana. Habiendo observado el gran marciano que entre sus súbditos se manifestaba en ocasiones un enfermizo sentimentalismo por los bípedos mendaces a quienes sus huestes exterminaron de modo tan galante y tan merecido, decidió en su sabiduría que se utilizasen todos los recursos de conocimiento disponibles para presentar con exacta fidelidad las circunstancias que precedieron a su victoriosa campaña. Pues su opinión es -y tengo la seguridad de que todos los lectores de las anteriores páginas estarán de acuerdo con él- que no sería conveniente permitir que tales seres continuasen maculando nuestro hermoso Cosmos.

¿Podría imaginar alguien una calumnia más puerca que la acusación de que somos heptápodos? Y ¿podría perdonarse a los telurianos que describiesen como sonrisa estática esa cambiante sonrisa dulce con que acogemos el cambio de los acontecimientos? Y ¿qué hemos de pensar de los Gobiernos que toleran la existencia de seres como sir Teophilus? Ese ansia de fuerza que lo guió en sus hazañas, está entre nosotros confinado entre los límites del pecho del Rey Martín. Y ¿qué podría decirse en defensa de esa libertad de discusión de que se hizo gala en el debate de las Naciones Unidas? ¡Cuánto más noble es la vida en nuestro planeta, donde lo que debe ser pensado es determinado por la palabra del heroico Martín y donde los hombres inferiores sólo deben obedecer!

Lo que arriba se ha registrado es fiel y auténtico. Ha sido reunido y ensamblado con enorme trabajo por media de fragmentos de periódicos y de discos de gramófono que han sobrevivido a la última batalla teluriana y al asalto de nuestros bravos muchachos. Habrá quienes se sorprendan al observar la intimidad de algunos de los detalles que aquí se revelan; pero parece ser que Sir Teophilus, sin conocimiento de su esposa, dispuso en el tocador de ésta un dictáfono, por el cual han podido conocerse las últimas palabras del señor Shovelpenney.

Todos los que tengan corazón marciano respirarán con más libertad al saber que tales seres no existen ya. Y a ese exultante pensamiento debe acompañar nuestro deseo de que nuestro querido Rey Martín obtenga la

victoria merecida en su proyectada expedición contra los igualmente degradados habitantes de Venus.

¡VIVA EL REY MARTÍN!

LOS GUARDIANES DEL PARNASO

I

En nuestra época de rumores y guerras son muchos los que vuelven la vista atrás con nostalgia, hacia aquel período de incommovible seguridad en que sus abuelos vivieron la que ahora nos parece una vida libre de cuidados y angustias. Pero no es posible obtener una incommovible estabilidad sin pagarla a su precio, y no estoy seguro de que ese precio valiera la pena de ser pagado. Mi padre, que ya era viejo cuando nació solía relatarme historias de aquellos días que algunos de nosotros imaginamos fueron de oro. Entre aquellas historias, hubo una que me ayudó particularmente a reconciliarme con mi propia época.

-Cuando era un estudiante de Oxbridge y no había alcanzado aún título alguno -me dijo mi padre-, hace no muchos años, tenía costumbre de dar largos paseos por los caminitos que entonces rodeaban aquella hermosa ciudad. En el curso de tales paseos, me cruzaba frecuentemente con un anciano sacerdote y su hija, que iban a caballo. Algo -no sé qué- hizo que pusiese atención en ellos. El anciano tenía un rostro enflaquecido en el cual parecían reflejarse una permanente angustia y un temor de clase extraña ; no temor de algo concreto, sino temor quintaesenciado, temor *per se*. Al verlos pasar, podía apreciar fácilmente que el padre y la hija estaban consagrados uno al otro.. Ella parecía tener alrededor de diecinueve años; pero su expresión no era la que puede esperarse hallar en el rostro de una mujer de tal edad. Su aspecto estaba lejos de ser simpático; pero lo que era más fácilmente apreciable en ella era aquel aire de fiera resolución y casi de desesperado reto. No pude menos de preguntarme si sonreiría alguna vez, si estaría alegre en alguna ocasión, si, aun cuando sola mente fuese por un instante, olvidaría lo que ponía aquella huella de inflexible determinación en su semblante. Después de haber hallado a la pareja en muchas ocasiones, decidí preguntar quién era aquel viejo sacerdote.

-¡Ah, ese hombre! -respondió mi interlocutor al mismo tiempo que reía---. Es el Maestro de los Perros.

El Maestro de los Perros no es una deidad mítica, sino el rector del antiguo colegio de San Cínico, organismo que los estudiantes llaman de modo irreverente «perros».

Pregunté el significado de aquella risa especial que había acompañado a la respuesta.

-¿Quieres decir -dijo mi amigo- que no conoces la historia de ese viejo réprobo?

-No ---respondí-. Y no tiene aspecto de ser un delincuente, como parece haberme dado a entender. ¿Qué es lo que se supone que hizo?

-¡Ah! -dijo mi informante-. La historia ya es vieja; pero lo la referiré, si quieres oírla.

-Sí -dije-. Ese hombre ha despertado mi interés; y también su hija. Y me agradaría saber algo más acerca de ellos.

La historia que oí y que, según supe después, era conocida de todos los habitantes de Oxbridge, con excepción de los nuevos estudiantes, era la siguiente:

El Maestro, cuyo nombre era míster Brown, era joven en aquellos días en que los Miembros tenían que haber recibido las órdenes y en que no se les permitía contraer matrimonio. En el caso de que la buena suerte lo acompañase, el señor Brown podría llegar a rector; pero en el caso de que no lo lograra, su única esperanza para el matrimonio consistía en dimitir su cargo de miembro y aceptar la pensión del colegio, lo que representaba una gran penuria para un hombre que tuviese familia. El rector que precedió al señor Brown vivió hasta alcanzar una edad muy avanzada, y se produjeron muchas discusiones y cábalas respecto a quien sería su sucesor. El señor Brown y un tal señor Jones eran los que más probabilidades tenían de ser elegidos. Ambos se hallaban a punto de contraer matrimonio; ambos esperaban que el matrimonio se hiciera posible como consecuencia de la muerte del anciano y de la consiguiente elección favorable. Finalmente, el anciano murió. El señor Brown y el señor Jones se entregaron a un caballeroso torneo y acordaron votar cada uno de ellos en favor del otro cuando se celebrase la elección. El Señor Brown fué elegido por mayoría de un voto. Pero cuando los que habían intervenido en la votación hicieron averiguaciones, llegaron a la conclusión de que, a pesar del convenio, el señor Brown había votado por sí mismo y que fué este acto el que le convirtió en rector del colegio. No había posibilidad legal de rectificación; los miembros del colegio, incluso aquellos que habían votado en favor del señor Brown y lo habían apoyado, decidieron no volver a hablar con él. Cuando se dieron a conocer los resultados de sus investigaciones, sucedió que nadie perteneciente a la Universidad quiso dirigir la palabra al señor Brown. Aun cuando no hubiera pruebas de complicidad por su parte, también fué castigada su esposa. El matrimonio tuvo una hija que se desarrolló en un ambiente de silencio, tristeza y soledad. La madre se consumió lentamente y al fin murió de cierta enfermedad que en otras circunstancias habría sido leve. La elección se había celebrado veinte años antes de que la historia llegase a mi conocimiento, y a lo largo de esos veinte años, una inquebrantable rigidez había prolongado el implacable castigo.

Yo era joven en aquellos días y no tenía esa severa devoción a los principios morales que impele al hombre a infligir torturas sin compasión. La historia me conmovió, no por el pecado del anciano, sino por la concertada crueldad de toda la comunidad de Oxbridge. No dudé de la culpabilidad del

anciano. Nadie había dudado de ella en el transcurso de aquellos veinte años, y no me era posible alzarme contra un consenso tan general; pero creí debía haberse procedido con un poco de piedad, si no para el padre, al menos para la hija. Pude averiguar que se habían realizado algunos intentos de acercamiento hacia la hija, pero que ella se había negado rotundamente a tener amistad con quien no la tuviese con su padre. Y medité sobre la situación hasta el punto de que me hallé en peligro de socavar mis convicciones éticas. Casi llegué a dudar de que el castigo del pecado sea el deber más importante del hombre virtuoso. No obstante, una circunstancia fortuita interrumpió estas reflexiones morales y me llevó inesperadamente de la periferia de lo general al núcleo de lo particular.

II

En uno de mis solitarios paseos, hallé un caballo que galopaba alocadamente; y unos pasos más allá, vi una mujer caída al borde de la carretera. Al acercarme, vi que era la hija del condenado a ostracismo. Supe, después, que el padre había sido retenido en la casa por una ligera indisposición y que ella había insistido en su deseo de dar el paseo habitual, aunque en aquella ocasión lo hiciese sin compañía. La mala suerte había dispuesto que hallase en su camino el circo ambulante de Lord George Sanger, algunos de los carros del cual iban arrastrados por elefantes. Éstos resultaron una cosa excesiva para los nervios del caballo, que despidió de sí a la joven y emprendió una carrera veloz. La hallé en estado de inconsciencia, sufriendo grandes dolores y con una pierna rota. Al principio no supe qué hacer; pero al cabo de poco tiempo pasó por allí un carro y logré inducir al conductor, que se dirigía a Oxbridge, a que se presentase en el hospital y pidiese el envío de una ambulancia sanitaria. Había transcurrido hora y media cuando llegó la ambulancia, y durante ese tiempo hice cuanto estuvo a mi alcance por demostrar a la joven mi sentimiento a instalarla del modo más conveniente. Y también le di a conocer que sabía quien era.

A pesar de la excomuniación de su padre, me presenté al día siguiente en la casa para informarme del estado de la joven; y supe por sus doncellas que cuando hubiese sido debidamente curada la fractura de la pierna, la muchacha se hallaría en perfecto estado. Después de esto, me informé continuamente de los progresos de su curación, y cuando se halló recobrada suficientemente para poder permanecer reclinada en su sofá, pregunté si podría verla. La joven respondió en primer lugar con un mensaje de negativa que me transmitió por medio de una doncella; pero cuando le hice saber a través de una nota que estaba dispuesto a conversar con su padre, la joven se aplacó. Mis relaciones con el padre fueron muy ceremoniosas y jamás me habló de sus dificultades.

Pero su hija, que en los primeros momentos se comportó con la misma timidez que un pajarito silvestre, se acostumbró a mi amistad y terminó por confiar en mi compasión. Más adelante, llegué a conocer cuanto ella y su padre sabían de aquella historia.

Según me dijo, el padre fué en su juventud festivo y afable, un poco alocado, quizá, mas tan lleno de jovialidad y alegría, que las escapadas que se suponía hacía del colegio fueron pasadas por alto. Estaba profundamente enamorado y se estremeció de felicidad cuando la elección hizo posible su matrimonio con su adorada Mildred. La petición de mano tuvo lugar en los últimos días del curso de verano. Y el matrimonio se efectuó unas semanas más tarde. Nada había que apresurase su retorno hasta el comienzo del curso de otoño, y la pareja pasó unas semanas de felicidad que nada empañó. Mildred no había estado jamás en Oxbridge, que él describió como ciudad excelente en la que había no sólo una deliciosa arquitectura sino además, lo que le parecía una sociedad del mismo carácter. En la imaginación de ambos reposaba el panorama de una felicidad completa y de una agradable actividad. Y por aquellos días se había hecho apreciable que en el debido momento llegaría a este mundo un hijo que habría de completar el cumplimiento de todas sus esperanzas.

La primera tarde de su estancia en Oxbridge, el rector fué confiadamente a ocupar su puesto a la cabeza de la mesa presidencial. Con gran sorpresa por su parte, nadie lo saludó, nadie le preguntó acerca de sus días de asueto, ni uno solo de sus compañeros le habló de modo que significase una bienvenida para su esposa. Hizo algunas observaciones al señor A, que se hallaba a su derecha; pero el señor A estaba tan absorto en la conversación que sostenía con su vecino de su diestra, que pareció no oír las palabras del rector. El rector obtuvo el mismo resultado cuando habló al señor B, que estaba a su izquierda. Después de esto, hubo de entregarse al silencio durante la larga cena en tanto que sus compañeros reían y hablaban entre ellos lo mismo que si él no existiese. A pesar del creciente desasosiego y de la congoja, creyó que los deberes del ritual le forzaban a presidir la invitación a tomar unos vasos de oportó, lo que se hacía generalmente en la sala común, donde concurrían tanto los estudiantes como los profesores. Pero cuando entregó el primer vaso, su compañero mas cercano lo tomó con el mismo ademán que si hubiera caído del cielo; y cuando este mismo vecino hubo llenado los vasos de todos los invitados, fué él mismo, no el rector, quien preguntó si debía servirse una nueva ronda. El rector comenzó a dudar de su propia existencia y tan pronto como le fué posible fué a su casa en busca de Mildred, con el fin de asegurarse por medio del contacto con ella de que era un ser de carne y hueso, no un espectro invisible.

Mas apenas había comenzado a relatar sus extrañas experiencias de aquella noche, cuando apareció la doncella con una carta que, según dijo, había sido depositada en el buzón por una persona desconocida. Abriendo precipitadamente el sobre, el señor Brown halló en su interior una largo

anónimo escrito, evidentemente, con letra desfigurada. «Ha sido juzgado», comenzaba la carta, «juzgado y condenado. La ley no puede alcanzarle; pero se ha prestado el solemne juramento de hacerle pagar las consecuencias de su pecado y que su sufrimiento sea tan horrendo como cualquiera de los que la ley inflige a quienes la violan.» La carta indicaba a continuación las pruebas condenatorias que se habían hallado. Y hablaba de la renuencia inicial de los miembros, especialmente del fracasado señor Jones, a creer que uno de sus compañeros pudiera ser culpable de acto tan cobarde. Relataba también el escrupuloso escrutinio que, al fin, había llevado el convencimiento a todos los ánimos. Y terminaba con un pasaje de condenación casi bíblico

«No crea que por medio de una tergiversación podrá usted anular la evidencia. No abrigue el consuelo de que unas súplicas de piedad puedan conseguirle el perdón. En tanto qué continúe siendo rector de este colegio, ninguno de sus miembros hablará una sola palabra con usted, no siendo las absolutamente precisas para cubrir las necesidades del colegio. Acaso intente usted alegar que su esposa no debe compartir su castigo. Pero esa mujer usurps el puesto de la dama que, si no se hubiera producido la traición de usted, podría ser la feliz esposa del señor Jones. En tanto que ella continúe obteniendo beneficios del pecado de usted, deberá sufrir la misma condena que usted mismo. Y con estas consideraciones, le dejamos entregado a los tormentos de su culpable conciencia. Somos,

sus implacables colegas
El Tribunal de los Justos.»

Cuando el rector hubo concluido la lectura de esta carta, quedó tan sorprendido, tan anonadado, que no tomó precaución alguna para evitar que su esposa la leyera. Finalmente, logró rehacerse y volvió la angustiada mirada hacia la mujer.

-Mildred -dijo-; ¿crees eso?

Ella se animó con un esfuerzo y le preguntó de modo vehemente:

-¿Creerlo? Queridísimo Peter, ¿cómo puedes suponer semejante cosa? No lo creería aunque todos los demonios del infierno, bajo el aspecto de miembros de ere diabólico colegio, jurasen que lo sabían con absoluta certeza.

-Gracias por esas animosas palabras --dijo él-. En tanto que expresen tus pensamientos, mi vida, por muy dolorosa que sea, no carecerá de un refugio en que hallar color humana. Y en tanto que tengas fe en mí, lucharé para deshacer esa sucia imputación, tendré el valor necesario para hacerlo. No dimitiré, porque una dimisión podría ser interpretada como confesión de culpabilidad. Me dedicaré a descubrir la verdad; y algún día, más pronto o más tarde, terminaré por descubrirla. Pero, ¡oh, amor mío!, apenas podré soportar que tú, a quien esperaba poder brindar las mayores felicidades, debas compartir la vida

de un proscrito. Te rogaría que me abandonases, pero sé que no lo harías. El porvenir es sombrío; mas acaso el valor y la constancia, alimentados por lo amor, puedan llevarnos todavía a un desenlace feliz.

El rector pensó en los primeros momentos que quizá sería posible hallar algún modo de aclarar el misterio. Escribió a todos sus compañeros haciendo solemnes afirmaciones de inocencia y pidiendo que se abriese una información. La mayoría de ellos no hicieron caso. El señor Jones, que había sido su rival y que parecía mostrarse un poquito menos hostil que los demás, respondió que ya se había abierto era investigación, que todos habían manifestado cuál había sido su voto y que sin contar el del rector, los votos obtenidos por ambos rivales eran los mismos. Era imposible huir de la consecuencia terrible y no había nada más que pudiera ser descubierto. El rector consultó con abogados y policías; mas fué en vano. Todos le creían culpable y nada podían sugerir que desvaneciese las sospechas. Se huía de la señora Brown, lo mismo que de su esposo, y esquivaban su presencia aquellas mismas personas que fueron amigos suyos en los días de soltería y que habían trasladado su residencia a Oxbridge. El nacimiento de una hija, que en otras circunstancias hubiera representado una alegría, añadió a su vida un nuevo tormento trágico: ¿de qué modo podrían lograr unos padres que se hallaban en aquella situación que la vida fuese tolerable para la criatura? En un estado de ánimo lleno de desolación, impusieron a la niña el nombre de Catalina, porque temían que fuese atormentada en la rueda como Santa Catalina de Alejandría. Creyeron que sería una crueldad incalificable el traer un nuevo hijo a un mundo tan sombrío. En aquellas circunstancias y como consecuencia de sus creencias, la determinación representó el fin de las relaciones físicas entre esposa y esposo. El amor sobrevivió ; pero fué un amor totalmente desprovisto de alegrías.

No hubo mitigación con el paso de los años. La señora Brown se consumió poco a poco hasta que, al fin, murió. Catalina, que jamás había oído el sonido de una risa, adquirió cuando tenía cinco años la sosegada y silenciosa inmovilidad de una mujer de ochenta. Fué imposible enviarla a una escuela, puesto que las demás niñas la habrían despreciado. Fué educada por una serie de institutrices forasteras que llegaban ignorantes de las circunstancias y se despedían tan pronto como las descubrían. No hubo posibilidad de ocultar los hechos a la chiquilla, que los habría sabido por labios de las criadas si sus padres los hubieran silenciado. El padre, principalmente después de la muerte de su esposa, derramó sobre ella pródigas ternuras en un vano intento por compensarla, hasta donde fuera posible, de su aislamiento social. La chiquilla correspondió poniendo en él el tesoro de un amor que generalmente suele distribuirse por los niños entre muchas personas. Cuando llegó a la edad de la discreción, la joven se vió consumida por una abrasadora pasión que la impulsaba a vindicar a su padre y a presentar a todo el mundo la crueldad inhumana de la sentencia que se le había impuesto por unos jueces de cuya injusticia no tenía dudas. Pero tanto el padre como la hija estaban

desamparados. El afecto que se profesaban mutuamente en el estrecho círculo a que los reducía la hostilidad del mundo no podía ser cálido ni confortador. Cada uno de ellos se veía apuñalado por el conocimiento de los sufrimientos del otro y ambos sentían, aunque ninguno lo dijese, que la angustia sería menos insoportable sin el espectáculo de la angustia del otro.

Esta historia me fué revelada poco a poco en el curso de las diversas visitas que hice a Catalina durante su convalecencia. Me hallé incapacitado para dudar de su versión y, al mismo tiempo, incapaz de dudar de las pruebas de la culpabilidad de su padre. Si su padre era inocente, como ella afirmaba, entonces, había el misterio de ocultos designios que todavía no habían sido descubiertos. Yo podría haber hecho investigaciones, en los días en que se celebró la elección, en el caso de que hubiera hallado el modo de sacar a la luz algún hecho desconocido; pero después de los años transcurridos, la tarea me parecía imposible. No obstante en medio de mis perplejidades, la verdad salió a la luz repentinamente de un modo sorprendente, aterrador, completo y terrible.

III

Muy poco tiempo después de la recuperación completa de, Catalina, su padre murió. No fué una gran sorpresa su muerte, puesto que la desgracia de su vida lo había ido consumiendo poco a poco. Lo que constituyó una gran sorpresa fué la muerte, unos días más tarde, de su más enconado enemigo del colegio, el doctor Greatorex, profesor de teología pastoral. La sorpresa se convirtió en asombro cuando se descubrió que esta muerte era un suicidio y que el profesor había ingerido un veneno. Había sido durante toda su vida un enemigo implacable del pecado y una firme columna de rectitud. Había sido profundamente admirado por las viejas solteronas cuya virtud se había agostado, y pensaban bien de él todos aquellos personajes académicos que habían permanecido insensibles al ablandamiento de los códigos morales que es una de las características de nuestra decadente época. Su conducta como profesor, se dijo, sirvió para mantener vivos en la Universidad los patrones que hacen que los padres piensen que sus hijos se hallan en buenas manos. En los días anteriores a la votación para el rectorado, fué uno de los más vehementes antagonistas del doctor Brown y el más ardiente defensor del señor Jones. Cuando se declaró elegido al doctor Brown, fué el señor Greatorex quien primero propuso que se iniciase una investigación; y la culpabilidad del doctor Brown fué universalmente aceptada y reconocida merced a sus esfuerzos. Nadie creyó que el doctor Greatorex pudiera experimentar un gran dolor al morir el doctor Brown. Y todavía menos podría haberse supuesto que aquel hombre de vida inmaculada pudiera terminar sus días cometiendo un pecado mortal, aun cuando, es cierto, hubiera sorprendido aun a sus admiradores con

el sermón que pronunció en la capilla del colegio el domingo siguiente a la muerte del rector. El tema del sermón fué: «Dónde el gusano no murió y el fuego no está extinguido». Indicó que algunos lectores descuidados de los Evangelios han representado a Nuestro Señor siempre dispuesto a perdonar a los pecadores y hasta han indicado que Él acaso no haya hablado de condenación eterna. El ilustrado profesor señaló que el texto que inspiraba su sermón estaba contenido en el Sermón de la Montaña y que no puede, ser olvidado en ningún intento sincero para comprender las enseñanzas de los Evangelios. Hasta aquel punto, el sermón obtuvo la aprobación general; mas lo que dolió a sus oyentes y les pareció en aquellas circunstancias un desliz de mal gusto, fué el hecho de que el castigo eterno de los pecadores fuese una fuente de satisfacción para él, y, lo que era aun más grave, que en tanto que hablaba tuviese presente en la imaginación al fallecido rector. Todos los oyentes salieron después del sermón un poco desalentados. El señor Jones, que siempre se había mostrado maldispuesto a condenar a su triunfante rival, decidió hacer una visita al doctor Greatorex para indicarle que acaso hubiera pasado ya el tiempo oportuno para las acusaciones. Era la hora del anochecer cuando llamó a la puerta del profesor; mas no recibió respuesta. Volvió a llamar con más energía y, al fin, viendo que una luz brillaba en la estancia, y temiendo que hubiera sucedido algo desgraciado, decidió entrar. El profesor estaba sentado tras su mesa, muerto y con un voluminoso manuscrito ante sí, el cual se hallaba dirigido al *Coroner*. El señor Jones no creyó prudente leerlo por lo que lo entregó a la policía, que hizo fuese leído en la vista de la causa judicial. En él, el profesor Greatorex decía:

«La obra de mi vida está casi terminada. Sólo me resta decir al mundo cuál fué y el modo de que fuí instrumento para el castigo del pecado. Brown y yo fuimos amigos en nuestra juventud. Brown era en aquellos días más atrevido y más emprendedor que yo. Los dos teníamos intención de tomar las órdenes y seguir una carrera académica, pero entretanto, nos permitíamos disfrutar de aquellos solaces que hubieran parecido inadecuados después de que hubiéramos recibido la Ordenación. Existía cierto vendedor de tabacos con quien los dos tratábamos en ocasiones, y ese vendedor de tabacos tenía una hermosa hija llamada Muriel, que a veces se encontraba en la tienda de su padre. Tenía unos ojos brillantes, perversos, invitadores. Le gustaba conversar animadamente con los estudiantes sencillos; pero yo creí apreciar que tras aquella fachada de frivolidad existía una persona de grandes sentimientos y capacidad para el amor. Me enamoré profundamente de ella, aun cuando sabía que el matrimonio es incompatible con una carrera académica, y que la unión matrimonial con la hija de un comerciante sería como una piedra negra contra mí en cualquier otra carrera para la cual tuviese aptitudes. Estaba entonces,

como lo he estado durante todo el resto de mi vida, inflexiblemente determinado a abstenerme del pecado carnal, y nunca, ni siquiera durante un corto momento, pensé en la posibilidad de mantener con Muriel ninguna relación inmoral. Pero Brown no tenía tales escrúpulos. En tanto que yo vacilaba, despedazado por el conflicto entre la ambición y el amor, Brown obró, conquistó el corazón de la pobre muchacha con su desenfadada alegría y, por medio de indignidades, la arrastró al pecado. Fuí el único que lo supo; y los tormentos que sufrí al observar el espectáculo de una Muriel desgraciada están más allá del alcance de las palabras y no pueden ser descritos. Reconvine a Brown; pero todo fué inútil. Muriel, sabiendo que conocía el secreto de su pecado, me hizo formular una promesa de silencio y desapareció al cabo de pocos meses. No supe qué sería de ella, mas sospeché de modo sombrío que Brown no compartía mi ignorancia. No obstante, me engañaba. Al cabo de un período de angustiosa infelicidad, recibí una carta de ella, carta escrita en un miserable alojamiento de los barrios bajos, en la que me decía que estaba encinta, que quería a Brown demasiado para que pudiera ponerle en un aprieto y que hasta entonces no le había informado de su estado ni de su paradero. Recordando mi promesa de guardar secreto, me preguntaba si podría ayudarla en algo hasta el nacimiento del hijo, que era ya inminente. La visité y la hallé en la más desesperada penuria, ya que no había osado confesar la verdad de su estado a su padre, cuya moral era tan rígida como la mía. Afortunadamente, esto sucedió durante el período de vacaciones, lo que me permitió permanecer ausente de Oxbridge sin provocar comentarios. Le presté ayuda económica, y cuando llegó el momento esperado, le procuré un lecho en un hospital. Tanto ella como el niño, murieron. Me arrepentí vanamente de mi anterior prudencia. La promesa, que ella me indujo a renovar, me hizo imposible revelar la infamia de Brown. Brown no supo jamás qué fué de ella, y tengo la seguridad de que nunca se preocupó por ello.

»Aun cuando no podía descubrirlo y acusarlo, decidí dedicar mi vida a la tarea de castigarlo por todos los medios que las circunstancias me ofreciesen. Cuando se hizo la elección para el rectorado, hallé la ocasión que buscaba. Fuí el más ardiente partidario del señor Jones y podía haber asegurado su elección. Pero Brown habría logrado sobreponerse a la desilusión y sus sufrimientos no habrían sido comparables a los de la pobre Muriel. Repentinamente, concebí una venganza más sutil. Cuando se celebró la elección, voté por Brown. Nadie imaginó ni un solo momento que esto pudiera suceder, y cuando se hizo el escrutinio se aceptó la seguridad, después de una ligera insinuación mía, de que mi voto había sido para Jones. Como había previsto, la elección de Brown pareció ser el resultado de que él mismo

hubiera votado por sí. No me abstuve de pronunciar las palabras que pudieran inflamar los ánimos contra él. Todo resultó como yo había proyectado, y sus años de angustia comenzaron, una angustia que, tengo el placer de suponer, ha sido mucho más larga y mucho más amarga que la que Muriel hubo de sufrir. Vi que se marchitaban las rosas de las mejillas de su esposa, la vi hundirse en la abstracción de la desesperanza y el abatimiento, y pensé con alegría: «Muriel : estás vengada». Tenía en mi poder un daguerreotipo de Brown hecho en los días en que era joven y alegre. Todas las noches, antes de decir mis oraciones, cogía este daguerreotipo y me gozaba al observar el cambio que se había operado en Brown, que ya tenía las mejillas hundidas y los ojos tristes. En años posteriores, vigilé con júbilo cómo el veneno del aislamiento llenaba de malsana toxicidad su amor por su hija. Su miseria me hacía vivir; y, comparado con ella, no había nada que fuese importante para mí. Cuando la comparaba con la magnitud de mi odio, las pequeñas emociones de mis colegas me parecían triviales. No he conocido la alegría del amor; mas he conocido la alegría del odio. Y ¿quién podría decir cuál de las dos es más grande? Pero ahora, cuando mi enemigo ha muerto, no queda nada que justifique mi vida sobre la tierra. No obstante, la fe me brinda esperanza. Moriré por mi propia mano y, como consecuencia, pasaré la eternidad en el infierno. Allí espero encontrar a Brown, y, si en el infierno hay justicia, se me concederán los medios de aumentar el horror de sus eternos tormentos. Con esta esperanza muero.»

EL BENEFICIO DE LA CLERECÍA

I

Penélope Colquhoun subió con lentitud las escaleras y se dejó caer cansadamente en una incómoda silla de paja de su diminuto gabinete. «¡Oh, estoy aburrida, estoy aburrida, estoy aburrida!», dijo en voz alta al mismo tiempo que exhalaba un profundo suspiro.

Es preciso confesar que tenía razones para hallarse en aquel estado de ánimo. Su padre era párroco de una feligresía en la zona rural de Suffolk. El nombre de la aldea era Quycombe Magna. La aldea se componía de la iglesia, la vicaría, una casa de correos, una taberna, diez casas de campo y -lo que constituía su única característica redentora- una casona solariega. Su único contacto con el mundo exterior por aquellos tiempos, hace unos cincuenta años, estaba constituido por una diligencia que iba tres veces por semana a Quycombe Parva, ciudad mucho más grande que poseía una estación desde la cual, según se decía, las personas de excelente vitalidad podían aspirar a llegar a las calles de Liverpool.

El padre de Penélope, que había enviudado muchos años antes, era de una clase hoy casi extinta. Pertenecía al *lowchurchism* (doctrina de una sección de la secta anglicana opuesta al ritualismo), era intolerante y enemigo de toda clase de diversiones. Su esposa había sido todo lo que, en su opinión, debe ser una esposa: sumisa, paciente e infatigable para el trabajo de la feligresía. El padre daba por descontado que su hija seguiría de modo indiscutible los pasos de su santa madre. No teniendo posibilidad de proceder de mundana. Pero, puesto que la casa solariega contribuía con la mayor de las cantidades que se recaudaban para el sostenimiento de la iglesia, halló un texto en el Eclesiastés que hablaba de la imprudencia que representaba el ofender a los ricos, por lo cual no prohibió a su hija que conociese a la airosa señora.

Aun no había terminado Penélope de suspirar a causa de su aburrimiento, cuando oyó una llamada producida por el anticuado llamador de la puerta principal. Y al descender para abrirla, halló ante ella a la señora Menteith. Unas cuantas palabras de simpatía inspiraron a Penélope una confesión completa de su situación, que enterneció a la señora. Al mirar a la chiquilla con ojos de persona experimentada, percibió posibilidades que nadie había sospechado en toda la feligresía, ni siquiera la propia Penélope.

-Querida ---dijo-. ¿No has comprendido que si tuvieras la libertad necesaria para tomarte unas pequeñas molestias, podrías convertirte en una belleza arrebatadora?

-¡Oh, señora Menteith!; -dijo Penélope-. ¡No bromea usted!

-No -dijo la señora-; no bromeo. Y si pudiéramos lograr un permiso de tu padre, demostraría que es cierto lo que he dicho.

Después de haber hablado durante unos minutos más, las dos mujeres tramaron un complot. Y cuando lo estaban ultimando, entró el señor Colquhoun; y la señora Menteith dijo:

-Querido señor Colquhoun: me agradecerá que me permita disponer de su hija durante un día entero. Tengo muchísimas cosas que hacer en Ipswich, y el tiempo me resultará intolerablemente tedioso si me hallo a solas. Me haría usted un gran favor si permitiese que su hija me acompañase en mi automóvil.

Muy a regañadientes y después de nuevas súplicas y zalamerías; el señor Colquhoun accedió a conceder lo que se le pedía. Llegó el gran día, y Penélope apenas pudo contener la excitación.

-Tu padre -dijo la señora Menteith- es un viejo horrible. Y he fraguado un proyecto que, con el tiempo, podrá libertarte de su tiranía. Cuando lleguemos a Ipswich lo vestiré de pies a cabeza con las ropas más apropiadas que allí pueda encontrar. Haré que lo peinen el cabello del modo que debe hacerse. Y creo que el resultado lo sorprenderá.

Y, ciertamente, así fué. Cuando Penélope se vió vestida del modo propuesto por la señora Menteith, se miró al espejo y pensó: «¿Es cierto que soy yo?» Y se perdió en una neblina de creciente vanidad. Una oleada de nuevas emociones la invadió. Nuevas esperanzas y unas posibilidades jamás soñadas la hicieron determinarse a acabar con aquella vida de descontento. Pero la manera de huir de ella se presentaba aún como un problema sin resolver.

En tanto que ella cavilaba, la señora Menteith la toma de una mano y la llevó al salón de belleza para que le arreglasen el cabello. Hubo de esperar cierto tiempo, y durante la espera su mirada cayó sobre un ejemplar de *El Informador Matrimonial*.

-Señora Menteith --dijo,-; es tanto lo que está haciendo usted por mí, que vacilo en pedirle un nuevo favor... ¿De qué me servirá el estar tan guapa si nadie me ve jamás? Y en Quaycombe Magna no me ve ningún joven desde el final de un año hasta el final del siguiente. ¿Me permitirá usted insertar un anuncio en *El Informador Matrimonial* en el que dé la dirección de Manor House como si fuese la mía y donde pueda entrevistarme con algún candidato que valga la pena de ser visto?

La señora Menteith, que ya se divertía anticipadamente al pensar lo que podría suceder, accedió. Y, con su ayuda, Penélope redactó el siguiente anuncio.

«Señorita de gran belleza a impecable virtud, pero aislada en un escondido rincón campesino, desea ponerse en relación con un joven y con fines matrimoniales. Los candidatos deberán incluir en su

solicitud una fotografía; y si su petición es acogida favorablemente, recibirán el retrato de la señorita. Dirigirse a: Señorita P, Manor House, Quycombe Magna.- Postdata: No se atenderán solicitudes procedentes de clérigos.»

Una vez que hubo redactado este anuncio, se sometió a los cuidados de las señoritas del salón de belleza, después de lo cual fué fotografiada en todo su esplendor. Por el momento, de este modo terminó el sueño de gloria. Penélope se vió en la necesidad de despojarse de los lujosos atavíos y de deshacerse el peinado y colocarse el cabello aplastado sobre la cabeza, con la acostumbrada severidad. Pero las hermosas ropas quedaron en la casa solariega, en poder de la señora Menteith, que prometió que Penélope se las pondría cuando se entrevistase con los candidatos que se presentasen.

Cuando volvió a su casa, la muchacha adoptó una expresión de cansancio y dijo a su padre lo muy fatigada que estaba y lo mucho que se había aburrido mientras esperaba en las antecámaras de los agentes y administradores.

-Penélope -dijo su padre-; estabas haciendo un favor a la señora Menteith. Y los virtuosos nunca se aburren cuando hacen algo en beneficio de los demás.

Penélope aceptó esta observación con apropiada humildad y se preparó para esperar con paciencia las respuestas que habrían de llegar después de la publicación de su anuncio

II

Las respuestas que el anuncio de Penélope provocó fueron muchas y muy variadas. Algunas de ellas eran sinceras ; otras, festivas. En algunas se explicaba que el autor era rico, o que era tan inteligente, que se haría rico muy pronto. Algunos comunicantes -según podía leerse entre líneas- esperaban que el matrimonio pudiese ser evitado. Otros hacían hincapié en su buena naturaleza, en tanto que algunos destacaban sus poderes de dominación. Penélope iba cuando disponía de unos momentos libres a Manor House para recoger las nuevas respuestas que llegaban. Pero sólo halló entre todas ellas una que le pareciese prometedora.

«Señorita P

Su anuncio me ha intrigado. Muy pocas mujeres tendrían el valor necesario para proclamarse poseedoras de una gran belleza; y solamente una pequeña proporción de ellas se atrevería al mismo tiempo a atribuirse una virtud impecable. Intento armonizar esto con su aversión a los que profesan vida clerical, lo que me permite

vislumbrar la esperanza de que su virtud no sea más impecable de lo que conviene a una mujer joven. La curiosidad me consume; y si me concediese ocasión de satisfacerla, aumentaría usted con ello mi felicidad.

Quedo pendiente de sus noticias,

Philip Arlington.

Esta misiva intrigó a Penélope. El completo silencio del autor respecto a sus propios méritos le hizo suponer que eran tan grandes, que el autor de la carta podía permitirse la satisfacción de creer que fuesen públicamente conocidos. Parecía un hombre gallardo e inteligente en la fotografía, con buen sentido del humor y algún rasgo de picardía que no era desagradable. Fué el único a quien Penélope contestó, y al único que envió un retrato suyo en que aparecía vestida con sus hermosas ropas. Al mismo tiempo, la muchacha indicaba un día en que podrían almorzar juntos en Manor House. El solicitante aceptó, y la fecha llegó.

Manor House y la presencia de la señora Menteith en la mesa del almuerzo produjeron al visitante una impresión favorable respecto a la respetabilidad de Penélope y a su posición social. Después del almuerzo, los dos jóvenes fueron dejados a solas con el fin de que pudieran conocerse con más intimidad. El visitante observó que por lo que se refería a belleza el anuncio de Penélope no había hecho otra cosa que proclamar una verdad, y expresó la sorpresa que le producía el hecho de que hubiera tenido que recurrir a tal procedimiento para buscar un esposo, ya que (añadió después de haber afirmado que le satisfacía poder decirlo) el hallarlo habría sido una cuestión de absoluta facilidad. Estas palabras movieron a Penélope a explicar las circunstancias que la rodeaban en su hogar y a exponer que éstas eran causa de su oposición a contraer matrimonio con un sacerdote. A cada momento le pareció más grata la simpatía semifestiva de aquel joven, y en el curso de la conversación se fué convenciendo de que la vida a su lado sería desde todos los puntos de vista la más opuesta a la que vivía al lado de su padre.

Al cabo de dos horas de *tête-à-tête*, Penélope se había enamorado ya de él; y, por lo que estaba en condiciones de juzgar, a él no le parecía indiferente. Entonces, decidió abordar el problema que le había estado preocupando.

-Tengo -dijo- solamente veinte años y no podré casarme sin el consentimiento de mi padre. Y mi padre no consentirá jamás que me case con un hombre que no haya tomado las órdenes. ¿Cree usted que cuando le presente a él podrá fingir que pertenece al clero?

Un extraño pestañeo se produjo en los ojos del señor Arlington, pestañeo que a Penélope le pareció algo desconcertante. Pero él contestó:

-Sí. Creo que podré hacerlo.

Penélope se regocijó al pensar que habría de tenerlo como cómplice para colocar ante los ojos de su padre la venda del engaño, y se sintió más unida a él que anteriormente. Y habló de él a su padre, al que dijo era un amigo de la señora Menteith, a quien había conocido en una de sus visitas a Manor House. El padre, naturalmente, se sobresaltó al pensar en la posibilidad de perder aquella doméstica que no percibía sueldo; pero la señora Menteith apoyó las afirmaciones de la joven a hizo una brillante descripción de su piedad ejemplar y de las probabilidades que le asistían de prosperar en su profesión gracias al apoyo de varios superiores. Finalmente, el anciano accedió con desgana a conocer a aquel excelente modelo y a aprobar el noviazgo en el caso de que el resultado del examen fuese satisfactorio. Penélope estaba como sobre ascuas por temor a que su querido Philip cometiese algún error que permitiese a su padre descubrir el engaño. Pero, con gran sorpresa y gran alegría por su parte, todo se deslizó del modo más satisfactorio posible. El joven habló de la feligresía que se hallaba a su cargo, describió su vicariato, afirmó que había tomado órdenes a causa de su familia, cuyo jefe tenía noventa años de edad, y pronunció una entusiasta peroración acerca de la importancia y de lo sagrado de su misión y del trabajo a que se proponía consagrar su vida. Penélope abrió la boca admirativa y asombradamente en secreto, pero observó con satisfacción que la buena opinión que su padre formaba de Philip mejoraba a cada momento de modo claramente apreciable y que llegaba a su pináculo cuando el joven citó el Eclesiastés.

De este modo eliminadas todas las dificultades, el matrimonio se celebró al cabo de pocas semanas. Los recién casados fueron a pasar la luna de miel a París. Ella explicó que estaba cansada de la vida campesina y que cuando se buscaban diversiones prefería la alegría de las grandes poblaciones a los encantos de la Naturaleza. La luna de miel fué para ella como un largo sueño poblado de delicias. Su esposo era hombre encantador en todo momento y no se opuso a las diversas formal de frivolidad que sus años de abstemio le habían obligado a rehuir hasta aquel momento. Tan sólo había una nube en aquel radiante cielo. Philip era muy reservado acerca de sí mismo; mas explicó que por razones económicas se veía forzado a residir en el pueblo de Poppleton, de Somerset. Y por sus conversaciones acerca de la casa vecina, que estaba habitada por Sir Rostrevor y Lady Kenyon, Penélope llegó a la conclusión de -que debía de ser el agente de estos señores. Pero, aun cuando se preguntó en ocasiones por qué no sería más explícito, todos los momentos de su luna de miel estuvieron tan llenos de felicidad, que Penélope no tuvo sino muy poco tiempo para cavilar acerca de la cuestión. Él dijo que deberían llegar a Poppleton cierto sábado. Llegaron a una hora avanzada a la Rye House, que era donde él residía. La obscuridad era demasiado grande y Penélope estaba excesivamente cansada para desear por el momento nada que no fuera dormir. Su esposo la condujo al piso alto, y Penélope se durmió tan pronto como apoyó la cabeza en la almohada.

III

Despertó a la mañana siguiente cuando sonaban las campanitas de la iglesia y vió que su esposo estaba ataviado con ropas sacerdotales. Al verlo, terminó de despertar instantáneamente.

-¿Por qué te has puesto esas ropas? -Preguntó con asombro.

-Verás, querida -respondió él al mismo tiempo que sonreía-; ha llegado la hora de hacer una pequeña confesión. Cuando vi lo anuncio, no experimenté más que curiosidad; y fué sólo por divertirme por lo que solicité una entrevista contigo. Pero, tan pronto como lo vi, me enamoré de ti. Y cada uno de los momentos que permanecía en Manor House profundizó más y más este sentimiento. Determiné obtenerte para mí y, puesto que era imposible lograrlo por medios sinceros, decidí recurrir al engaño. No puedo continuar ocultándote por más tiempo que soy el sacerdote de esta parroquia. Que lo he engañado de modo despreciable, es cierto. Mi única excusa es la grandeza de mi amor, el cual no podría haberte conquistado de otro modo.

Al oír estas palabras, ella saltó del lecho y exclamó:

-¡Nunca te perdonaré! ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! Pero haré que lo arrepientas. Te haré lamentar el día en que trataste a una pobre muchacha de este modo tan infame. Haré que tú y los de la misma profesión, seáis el hazmerreír de las gentes, del mismo modo que has hecho que yo lo sea.

Cuando Penélope hubo pronunciado estas palabras, Philip se hallaba ya vestido por completo. Ella le obligó a trasponer la puerta y permaneció en silencioso y solitario encierro durante el resto del día.

Él no volvió a hacer acto de presencia hasta la hora de la comida, cuando llamó a la puerta y dijo:

-Si quieres castigarme, habrás de vivir; si quieres vivir, necesitarás comer. Aquí hay una bandeja con comida.

Pero no necesitas hablarme. Dejaré la bandeja en el suelo y me iré.
¡Bon appétit!

En los primeros momentos, ella quiso ser altiva, inflexible; mas no había tomado desayuno, almuerzo ni té. Al fin, vencida por el hambre, devoró cuanto había sobre la bandeja. Sin embargo, no abandonó su proyecto de venganza.

Fortalecida por la comida, pasó la tarde dedicada a componer una carta dirigida a él en la que diseñaba un *modus vivendi* para el inmediato porvenir. Le costó enorme trabajo escribirla y puso en ella gran empeño, para lo cual hubo de hacer varios borradores. Mas, al final, quedó satisfecha. El último de los borradores decía así:

«Señor:

Comprenderá usted que, en vista de lo infame de su conducta, jamás volveré a dirigirle más palabras que las que sean absolutamente necesarias. No diré al mundo el engaño de que usted me ha hecho víctima, porque eso equivaldría a la revelación de mi locura. Pero haré que todo el mundo comprenda con claridad que no le quiero, que usted estaba locamente enamorado de mí y que cualquier otro hombre habría podido ocupar su lugar. Y me entusiasmaré el originar un escándalo porque influirá en el juicio público que de usted se forme. Y si al hacerlo puedo lograr que los hombres de su profesión sufran también un descrédito, mi placer será aun mayor. Mi único propósito en la vida desde ahora en adelante es infligir a usted una humillación tan profunda como la que usted me infligió. Desde ahora, soy solamente de nombre su esposa

Penélope.»

Colocó la carta en la bandeja y colocó la bandeja en el suelo, delante de la puerta.

A la mañana siguiente, la bandeja volvió a aparecer. No solamente contenía un almuerzo delicioso, sino, además, una nota. En los primeros momentos, Penélope tuvo intención de romper la carta en menudos pedacitos y arrojarlos por la ventana. Pero no pudo resistir a la esperanza de que él estuviera abrumado de aflicción y vergüenza a hiciese presentes las excusas que las circunstancias hacían pertinentes. Abrió la carta, y leyó:

«¡Bravo, queridísima Penélope! Tu carta es una obra maestra de digno reproche. Dudo que yo hubiera podido mejorarla en el caso de que me hubieras pedido consejo. Pero en cuanto a venganza, querida, ya veremos lo que sucede. Las cosas no pueden seguir el cauce que piensas. Sigo siendo tu sacerdotal admirador,

Philip.

P. S. No olvides la fiesta del jardín.»

a fiesta del jardín en cuestión, de la cual había hablado Philip durante el viaje de luna de miel, había de celebrarse aquel día mismo. Estaba organizada por Sir Rostrevor y Lady Kenyon y debía celebrarse en su hermosa mansión isabelina en Mendip Place. En la decisión de la fecha había influido en parte el deseo de presentar la esposa del sacerdote a la región. Penélope dudó durante cierto tiempo respecto a si debería ir; la *postdate* de la carta de su esposo le inclinaba hacia la negativa. Pero, después de algunas meditaciones,

se dijo que la fiesta podría concederle la ocasión de iniciar la venganza que anhelaba obtener. Se vistió con el mayor cuidado. La indignación prestó fuego a su expresión, lo que hizo que Penélope pareciese más hermosa que nunca. Decidió que podría favorecer sus propósitos disimular la situación existente entre su esposo y ella y ambos llegaron juntos y con la más exquisita corrección. La belleza de Penélope era tan deslumbrante, que todos los hombres que la vieron olvidaron todo lo demás. Ella, no obstante, adoptó una actitud de gazmoñería y de sencillez y, olvidando a las personas más importantes, que buscaban el modo de serle presentadas, dedicó sus atenciones, casi de manera exclusiva, al vicario. El vicario, cuyo nombre era Reverdy, era hombre que se hallaba en los primeros años de la edad mediana, y Penélope descubrió al cabo de pocos minutos que estaba dominado por una gran pasión por la arqueología local. El señor Reverdy manifestó con la mayor vehemencia a Penélope que en las inmediaciones del pueblo existía Long Barrow, lugar que probablemente estaba lleno de las más valiosas reliquias prehistóricas, pero que él era el único que, se interesaba por aquella cuestión y nadie quería hacer excavaciones. Ella le miró con los ojos totalmente abiertos y exclamó:

-¡Oh, qué vergüenza, señor Reverdy!

El señor Reverdy se impresionó de tal modo, que felicitó a su auxiliar por haber hallado una compañera perfecta para su vida.

El señor Reverdy pudo persuadir a Penélope (aunque es de suponer que no lo consiguiese sin dificultad) a que fuese con él el día siguiente en su carruaje a inspeccionar unos restos arqueológicos de gran interés que estaban a una distancia de alrededor de diez millas de Poppleton. Se les vió cruzar juntos el pueblo, él con expresión de vehemencia en tanto que hablaba, y ella con aire de extasiada atención. Todo el mundo les vió, como es natural. Pero especialmente, fueron vistos por una tal señora Quigley, cuya profesión era la de proveedora de hablillas y murmuraciones. La señora Quigley poseía una hija a quien había destinado al señor Arlington, y comenzó a hallar razones para dudar de que el señor Arlington hubiera procedido cuerdamente al hacer caso omiso de tan excelente soltera. Cuando el vicario y Penélope pasaron a su lado en el vehículo, la señora Quigley dijo:

-¡Hump!

Y todos los que la oyeron comprendieron el significado del monosílabo.

Pero lo peor había de llegar a continuación. Al día siguiente, en un momento en que se sabía que el señor Arlington debía hallarse ocupado en el cumplimiento de sus deberes parroquiales, se vió que el vicario entraba en Rye House cargado con un gran volumen que trataba de la arqueología de Somerset. Y se observó que permanecía en el interior de la casa más tiempo del que era preciso para la entrega del volumen. Las murmuraciones revelaron a la

señora Quigley, y a todo el pueblo, por consiguiente, que la pareja recién casada ocupaba distintas habitaciones.

Entretanto, el pobre vicario, ignorante de las actividades de la señora Quigley, charló con todo el mundo acerca de la belleza, la inteligencia y la virtud de la esposa de su auxiliar. Y con cada palabra que pronunciaba, aumentaba el volumen de los cargos que tanto a él como a ella se le hacían. Finalmente, la señora Quigley no pudo resistir más y llegó a la conclusión de que tenía el deber de escribir al señor Glasshouse, el deán rural, para indicarle que, en beneficio del querido vicario, sería conveniente que se hallase en otro lugar algún sacerdote que pudiera ocupar el cargo de auxiliar suyo. El señor Glasshouse, que conocía bien a la señora Quigley, no se mostró dispuesto a tomar la cuestión muy en serio y pensó que unas palabras apropiadas dirigidas al vicario serían suficientes para resolver la cuestión. Y visitó al vicario, quien aseguró que en todo el mundo no podría hacer nada más inocente que las pocas conversaciones que había sostenido con la señora Arlington. No obstante, alabó de modo tan cálido la inocencia de Penélope, que el deán rural creyó sería conveniente que él mismo se entrevistase con la esposa del sacerdote.

Llegó a Rye House a la hora del té y fué cálidamente recibido por Penélope, que comenzaba a cansarse un poco del vicario y de la arqueología. Debe decirse, sin embargo, que cuando el señor Glasshouse abordó con gran delicadeza el tema de los escandalosos rumores que hasta él habían llegado por mediación de la señora Quigley, Penélope, aunque negase todo, lo hizo de modo que convenciese al señor Glasshouse de que el vicario había sido, por lo menos, indiscreto. El señor Glasshouse había confesado anteriormente que la arqueología le parecía una cosa excesivamente relacionada con tiempos pasados para que pudiera despertar su entusiasmo, y que, por su parte, prefería la vida a las piedras muertas.

--¡Oh, señor Glasshouse! -exclamó Penélope-. ¡Cuánta razón tiene usted y de qué modo estamos de acuerdo! Dígame, querido deán, que formas de vida le interesan principalmente.

-Las aves de especies raras -contestó él-, especialmente las que frecuentan los pantanos de Sedgemoor, donde no solamente los martin pescadores abundan mucho, sino hasta donde los guazanieves acuáticos recompensan al que sabe esperar.

Juntando las manos y mirándole con entusiasmo, Penélope explicó que, no obstante vivir en las inmediaciones de los pantanos de Norfolk y a pesar de los muchos viajes de exploración que había hecho, jamás había sido recompensada con la visión de un martin pescador.

El deán rural, aunque sea triste decirlo, olvidó el cumplimiento de su misión, olvidó sus deberes para con la diócesis, olvidó lo solemne de su visita a invitó a Penélope a que lo acompañase para ver los martin pescadores amarillos en un lugar solitario que él conocía y que sabía que los citados pájaros solían frecuentar.

-¡Oh, mi querido deán! -exclamó Penélope-. ¿Qué dirá la señora Quigley?

Él hizo todo lo posible por imitar los ademanes de un hombre de mundo y despreció a la virtuosa matrona, a quien reputó de mujer que carecía de importancia. Antes de que hubiera podido terminar de tomar la segunda taza de té, Penélope se había rendido a su vehemencia y accedía a acompañarlo en una expedición el primer día en que hiciese buen tiempo. Y la expedición se efectuó, Mas. par muy solitario que fuese el lugar, los espías de la señora Quigley no interrumpieron su labor. Antes de que hubiera pasado mucho tiempo, la señora Quigley sabía lo peor y algo más. Viendo que la iglesia la había abandonado, intentó conquistar la ayuda de Lady Kenyon, a quien aseguró que los informes que había recibido indicaban que «no eran solamente pájaros lo que el deán vió».

-No. diré más -añadió-, porque es fácil imaginarlo. ¿Podría usted, querida señora, exorcizar a esa sirena que está apartando de la senda del deber hasta a los más reputados y serenos de nuestros mentores?

Lady Kenyon respondió que lo pensaría y que vería qué podía hacer. Conociendo a la señora Quigley, pensó que convendría poseer un informe más directo respecto a los hechos, por lo que visitó a Penélope y le preguntó cual era la causa de todas aquellas hablillas.

Después de algunos halagos, logró que Penélope le refiriese íntegramente la historia. Mas en lugar de interpretarla trágicamente, Lady Kenyon se limitó a reír.

-¡Oh, querida joven! --dijo---. Lo que está usted haciendo es verdaderamente demasiado fácil. ¿Cómo podría esperarse que unos hombres viejos y caducos resistieran a sus encantos? No han visto *ninguna mujer* realmente hermosa en toda su vida, hasta que la vieron a usted...

-No siendo a usted -la interrumpió Penélope.

Lady Kenyon no hizo caso de la interrupción y continuó hablando del mismo modo que si Penélope no lo hubiera hecho.

-No, querida. Si su venganza ha de valer algo, debe ser practicada sobre alguien digno de su temple. El obispo de Glastonbury, a cuya clerecía ha conducido usted a lo largo de una senda de flores, es digno del temple de su acero. No me asombraría que hallase usted en él su igual. Organizaré un torneo entre usted y él y yo misma «derramaré influencias y concederé el premio»... can absoluta imparcialidad, lo aseguro; pues, aun cuando admiro mucho al obispo, no puedo menos que admirar también el espíritu aventurero de usted.

IV

El obispo de Glastonbury era hombre de gran eminencia escolástica, lo que le había permitido elevarse en su carrera profesional a pesar de lo que algunos reputaban de lamentable frivolidad. Aun cuando no pudiera culpársele de haber producido algún escándalo, se sabía que era amigo de la compañía de mujeres hermosas y que no siempre solía conversar seriamente con ellas. Lady Kenyon lo conocía bien y le refirió cuanto sabía acerca de Penélope y de los estragos que había sembrado entre sus inferiores.

-La muchacha --dijo-- no es mala; pero está muy enojada. Y es preciso reconocer que tiene motivos para estarlo. No he podido ejercer influencia sobre ella, en parte, creo, porque su historia me divirtió y no pude hallar en mi corazón los ánimos precisos para reconvenirla. Pero usted, mi querido obispo, estoy segura de que podrá triunfar donde yo fracasé. Si accede a mi petición, haré que ella se reúna aquí con usted, y ya veremos... lo que veamos.

El obispo accedió. Y Penélope fué invitada a visitarlo en Mendip Place. Sus recientes experiencias le habían dado confianza, y no dudaba de que podría lograr con el dedo meñique que el obispo abandonase su terreno. Y le refirió la historia, aunque lo hizo un tanto desconcertada por la circunstancia de que él sonriese en los pasajes más patéticos. Y cuando levantó hacia él la mirada de unos ojos adorables, a los cuales no podrían resistirse vicario ni deán algunos, con gran horror por su parte, vió que él se limitaba a hacer un guiño. El guiño hizo que ella cambiase de tono y se convirtiese en sincera y sencilla. El obispo logró forzarla a pesar de su cólera y de su furor a declarar que aun quería a Philip, por más que el orgullo no le permitiera reconocerlo.

-Querida mía --dijo el obispo, que la estaba tratando de una manera afectuosa y no severamente--: no creo que el modo con que está usted obrando ahora haya de producirle mucha satisfacción. El mundo está lleno de hombres tontos que se hallan dispuestos a enamorarse de usted; pero usted no puede querer a un tonto. Y *ningún* hombre que no sea tonto podrá dejar de ver que todavía es su esposo quien posee el corazón de usted. Su esposo, es cierto, le ha hecho una jugarreta imperdonable, y no quiero indicar que usted deba proceder como si nada hubiera sucedido. Pero creo que si se propone alcanzar alguna felicidad podrá encontrar para obtenerla un medio mejor que divertirse con sacerdotes y simples párrocos. Usted misma es quien ha de decidir qué será lo que deberá hacer; pero habrá de ser algo más firme y más satisfactorio que la venganza. -Y después de haberlo dicho, descargó unos paternales golpecitos sobre la mano de ella y añadió: -Piénselo, querida, y déme a conocer su decisión en momento oportuno.

Ella regresó a su casa un poco deprimida y comprendiendo que una cólera noble es, a la larga, una dieta poco satisfactoria. Había de practicar diversos cambios en el curso de su vida en el caso de que quisiera adoptar

difíciles decisiones. No estaba dispuesta a rendirse hasta el punto de convertirse en la esposa sumisa de un cura rural; y estaba mucho menos dispuesta a volver al lado de su padre. Por lo tanto, debía hallar un medio de ganarse la vida. En una larga carta dirigida a la señora Menteith, relató lo que le había sucedido desde su matrimonio y terminó reproduciendo la amistosa advertencia del obispo.

«He recibido de usted tantas atenciones», terminaba la carta, «que he vacilado antes de pedirle otras nuevas. Pero creo que acaso pudiera usted ayudarme. ¿Tendrá la amabilidad de permitir que nos reunamos en Londres para que hablemos de la situación en que me hallo?»

Se reunieron, efectivamente, en Londres, donde la señora Menteith pudo inducir a su modista a que utilizase los servicios de Penélope como maniquí. Cuando se trasladó a Londres, dejó de comunicarse con su esposo. Poppleton la olvidó. Y nadie la echó de menos, no siendo la señora Quigley -y acaso su esposo, que jamás reveló sus sentimientos a nadie-. Su belleza fué de mucha utilidad para la modista, y con el tiempo se descubrió que poseía una gran habilidad como diseñadora de modelos. Se elevó con rapidez, y al cabo de tres años ganaba un sueldo muy crecido. Se hallaba a punto de ser admitida en la razón comercial como asociada de la modista, cuando recibió una dolorida carta de su padre en la que le decía que se hallaba en muy mal estado y que temía morir muy pronto.

«Te has portado muy mal», decía en ella, «tanto conmigo como con lo digno esposo. Pero quiero que la animosidad desaparezca antes de mi muerte, y por esta razón, me agrada mucho que vuelvas, aun cuando sea por muy poco tiempo, a lo antiguo hogar. Con amor cristiano,

Tu padre.»

Penélope dirigióse a la estación con el corazón angustiado. Cuando estaba buscando asiento vió -pero ¿era posible?- a su esposo, no con ropas sacerdotales, sino con traje seglar. Parecía hallarse en estado de prosperidad y se disponía a subir a un carruaje de primera clase. Durante un momento, los dos se miraron. Luego, ella exclamó:

-¡Philip!

-Querida: estás más guapa que nunca --dijo él.

--Philip --dijo ella-: ¿Qué ha sido de aquellas ropas que ocasionaron nuestra separación?

-Las he dejado al cuidado de las polillas -contestó él-. He descubierto que tengo talento de inventor, renuncié a la Iglesia, tengo buenos ingresos y en

este momento iba a visitar a los «Fabricantes de Instrumentos Científicos» de Cambridge para tratar de una nueva patente. ¿Qué es de tu vida? No parece que seas precisamente víctima de la pobreza.

-No -respondió ella-. También yo he prosperado.

Y le refirió el modo como se había desarrollado su triunfante camera.

-Siempre creí que no eras tonta --dijo él.

-Yo siempre creí que eras un bribón -contestó ella- Pero ya no me importa.

Y los dos cayeron uno en los brazos del otro en pleno andén.

-¡Suban al coche, señor, señora! -instóles apresuradamente el mozo de la estación.

Y después de esto, la vida de ambos fue muy feliz.

FIN